

PSICOTECA MAYOR

Emilce Dío Bleichmar

Temores y Fobias

Condiciones de Génesis en la Infancia

gedisa
editorial



Emilce Dío Bleichmar

TEMORES Y FOBIAS

**Colección
PSICOTECA MAYOR**

Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre

PSICOANALISIS

pertenecientes a sus diferentes
colecciones y series
(Grupo "Psicología")

EMILCE DÍO BLEICHMAR *Temores y fobias*

SIGMUND FREUD *Cartas de la juventud*

GEORGES AMADO *Fundamentos de la
psicopatología*

NANCY CHODOROW *El ejercicio de la
maternidad*

FERNANDO DOGANA *Psicopatología del consumo
cotidiano*

ALDO CAROTENUTO *Una secreta simetría.
Sabina Spielrein entre
Freud y Jung*

PIERRE DAVID *La sesión de
psicoanálisis*

JAMES GROTSTEIN *Identificación proyectiva y
escisión*

WILFRED R. BION *La tabla y la cesura*

R. DIATKINE, E. FERREIRO
Y OTROS *Problemas de la
interpretación en
psicoanálisis de niños*

TEMORES Y FOBIAS

*Condiciones de génesis
en la infancia*

por

Emilce Dío Bleichmar

gedisa
editorial

© by Emilce Dío Bleichmar, 1991

Cubierta: Diseño: Rolando Memelsdorff

Realización: Gustavo Macri

Primera edición, Buenos Aires, Argentina, 1981 (Fundación ACTA,
Fondo para la Salud Mental)

Primera reimpresión, Buenos Aires, Argentina, 1991 (Editorial
Gedisa S.A.)

Derechos para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa

Muntaner, 460, entlo., 1ª

Tel. 201 6000

08006 - Barcelona, España

ISBN 950-9113-63-8

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Printed in the Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada,
en castellano o cualquier otro idioma.

*A la memoria de José Bleger,
y a Hugo Bleichmar*

ÍNDICE

Prólogo a la reimpresión	5
Prólogo	11
1. Introducción	15
2. Fobias por trasposición de la angustia	23
3. Fobias por identificación	55
4. Temores del desarrollo por insuficiencia o por proceso cognoscitivo	83
5. Fobias por insuficiencia de funciones del yo. Trastornos en la sublimación	124
6. Fobias traumáticas	170
7. Formas mixtas o articuladas	184
8. Síntoma y neurosis	219
9. Bibliografía	236

PROLOGO A LA REIMPRESION

Una década —el espacio de tiempo que separa un prólogo de otro— es más que suficiente para que un libro envejezca, pierda vigencia y pase a engrosar el vigoroso lote de lo que ha sido llamado “el conocimiento inútil”. Sin embargo, es una gran satisfacción constatar que *Temores y fobias* resiste el paso de tiempo y hasta me animo a decir que se trata de una suerte de resistencia heroica, que nada tiene que ver con las resistencias propias de las defensas del yo al saber del inconsciente, sino todo lo contrario, de un obstinado empeño en mantener una interrogación y una reflexión abierta al saber.

Temores y fobias vio la luz a comienzo de la década de 1980, una década que para los medios psicoanalíticos de habla hispana se caracterizó por el olvido deliberado de las nociones de génesis, desarrollo, conflicto y angustia ante el conflicto en la comprensión y explicación de la psicopatología. El imperio del deseo, en su vertiente libidinal, y en su recorte materno, han contribuido a radicalizar un campo del conocimiento que se caracteriza de antemano —dada su pertenencia al dominio de las ciencias humanas— por las dificultades en la comprobación de las propuestas, por la existencia de un conjunto de bandos que se ignoran y desconocen entre sí.

Este malestar, esta suerte de provincianismo del saber, este coto cerrado en que el psicoanálisis se debate desde sus orígenes, es el hilo conductor que me condujo tanto a escribir *Temores y fobias*, a mis reflexiones posteriores, como a reiterar e insistir en esta dirección diez años después.

En una época en que todo progreso del conocimiento se realiza por medio de una complejización creciente de los factores tenidos en

cuenta, por una suma de información que ya no reconoce fronteras idiomáticas ni temporales, que se obtiene con sólo apretar una tecla; una época en la que imperan las fusiones, los políglotas, los mestizajes de todo tipo y color, en que se derriban todos los muros, en esta misma época en los medios psicoanalíticos se apela al purismo y se considera de "rigor científico" un trabajo en cuya bibliografía sólo se mencione al fundador...

La propuesta que *Temores y fobias* iniciaba se caracteriza por todo lo contrario. Si es posible acudir a un paralelo para su mejor ilustración remitiría al lector a trazar una equivalencia entre el valor de los niveles plasmáticos de colesterol como indicador de un proceso aterogénico y el fenómeno del temor o la fobia como índice de un desequilibrio subjetivo.

En ambos casos es necesaria una minuciosa investigación de los diferentes componentes posibles en juego. No se trata de una causa única, ni de una condición fundante, ni de una cuestión de los orígenes remotos, ignotos o imposibles a la aprehensión significativa. Se trataría, más bien, de un complejo entramado, de una combinación, de una constante retroalimentación.

El riesgo de aterosclerosis coronario está mediado a través de las proteínas de baja densidad, las LDL, pero las concentraciones elevadas de LDL en plasma dependen del descenso de la actividad del receptor para las LDL o en su defecto congénito, que da lugar a una reducción del aclaramiento del LDL y a la conversión de remanentes VLDL a LDL. El receptor de LDL está sometido a un control de retroalimentación por el colesterol libre intracelular. El colesterol plasmático como la fobia en cuanto fenómeno es sólo un indicador final, un efecto de un conjunto articulado de factores que deben especificarse para su correcta atención.

El riesgo permanente en que vive el sujeto fóbico, la angustia que borda su existencia sería un efecto, un resultado final nunca de una única condición, a saber, retorno de un fantasma sexual reprimido, de un impulso hostil, de un límite imaginario a falta de uno exterior. De ninguna manera queremos descartar la importancia de estos factores, pero sí destacar su carácter de unidades elementales que en cada

persona singular pasarán a formar parte de un proceso de descomposición y recomposición con otras unidades de organización de la subjetividad, como son el sistema de identificaciones, el sistema de valoraciones, el código semiótico aportado por los otros significativos.

¿Qué es lo que opera como obstáculo para que un saber único como el que posibilita el psicoanálisis no cese de caracterizarse por el reduccionismo y las luchas domésticas? Mientras diagramo el mapa de los factores multicausales de las fobias me veo invadida por los siguientes pensamientos: Freud no aparece por ningún lado, no se destaca la sexualidad; déficit yoicos y trastornos narcisistas me acercan a la psicología del yo; hablar de identidad es un concepto anticuado y rechazado en el marco de las ideas de Lacan. ¿Es la filiación al padre, el terror a la orfandad lo que impide un trabajo productivo en el nivel de las ideas, de los paradigmas vigentes, el malestar del psicoanálisis? ¿Una falta de límites y de delimitación de órdenes entre la relación transferencial terapéutica y la producción científica? ¿Es necesario siempre pensar y hablar con otro, como diálogo analítico, o la producción teórica no sólo se rige por la gramática del inconsciente sino que debe ser solitaria, de ruptura y en proceso secundario?

El mapa propuesto (véase el diagrama de la página 10) pretende esquematizar una forma de articulación posible entre los múltiples componentes que contribuyen a la estructura de una organización psicopatológica, en este caso las fobias.

En primer lugar, si una persona se siente en peligro habría que considerar cuál es su estrategia guerrera: ¿valora de modo excesivo las fuerzas del enemigo o infradimensiona los poderes con los que cuenta? ¿Es el objeto fóbigeno, por definición nocional, un objeto inofensivo para la razón, o se trata de "una razón" que opera con un factor deficitario —la representación imaginaria de sus recursos posibles— y que instituye la realidad misma con un coeficiente de peligrosidad ajeno a la razón ajena? ¿Este "ser fóbico" se estructuró de la mano de un progenitor fóbico que junto al apretón afectivo "colaba" significantes de enigmático temor o el mandato que sólo de la mano del objeto protector hallaría seguridad? Identidad de fóbica/a construida

sea por identificación a padres que se consideran en peligro o que identifican en el niño/a un ser siempre en peligro.

Esta asunción permanente de la imperiosa necesidad de un semejante siempre presente, de una cálida mano que acompañe el desvanecimiento nocturno, ¿dejó como consecuencia áreas del saber y del hacer sin explorar, sin dominar? ¿Se encuentran los adolescentes lanzados por la presión de la época a una sexualidad precoz con sus enormes puntos ciegos en torno del tomar decisiones, evaluar riesgos, planear por anticipado, todo ese mundo que el adulto ejerció sin enseñanza? La timidez, el "no sé qué hacer, qué pensar", el ridículo, la vergüenza, dan forma a lo que justamente no tiene forma ni sustancia, y constituyen verdaderos "agujeros negros" de la subjetividad que desembocan en fobias.

Freud nos mostró el camino de los múltiples disfraces de la angustia, y la angustia halla el camino facilitado para su trasposición a cualquiera de los demonios consagrados, antiguos, modernos y posmodernos: el diablo, las enfermedades, la sangre, los aviones, los ascensores, las multitudes, la soledad, las arrugas, el infarto. En realidad, este enmascaramiento es el más frecuente para todo tipo de angustias: de derrumbamiento del yo, persecutorias, de colapso de la autoestima, culpa, prohibición de la sexualidad. Es menos habitual que la psique invente peligros más originales: las tazas verdes que amenazan o el caballo que muerde son cada vez más raros.

El proceso por el cual un afecto —el cambio corporal generado en la relación del sujeto con el medio— encuentra un correlato de significación, es el proceso central de la estructuración del mundo subjetivo humano, el mundo simbólico. El mecanismo de trasposición de la angustia se solapa con el proceso mismo de simbolización humana y debe ser diferenciado del desplazamiento defensivo, pero ambos mecanismos pueden dar lugar a fenómenos de temor en la conciencia.

A su vez cada uno de estos componentes, que pueden ser rastreados en sus distintas génesis, rara vez actúan en solitario, quizá con la única excepción de las experiencias traumáticas en sus efectos inmediatos. Pero la investigación no se agota en la ubicación de su

origen, sino que debe proseguir en los efectos de retroalimentación que ejercen uno sobre otro, en el proceso permanentemente productivo de potenciación que una inhibición ejerce en el sentimiento de impotencia del yo, en el fracaso repetido de las aspiraciones no logradas, en el desvanecimiento de la confianza y, por lo tanto, en la ratificación certera del "no puedo".

¿Es posible ante un niño tímido, ante un adulto con crisis de pánico y claustrofobia, ante una mujer apagada y desvitalizada por un sinnúmero de inhibiciones, trazar su mapa de los componentes presentes, la especificidad de su combinatoria, la severidad y rigidez de algunos de los enlaces, la prioridad en el ataque de los déficit o de los excesos que deben tenerse en cuenta para su adecuada corrección?

Creemos que no sólo es posible, sino imperioso. Una ampliación de la comprensión de los mecanismos causales contribuiría a una mayor precisión diagnóstica y terapéutica, como asimismo a rectificar uno de los malestares que amenazan seriamente al campo psicoanalítico: la falta de diálogo y debate de sus paradigmas en el concierto de las ciencias sociales.

Madrid, marzo de 1991

DEFENSIVA
Proyección,
desplazamiento

ESTRUCTURANTE
Localización,
simbolización

**Transposición
de la
angustia**

**Déficits
yoicos**
Generan una valoración
de la realidad como no
dominable, peligrosa

Identificación
Representación de sí:
débil, vulnerable,
en peligro
Representación del otro:
poderoso, amenazante

Por semejanza con
padres considera-
dos débiles,
vulnerables, en
peligro

A una identidad de
débil, vulnerable, en
peligro, construida
por el otro

FOBIAS

Trastornos
narcisistas

Culpa
Deseos hostiles,
eróticos

Angustia
persecutoria

Angustia de
fragmentación

**Experiencias
traumáticas**

Codificación
aportada por el
discurso del otro

Acontecimientos
traumáticos

PROLOGO

Este libro es el fruto de una irritante discordia que me ha acompañado en los últimos diez años de mi práctica como psicoanalista de niños: el amplio margen de fenómenos, de casos, de situaciones que la clínica demanda para su comprensión y resolución, comparado con una paradójica estrechez y generalidad de las teorías que dan cuenta de esos problemas. La búsqueda de respuestas en muchos momentos me ha llevado a trasponer las fronteras de un cuerpo teórico o de una escuela determinada y recorrer el freudismo, el kleinianismo, el lacanismo, así como "conocer", en una suerte de atrevimiento, otras disciplinas cuyos discursos están lejos de ser repetitivos para un consumidor del psicoanálisis, como las teorías cognitivas.

Ahora bien, toda aventura tiene sus riesgos y la del saber múltiple conlleva los suyos. Sin duda los peligros del extravío, del eclecticismo o de la disidencia se hallan próximos aunque no sean insalvables.

El planteo que sostengo no es un "todo vale" o una suerte de integración sustentada en el voluntarismo de la unión de las ideas. Todo lo contrario; intento reflexionar desde el interior de cada posición teórica el porqué de cada una de ellas, apelando a una coherencia que no descansa en la fidelidad a una doctrina a costa de constreñir la experiencia de modo tal que los fenómenos no explicados queden por fuera, sino recurriendo a una cuidadosa observación de los momentos de fractura, de los fracasos, de los casos que no alcanzan a inter-

pretarse satisfactoriamente. Si bien la experiencia no es didáctica de por sí, muchas veces tiene la virtud de la insistencia y, a la manera del lapsus, rompe la aparente homogeneidad del discurso y obliga a interrogarnos sobre su sentido.

Si hay algo que caracterizó al pensamiento freudiano fue el lugar que siempre reservó para la diversidad de los fenómenos, para aquello que se presentaba como "un más allá". Muchas veces fue criticado por mantener hasta el final de su obra explicaciones francamente contradictorias. Esta actitud, lejos de resultar de un temor a la definición o a las opciones, era testimonio de una posición radical ante la ciencia: si algo se resiste a ser comprendido, no hay que dejarse tentar por considerarlo exterior al psicoanálisis, no pertinente, o simplemente retirarle la catexis de atención, sino crear un método, otra teoría que haga comprensible "el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos".

Desde esta postura el examen de las distintas propuestas que daban cuenta de un fenómeno supuestamente unitario, las fobias infantiles, me condujo a un replanteo de las mismas y a intentar delimitar un campo de aplicación del aporte de cada teoría. Si bien el estudio se centra en la infancia, las condiciones que derivan de él implican un replanteo de las fobias en el adulto, al mismo tiempo que un cuestionamiento de todo enfoque en psicopatología que pretenda reducir la complejidad causal a una única condición de génesis.

Hace casi veinte años, José Bleger, en el prólogo a su libro *Psicología de la conducta*, intentaba señalar, advertir, casi denunciar un peligro creciente: la coexistencia en forma aislada y contrapuesta de un numeroso conjunto de escuelas, subescuelas, métodos y técnicas, corrientes e ideologías, cada una de las cuales había aportado conocimientos fragmentarios de una única y misma totalidad, pero que habiendo creído ver el todo en el segmento, había dado lugar a teorías erróneas, distorsionadas o exageradas. Pensaba que una labor importante consistía en reencontrar y reubicar en la totalidad la parte de realidad reflejada por cada corriente o escuela, y que la solución de muchos problemas residía únicamente en su replanteo, tratando de recuperar lo que se hallaba

disperso, desarticulado, formalizado, o ubicado como antinomias irreductibles o falsas antítesis. No es casual que para sostener este principio debiera defenderse de ser considerado un ecléctico.

Actualmente la oposición estructura-historia ha creado la tendencia a relegar los estudios evolutivos al campo de la psicología, pero no sólo enmarcándolo como exterior al psicoanálisis sino considerándolo un ámbito espurio. ¿Será por el absurdo y el descrédito a que condujo una de las teorías más dilectas de la psicopatología psicoanalítica, la correlación entre las etapas de la libido y la producción de las neurosis? Es cierto que hoy en día muy pocos piensan en estos términos, pero el abandono de una idea errónea no justifica el exilio de una problemática.

¿Se puede sostener que la preocupación de Freud por establecer la demarcación entre autoerotismo y narcisismo, con el advenimiento del yo como unidad, preocupación claramente evolutiva, no debe formar parte del psicoanálisis? ¿O que la precisión que hiciera entre mecanismos de defensa primitivos y los de desarrollo ulterior no interesan al psicoanálisis?

Con todo, el radicalismo de que ha hecho gala la posición estructuralista nos incita a definir los términos específicos de la evolutiva psicoanalítica. Mientras que la evolución biológica o cognoscitiva está asegurada por el devenir cronológico como un potencial del niño que madura o se despliega, el punto de vista evolutivo planteado por el psicoanálisis no se halla fijado de antemano, depende de los avatares de la intersubjetividad y en especial de la palabra del otro que es determinante en marcar el rumbo, las detenciones, los saltos atrás.

Ya próxima a finalizar este libro, llegó a mis manos la excelente obra *La función de la ignorancia* desde la cual Sara Paín intenta substraerse al destino fatídico que separa a freudianos y piagetianos —quienes al decir de la autora, “se desconocen y desprecian mutuamente”— y plantear, a pesar de todo, una articulación entre la intelección y el pensamiento simbólico.

No pude dejar de interrogarme sobre las condiciones de producción de su obra y de la mía, en circunstancias en que la pertenencia a grupos o la participación en instituciones que acaban por defender una identidad más que un saber, se hallan disminuidas a un mínimo.

Caracas, octubre de 1980

1

INTRODUCCION

Difícilmente existan fenómenos más frecuentes en la infancia que los relativos a la esfera de los miedos, fobias y terrores. Mucho se ha escrito en la literatura psiquiátrica y psicoanalítica sobre este tema. Sin embargo, cuando se intenta un estudio sistemático de las fobias infantiles se comprueba que quedan aún no pocos aspectos sin investigar en este dominio, que, al decir de Perrier,¹ "es demasiado conocido en superficie para despertar la inquietud de examinarlo de nuevo".

Una revisión de la literatura nos enfrenta con una serie de problemas no resueltos que abarcan diferentes planos: semiológico, nosológico y explicativo.

Un recorrido de las categorías diagnósticas conduce a una gran confusión. Para algunos autores existen claras diferencias entre miedos infantiles y fobias propiamente dichas,² para otros³ estas diferencias carecen de importancia y son sólo fachadas encubridoras de una idéntica esencia. A su vez, Anna Freud⁴ propone distinguir muy rigurosamente —y como paso previo para sanear el confuso campo de las fobias— entre miedo y angustia, utilizando miedo para la actitud hacia un

¹ F. Perrier, "Fobias e histerias de angustia", en J. Saurí (comp.), *Las fobias*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.

² A. Freud, "Normality and Pathology in Childhood", I. U. P., N. Y., 1965.

³ M. Klein, *El Psicoanálisis de Niños*, Ed. Asoc. Psicoanal. Arg., Bs. As., 1948.

⁴ A. Freud, "Fears, Anxieties and Phobic Phenomena", *Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XXXII, Yale Universities Press, 1977.

peligro que amenaza desde lo real y angustia para las reacciones ante amenazas que surgen del mundo interno. Y agrega que mientras los miedos, por más intensos que sean, no se transforman en fobias, la angustia toma frecuentemente este camino.

Por otro lado, entre los que diferencian los miedos de las fobias, algunos lo hacen también en su valor psicopatológico, distinguiendo los miedos, como fenómenos evolutivos normales, de las fobias como síntomas, mientras que Marta Harris y col.⁵ si bien recurren a esta doble denominación, atribuyen tanto a los miedos como a las fobias el mismo mecanismo de producción. Fobia se ha convertido en una palabra espuria, es cualquier miedo exagerado. Es clásico denominar fobia al temor irracional a las polillas, pero ¿qué identidad guarda este fenómeno con un niño tímido al que se lo sindicaba de fóbico?

La diversidad de criterios empleados en las clasificaciones aumenta el desconcierto. Se habla de fobias tempranas y fobias de la segunda infancia teniendo en cuenta un *patrón cronológico*. A su vez, este orden de aparición pareciera también incluir diferencias en la producción y organización del síntoma, ya que para Mallet⁶ las fobias tempranas son pre-fobias.

Otras veces se recurre al *mecanismo de producción* como criterio delimitador, así encontramos las fobias traumáticas, pero este elemento calificador que en tal caso da cuenta de su especial génesis, en otras oportunidades es sólo una precisión descriptiva del contexto en que surge: las fobias escolares.

En todo el campo psicoanalítico, sin embargo, la fobia contiene, en su misma semántica, la explicación que da cuenta de su existencia como significante. Implica un conflicto que pone en marcha ciertos mecanismos psicológicos específicos: represión, proyección y desplazamiento. O sea, que siempre

⁵ M. Harris y col., *Su hijo año a año*, Paidós, Buenos Aires, 1973.

⁶ J. Mallet, "Contribución al estudio de las fobias", en J. Saurí (Comp.) *Las fobias*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.

que se trate de fobias estamos hablando, psicoanalíticamente, del complejo dinámico descrito por Freud en Juanito.⁷ Sin embargo, este sólido edificio no resiste un examen cuidadoso, si se pretende darle un carácter abarcativo para cualquier tipo de fobia.

Freud⁸ fue el primero en sostener que junto a las fobias de la fase fálica ligadas con el conflicto edípico y con la angustia de castración existía otro grupo de fenómenos de apariencia similar (miedo a la oscuridad, a la soledad, a los extraños) que no encontraban explicación.

Anna Freud⁹ parece responder al interrogante paterno distinguiendo una categoría que denomina miedos arcaicos —los cuales no entrarían dentro del dominio de lo que metapsicológicamente se entiende por fobias, pues no se basarían ni en el conflicto, ni en defensas específicas—, e incluye dentro de la misma los miedos tempranos que en la descripción de Freud quedaban sin explicación.

La solución encontrada es considerar tales fenómenos como otros y mantener el concepto de fobia fiel a su descubridor, es decir, como un producto neurótico que implica un desarrollo no completo pero importante del aparato psíquico. Sin embargo, la existencia de verdaderos síntomas fóbicos —un objeto inofensivo amenazante desde el exterior y de producción individual— hacia el primer año de vida despierta dudas sobre la uniformidad de la propuesta genética de ligar las fobias con una problemática fálica.

Melanie Klein¹⁰ resuelve la impasse teórica sosteniendo que las fobias tempranas se hallan ligadas con el incremento del sadismo oral canibalístico de la fase depresiva, y que su dinámica descansa en una violenta proyección del superyó temprano sobre un objeto exterior.

Es decir, que si bien se resuelve el problema del reduccionismo —un solo tipo de conflicto, el fálico, en la producción

⁷ S. Freud, *Análisis de la fobia de un niño*, St. Ed., vol. X.

⁸ S. Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, St. Ed., vol. XX.

⁹ A. Freud, *Obra cit.*

¹⁰ M. Klein, *Obra cit.*

de la fobia— pluralizando el tipo de angustias presentes y ampliando el número de etapas del desarrollo en que pueden aparecer, lo que persiste como interrogante es que para Melanie Klein el equipo semiótico responsable de los mecanismos que presiden la elección del objeto fóbigeno es similar a los seis meses y a los seis años.

Por su parte, otros autores psicoanalíticos, como Mellita Sperling,¹¹ consideran que la fobia está relacionada con la fase anal del desarrollo instintivo. Los conflictos de separación que aparecen pertenecerían a la fase anal (aproximadamente entre un año o año y medio y tres años) y enfatiza la importancia de los impulsos pregenitales en la producción del síntoma. Pero al mismo tiempo que Sperling sostiene la idea clásica sobre las fobias, aunque variando la etapa de fijación (y, por lo tanto, el tipo de conflicto implicado), al describir las fobias escolares propone cuadros fóbicos estructurados mediante identificaciones del niño con los padres y también fobias inducidas por los padres por medio de complejos mecanismos de manipulación del niño. Parecería que la autora no concediera a esa propuesta toda la importancia que ésta requiere, pues sostiene otros modelos teóricos de producción sintomal que no tiene en cuenta en la formulación general del tema.

Finalmente, Lacan¹² y otros autores poslacanianos¹³ fieles a Freud, siguen considerando que la fobia está ligada con la angustia de castración y el conflicto edípico, aunque debemos destacar que tanto la angustia de castración como el Edipo han sido ampliamente reformulados por la doctrina lacaniana. De manera que un lector poco precavido puede encontrar coherencia donde no la hay. Pues si para Freud "el caballo" objeto fóbigeno contenía una serie de sentimientos e imagos referidos al padre y el terror al caballo en última instancia era su temor a la castración, a partir de Lacan el caballo será un objeto que desde lo imaginario intentará cu-

¹¹ M. Sperling, "Fobias escolares: Clasificación, dinámica y tratamiento", *Rev. de la ASAPPIA*, año 2, N° 1, Buenos Aires, 1971.

¹² J. Lacan, Seminario de las Relaciones de Objeto. Transcripción de J. B. Pontalis, *Imago*, N° 6, Letra Viva, Buenos Aires, 1978.

¹³ F. Perrier, *Obra cit.*

brir la falta de un agente castrador, y con ese carácter será invocado, a falta de un padre real que cumpla su función.

Lo que para Freud es el terror de Juanito a ser separado del objeto incestuoso por la presencia del padre, en Lacan es, a la inversa, el terror de Juanito de quedar preso en la dupla narcisista-incestuosa con su madre, por inoperancia de la ley paterna.

Resumiendo, el campo psicoanalítico de explicaciones no se presenta homogéneo en lo atinente a la especificidad del conflicto y a las ansiedades que ponen en marcha la sucesión de mecanismos típicos de las fobias.

Además, tanto la clínica de adultos como de niños nos enfrenta hasta el cansancio con la presencia de síntomas fóbicos aislados o que forman parte de otros cuadros psicopatológicos, lo que acrecienta el número de interrogantes. *El síntoma parece ser, en su génesis y estructura, independiente de la constelación dinámica específica de una neurosis determinada.*

Así es como Perrier¹⁴ distingue el síntoma fóbico, susceptible de germinar en terrenos neuróticos diversos, de la neurosis fóbica, que encontrará una ubicación más precisa entendida como histeria de angustia. Pero inmediatamente surgen problemas de legitimidad: ¿si la fobia hace su aparición en una neurosis que comprende elementos de regresión preedípica se la denomina pseudofobia, reservándose el término fobia al síntoma dentro de una neurosis histérica caracterizada por el acceso al estadio genital, corolario de la entrada a la situación edípica?

En conclusión, la apelación a la concepción psicoanalítica sobre las condiciones de producción como criterio clasificatorio y unificador de las fobias nos enfrenta con un panorama oscuro, poco preciso, pero lleno de sugerencias. Si la fobia no es un síntoma patognomónico de una entidad determinada, ¿cuáles son las características que definen al síntoma fóbico y le confieren unidad? ¿Cuál es la naturaleza de esta especificidad? Ya vimos que no parece ser el tipo de angustia sub-

¹⁴ F. Perrier, Obra cit.

yacente ni la constelación dinámica. ¿Debiera postularse entonces que constituye un procedimiento particular de manejo de la angustia, siendo por lo tanto el síntoma fóbico similar a un mecanismo psicológico elemental? En este caso, ¿se entenderá como un epifenómeno de la angustia, como un tipo de enlace entre el afecto y la representación, es decir, como un tipo de simbolización? ¿Cuáles serían las leyes que gobiernan esta asociación entre la angustia y su representante? ¿Son fijas y uniformes o presentan variaciones y diferencias a lo largo del desarrollo?

La clásica diferencia entre defensa primaria y secundaria nos parece útil en la delimitación de una problemática. La defensa secundaria, que se constituye por una serie de *evitaciones, precauciones y prohibiciones* ante determinadas situaciones y objetos cuya proximidad despierta angustia, de la que el sujeto no logra escapar, no es difícil de interpretar. Pero lo que permanece como núcleo incomprensible es el síntoma fóbico, su construcción y la convicción de la peligrosidad del objeto y la justificación consiguiente. ¿El cuadro conocido como carácter fóbico o personalidad evitativa, conglomerado de defensas, responde a la misma causa, es decir, se organiza del mismo modo que un terror irracional a las tazas verdes, por ejemplo?

Veamos ahora qué es lo que ha acontecido con las fobias en el campo del conductismo. Desde el célebre trabajo de Watson y Raynor¹⁵ sobre la génesis experimental de una fobia en un niño (Albert) de once meses, hasta los desarrollos actuales de la terapia de la conducta, han transcurrido casi sesenta años.

Si bien han abandonado el enfoque traumático de la concepción de las fobias para introducir el papel de la imitación y el reforzamiento permanente que ejerce el medio familiar sobre la conducta del niño, recién en los últimos años los autores de esta corriente comienzan a pensar en términos de procesos cognitivos y a atreverse a sostener que el conflicto

¹⁵ Watson y Raynor, "Conditioned emotional reactions", *J. Exp. Psychol.*, 1920, 3-1-14.

desempeña algún rol en la conducta humana. Aun así, el reduccionismo de que hacen gala al considerar la problemática de cualquier cuadro, corre parejo con los esfuerzos que realizan para otorgar a la psicopatología un carácter cuantificable.

En lo que concierne a la génesis de los temores y fobias, se presentan como un bloque monolítico, sin dudas ni incertidumbres; las fobias de toda clase conducen al mismo modo de producción: se aprenden. A esto se reduce la explicación que se postula.

Por lo tanto, nos enfrentamos con el siguiente panorama: clínicamente se describen diversas categorías nosológicas: 1) miedos arcaicos o temores del desarrollo; 2) fobias tempranas; 3) síntoma fóbico aislado o formando parte de cualquier otra combinación sintomal; 4) neurosis fóbica o histeria de angustia; 5) carácter fóbico; 6) fobias traumáticas.

Sin embargo, a esta pluralidad clínica no se le hace corresponder una pluralidad explicativa. Todo lo contrario, tanto el psicoanálisis, como el conductismo sostienen la existencia de causales únicas, aunque el edificio psicoanalítico ofrece, muestra y hasta diría que se complace en exponer las grietas teóricas por las que se filtran la serie de interrogantes ya mencionados, como para invitar a su reconsideración.

En el marco de esta orientación intentaremos un replanteo basado en el siguiente punto: el miedo es un homogeneizador clínico y es esta unidad expresiva la responsable de un efecto engañoso que ha comprometido a la teoría en el esfuerzo de responder con una explicación unitaria. Pensamos que es posible, y hasta con cierta rigurosidad, delimitar la independencia clínica de una serie de categorías descriptas en la literatura y hacer corresponder a esta diversidad de cuadros en forma simétrica una pluralidad causal.

Psicogénesis múltiple

Creemos que la aceptación de un campo heterogéneo de causalidad de un fenómeno que en su apariencia perceptible resulta homogéneo puede contribuir a un ordenamiento de la

nosología, así como a una redistribución de las aportaciones que cada doctrina ha realizado a este tema. Pensamos que tanto los temores como las fobias pueden responder a distintas condiciones de producción, que son las siguientes:

- 1) Por trasposición de la angustia.
- 2) Por identificación.
- 3) Por insuficiencia o por progreso cognoscitivo. Temores del desarrollo.
- 4) Por insuficiencia de funciones del yo. Trastornos en la sublimación.
- 5) Traumáticas.
- 6) Formas mixtas o articuladas.

FOBIAS POR TRASPOSICION DE LA ANGUSTIA

La explicación psicoanalítica de las fobias siempre ha estado estrechamente ligada con la concepción de la angustia del hombre. Freud ubicó en un contexto científico el estudio de la angustia al considerar la naturaleza profundamente conflictiva del sujeto. Un recorrido de las distintas propuestas teóricas sobre la angustia nos conduce a diferentes explicaciones de la formación y el sentido de las fobias.

En la primera teoría sobre la angustia ^{1, 2} Freud sostiene que su producción obedece a un estancamiento de la libido. La libido estancada por un proceso de transformación (no especificado) es liberada directamente como angustia. El estancamiento podría responder a dos tipos de causas: 1) por falta o inadecuación de la satisfacción sexual, lo que constituía en 1895 la neurosis de angustia, neurosis actual, que no obedecía a causa psíquica alguna. La mayoría de las llamadas fobias típicas en las que predominan la angustia y los componentes somáticos pertenecían a este grupo; 2) por defensa psíquica, la represión ocasionaba el mismo resultado que la abstención, una retención de la libido que al no conseguir descargarse se transformaba en angustia. Estas constituían las neuropsicosis de defensa y las fobias de la neurosis obsesiva pertenecían a esta categoría.

Lo fundamental de esta primera idea consistió en que la

¹ S. Freud, *Neuropsicosis de defensa* (1894), St. Ed., vol. III.

² S. Freud, *Obsesiones y fobias* (1895), St. Ed., vol. III.

angustia era un derivado de la sexualidad y la terapéutica descansaba en operar sobre la causa del estancamiento, sea regularizando la vida sexual, sea eliminando la barrera psicológica que la mantenía reprimida.

Posteriormente, en *Inhibición, síntoma y angustia*,³ síntesis de la segunda teoría sobre la angustia, Freud sostiene que la misma es una señal del yo y para el yo de la situación de peligro pulsional que conlleva la amenaza de castración. La angustia de castración es el punto de partida de los procesos defensivos a los que el yo recurrirá para eliminar la situación de peligro.

En este contexto las fobias vuelven a ser consideradas como productos de transformación, no ya de la libido estancada sino de la angustia de castración. Al constituirse la fobia, la angustia de castración se dirige hacia un objeto sustitutivo que puede ser evitado.

Si tomamos la escuela kleiniana y su énfasis en el papel relevante de la pulsión de muerte como generador de la angustia del hombre, las fobias se hallan estrechamente ligadas con este planteo. Reconociendo un hecho de observación evidente, que las fobias constituyen uno de los síntomas psicológicos más precoces, Melanie Klein sostiene que las fobias tempranas, modelo de todas las ulteriores, constituyen modificaciones de angustias psicóticas que tienen su origen en el temor a ser devorado por el superyó precoz.

Posteriormente Lacan retoma el planteo freudiano sobre la angustia. Considera que la problemática del sujeto gira alrededor de una "falta", de una carencia básica, que será imaginarizada como castración. Esta falta es un sentimiento de discordia que acompaña al hombre, producto de su estructuración escindida como sujeto. En su planteo, las fobias resultan ser una solución imaginaria frente a esa falta. Específicamente considera que la función peculiar del objeto fóbico es ser un recurso protector que recubre la falta de la función paterna.

De este brevísimo resumen, resulta claro que existen di-

³ S. Freud, St. Ed., vol. XX.

ferentes planteos teóricos sobre la concepción de la angustia y la psicopatología de las fobias. Sin embargo, en su diversidad mantienen un punto central en común que permite su agrupación unitaria. *Las fobias resultan de una modificación, de una trasposición, de una serie de operaciones endopsíquicas que el sujeto realiza con la angustia originada en un conflicto.* La angustia, sea producto de la castración, de la pulsión de muerte o de la falta de ser, es un fenómeno propio del sujeto normal, inherente a su existencia en el mundo. El desarrollo y la estructuración del sujeto transcurre a lo largo de una serie de crisis conflictivas que inevitablemente son fuente de angustia.

Ante la angustia, sentimiento desorganizante, el psiquismo responde efectuando alguna operación, algún trabajo que modifique el estado de desequilibrio. Las fobias son producto de un específico trabajo intrapsíquico, que ha sido descripto fundamentalmente como un trabajo de defensa. Ante un conflicto que genera angustia, el yo articula una serie de procedimientos tendientes a modificar el estado de ansiedad: represión, regresión, desplazamiento, y como resultado se crea un nuevo estado psíquico por el cual ya no se sufre frente al conflicto original sino frente a un sustituto fácil de evitar.

Clásicamente, la transformación de la angustia en fobia se consideró un recurso defensivo que si bien permitía al niño evitar el conflicto y la angustia, detenía el proceso evolutivo, dando origen a una enfermedad neurótica.

El planteo lacaniano introduce una variante en este esquema al considerar que la fobia proporciona una solución imaginaria a una falla en la estructura simbólica del medio familiar del niño. En este caso la trasposición opera como una estructuración que promueve el desarrollo simbólico.

Por lo tanto, creemos que en este grupo de fobias —en que el mecanismo de producción es una serie de operaciones intrapsíquicas— se pueden diferenciar dos subgrupos:

- 1) Fobias por trasposición defensiva.
- 2) Fobias por trasposición estructurante.

Fobias por trasposición defensiva

En la primera teoría sobre la angustia, la llamada por Laplanche teoría económica,⁴ la energía sexual estancada a la que se rehúsa la posibilidad de cierta elaboración psíquica es liberada de una manera más o menos anárquica como angustia. La angustia libremente flotante, presente como un fondo o como ataque, podía fijarse de una manera puramente ocasional tanto a síntomas somáticos como a representaciones. En este planteo Freud sugiere un mecanismo de producción de las fobias que es otro que el que propone para las que luego serán las fobias de la histeria de angustia. Resulta interesante señalar que al haberse abandonado el concepto de neurosis actual, desechando su etiología no psicológica, también se desechó un procedimiento de producción de síntomas fóbicos que, sin embargo, es útil reubicar.

El mecanismo es el siguiente: la fijación arbitraria de la angustia, hasta ese momento libre, a una representación cualquiera capaz de prestarse a ello. Las representaciones que se presentan como adecuadas para fijar la angustia serían los miedos llamados universales: a las serpientes, a las tormentas, a la oscuridad, etc. O sea, significantes que remiten a un significado compartido y que por su misma generalidad parecieran acreditar una fuerte veracidad, tanto sobre la peligrosidad del objeto como sobre la vulnerabilidad del sujeto. Antes que nada es necesario que haya "expectativa ansiosa" seguida de algo —de cualquier cosa— con tal que sea muy común y que se tome como pretexto.

La segunda causa de impedimento a la elaboración psíquica estaba constituida por la defensa psíquica. La represión ocasionaba el mismo resultado que la abstención: una retención de libido que al no conseguir descargarse se transformaba en angustia. No era ya una libido "no elaborada", no pasible de fantasías o de nivel psicológico sino una libido

⁴ *Problemática psicoanalítica. La angustia en la neurosis*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.

que había sido separada de sus representaciones. Este trastorno originaba las neuropsicosis de defensa, y las fobias de la neurosis obsesiva pertenecían a esta categoría,

Por lo tanto, ya tempranamente (1894-1895) *Freud independiza el motivo del procedimiento*. Es decir, la causa del impedimento, la generación de angustia podía variar en un rango tan amplio como el que en ese momento trazaba entre neurosis actual y neuropsicosis de defensa; sin embargo, el mecanismo de producción, el procedimiento era único: *la trasposición del afecto, una representación se vuelve compulsiva por la ligazón con un afecto disponible*.

Para el caso de las neurosis de angustia: 1) el afecto no proviene de una representación reprimida; 2) revela que no se puede reducir por el análisis psicológico; 3) su mecanismo de producción no es la sustitución.

Esto quiere decir que si se analiza una fobia de la neurosis de angustia, se descubre que cierta angustia está ligada con cierta representación, pero detrás de esta última no se encuentra otra simbolizada, sustituida por la segunda. Freud sostiene que ambos tipos de fobias o de representaciones obsesivas coexisten a menudo. Puede suceder que exista una fobia de la neurosis de angustia y que en un segundo momento ésta se *transforme* en una fobia por sustitución.

Hacemos tanto hincapié en ésta ya abandonada idea psicopatológica porque creemos que existe en ella una importante intuición freudiana.

La diferencia etiológica entre una y otra producción sintomal radica en lo siguiente: en las neurosis actuales la causa es actual en un doble sentido: 1) actual en el tiempo: 2) actualizada, la noxa se halla presente; nos enfrentamos con una dificultad real insuperable. En cambio, en las psiconeurosis se trata de una causa en el pasado, reactivada en el presente. Pero este presente puede ser relativamente contingente o anodino, o en todo caso posee un modo de acción mucho más simbólico que real. El impacto de la realidad presente depende, ante todo, de su repercusión, de su resonancia simbólica con respecto al acontecimiento del pasado. En el encuentro entre el presente y el pasado, éste se resignifica, convirtiéndose-

se en causa. Este tipo especial de causalidad psíquica es lo que Freud denominó *Nachträglichkeit* (en francés, *après-coup*) y que en lo sucesivo traduciremos *a posteriori*.

Con respecto a la patogenia, tanto en una como en otra existen conflictos, pero en la neurosis actual se supone que la causa es exterior a la neurosis. El conflicto está en alguna parte desencadenando la neurosis —conflicto que lleva, por ejemplo; al coitus interruptus—, pero el conflicto en sí no forma parte de su mecanismo. O sea, el mecanismo psicológico puesto en juego, el miedo o la fobia no refleja el conflicto.

En cambio, en la psiconeurosis el conflicto tiene dimensión psíquica, es un conflicto esencialmente interiorizado, se produce en el nivel de elementos ya altamente simbolizados que implican una vida de fantasía muy rica.

En cuanto a lo que atañe específicamente a la formación de síntomas, si bien hay diferencias, existe, sin embargo, un núcleo común, el afecto es traspuesto hacia otras representaciones o hacia ciertos lugares del cuerpo. En el caso de la neurosis de angustia, simplemente hay una transformación de la excitación de la angustia; los síntomas consisten en dolores difusos, fobias difusas; el sujeto siente potencialmente miedo de todo y puede tomar cualquier cosa como objeto de miedo. Laplanche puntualiza: "Sin llegar al extremo de algunas formulaciones como: los miedos no tienen ningún sentido, *ningún sentido agota la configuración concreta de los síntomas*".⁵

Para las neuropsicosis de defensa el síntoma tiene un sentido preciso y refleja en su misma estructura el conflicto que trasluce bajo la forma de un compromiso. "Son un verdadero lenguaje, un neolenguaje creado por cada neurótico." El síntoma tiene una individualidad, una especificidad mucho más marcada.

Resumiendo, en la producción de síntomas fóbicos es posible precisar diferentes tipos de elaboración psíquica:

- 1) Un primer caso en que el proceso de elaboración y simbolización individual en la producción del objeto fóbigeno es casi nulo. Los objetos peligrosos son ofre-

⁵ Obra cit., p. 42.

cidos por la cultura, miedos triviales y compartidos que el sujeto usa para el enlace, sobreagregando la angustia al miedo inicial.

- 2) Otros en que la organización del objeto fobígeno incluye la historia del sujeto en una concatenación, en un mito altamente personal.

Freud nunca abandonó su punto de vista sobre la especificidad de la neurosis de angustia, aunque la primera teoría de la angustia fue superada. Lo que siguió sosteniendo es:

- 1) El principio de *trasposición*; algo queda afectado, sea por una energía, sea por un significante que lo modifica.

- 2) Un problema actual, agudo, aun cuando sea explicado por la historia del sujeto, puede llegar a independizarse y oficiar de obstáculo.

Hay que tratar de comprender de qué manera el propio sujeto lo ha creado, pero una vez constituido nos encontramos frente a un hecho consumado, irreversible, que desempeña una función actual de obstáculo y también de coartada con respecto a toda posibilidad de volver a poner en circulación lo que ya está allí como fijado en lo real. O sea, un conflicto estrictamente psíquico sigue el destino de la represión, la angustia libre se enlaza a otra representación que guarda relaciones simbólicas individuales con "la idea reprimida. Esta última queda afectada constituyendo el objeto o situación fobígena.

Pero también una vez constituido un síntoma, éste genera, se constituye en un impedimento real, actual y presente que crea una nueva angustia que también puede enlazarse a cualquier otra representación. Sin embargo, en tal caso este nuevo enlace tiene distinta naturaleza que el primero. Sólo se trata de un enlace contingente.

Posteriormente, en *Inhibición, síntoma y angustia*, síntesis final de la teoría de la angustia,⁶ Freud sostiene que ésta es una señal del yo y para el yo de la situación de peligro pulsional que conlleva la amenaza de castración. En este con-

⁶ J. Laplanche (obra cit.) la denomina teoría funcional e histórica.

texto las fobias vuelven a ser consideradas como producto de trasposición, no ya de la libido estancada sino de la angustia de castración.

La angustia de castración hace que el yo recurra a mecanismos de defensa para su eliminación. Entra en juego la represión, recayendo la misma sobre todos los componentes del complejo de Edipo, hostilidad hacia el padre, amor al padre, amor a la madre. A su vez, estos deseos sufren los efectos de otros mecanismos de defensa; la regresión por medio de la cual la expresión de aquéllos sufre una transformación, ya no es temor a ser castrado, sino que se pasa a temer algún otro tipo de ataque, ser mordido, golpeado, perseguido, y no por el padre sino que, por medio del desplazamiento, otro objeto disfraza el original, por ejemplo: el caballo.

Por más que la represión e incluso la regresión sean esenciales en este proceso, si el niño sólo temiera que su padre lo muerda, el yo no habría logrado mucho en su lucha por mitigar la angustia. La ventaja real se obtiene mediante la creación del sustituto, de manera que el yo evita el conflicto de ambivalencia y el desarrollo de la angustia y tal sustitución se realiza por medio del desplazamiento.⁷

Lo central en la hipótesis freudiana puede resumirse en los siguientes términos: las fobias se originan a partir de conflictos que surgen en la etapa fálica del desarrollo edípico; la angustia en juego es angustia de castración; los mecanismos de defensa que participan en la construcción de una fobia son la represión, la regresión y el desplazamiento, pero lo que singulariza el proceso, es decir, el procedimiento esencial por el cual se crea el objeto fóbigeno, es el mecanismo de desplazamiento.

Ahora bien, ¿sobre qué objeto se realiza el desplazamiento?

⁷ S. Freud, "Si Juanito, que está enamorado de su madre, mostrara miedo a su padre, no tendríamos ningún derecho a atribuirle una neurosis ni una fobia. Lo que hace a esta reacción una neurosis es única y exclusivamente la sustitución del padre por el caballo. *Este desplazamiento es lo que puede calificarse de síntoma* y que constituye el mecanismo alternativo que permite al conflicto debido a la ambivalencia resolverse sin el auxilio de la formación reactiva." *Inhibición, síntoma y angustia*, St. Ed., vol. XX. (El subrayado es de E. D. B.)

to? La elección recae en alguno susceptible de guardar algún tipo de relación simbólica con el objeto original. En los historiales freudianos hallamos los ejemplos que ilustran las reglas por medio de las cuales se lleva a cabo la sustitución simbólica: contigüidad o semejanza.⁸ El historial de Juanito revela un conjunto de asociaciones que convergen en el caballo.

Asociación por contigüidad: el padre jugaba a los caballos con él, es decir, que el caballo se hallaba en el mismo contexto de experiencia. Del conjunto de la misma se toma un elemento para significarla: caballo.

Asociación por semejanza: el caballo es grande, muy gordo, de color negro, usa anteojeras: rasgos formales que pueden incluir parecidos con el padre. Los carros de mudanza y el autobús van muy cargados y son muy pesados: semejanza con el embarazo de la madre. Los caballos pueden morder, pueden ejecutar la misma acción que se teme de la persona del padre.

Asociación por homofonía: los niños repetían "a causa del caballo", "quizá por esto yo cogí la tontería". Semejanza fónica entre las palabras alemanas: *wegen* (a causa de) y *wägen* (vehículos). Si bien Freud no incluyó esta asociación como un elemento central en la comprensión del historial, lo menciona como un medio por el cual la fobia pudo extenderse al caballo.

Se entiende que si el síntoma en sus características manifiestas encierra por simbolización el secreto del complejo reprimido, la disolución del enlace por desplazamiento sólo podrá hacerse por medio de una exploración minuciosa de todo lo relativo al síntoma: las características del objeto sustituto, las circunstancias que rodearon su constitución como

⁸ S. Freud, "El hecho de que el padre de Juanito hubiera jugado con éste a los caballos, determinó, seguramente, 'la elección del animal temido'. Del mismo modo resultaba muy probable que en el caso de la fobia a los lobos, el padre del sujeto, individuo éste de nacionalidad rusa, y que al someterse al tratamiento pasara ya de los 30 años, fingiera alguna vez, en sus juegos infantiles con su hijo, ser un lobo que amenazaba con devorarlo." *Inhibición, síntoma y angustia* (p. 104).

objeto fóbigeno, las asociaciones que el sujeto puede aportar con respecto al objeto sustituto. Todas serán pistas que nos lleven tanto al objeto como al impulso original reprimido. Estas son las bases del desmontaje terapéutico del síntoma fóbico.

Melanie Klein

Las ideas de Melanie Klein sobre las fobias son categóricas y alteran sustancialmente el orden freudiano:

- 1) M. Klein encuentra la explicación de las fobias tempranas;
- 2) considera que las que aparecen en la segunda infancia y en la vida adulta no son más que una prolongación (cambiando su contenido) de las que surgen en edad temprana;
- 3) tienen una función esencialmente defensiva contra angustias de desintegración del yo;
- 4) los mecanismos que intervienen en su producción son la disociación y la proyección;
- 5) el contenido de lo proyectado es el ello y el superyó terrorífico temprano, instancias que contienen la amenazante pulsión de muerte;
- 6) la angustia sobreviene como consecuencia de la acción intrapsíquica de la pulsión de muerte que amenaza la integración del yo;
- 7) esta acción se escenifica por medio de fantasías oral-canibalísticas.

Engloba en esta configuración dinámica manifestaciones psicopatológicas sumamente variadas, desde los temores más elementales: a la oscuridad, al extraño, pasando por los terrores nocturnos, las dificultades en la alimentación hasta las clásicas fobias a los animales y los trastornos en las relaciones de objeto. La angustia que aparece alrededor de los seis

meses parece estar inducida por un incremento del sadismo. El niño teme a objetos violentos tanto externos como introyectados y "tales miedos no pueden ser modificados en un grado adecuado en este estadio tan temprano".⁹

El proceso de formación de las fobias se explica de la siguiente manera: los síntomas están basados en la expulsión del superyó terrorífico que es característico del primer estadio anal. Se trata de un proceso compuesto por varios movimientos mediante el cual el niño modifica el miedo al superyó y al ello terroríficos.

El primer movimiento es arrojar aquellas dos instituciones al mundo externo y asimilar el superyó al objeto real. El segundo movimiento nos es familiar: se trata del desplazamiento a un animal del miedo que siente por el padre real:

"Pero antes de éste hay a menudo un paso intermedio que consiste en elegir como objeto de ansiedad en el mundo externo a un animal menos feroz en lugar de las bestias salvajes y feroces que en los primeros estadios del desarrollo del yo tomaban el lugar del superyó y del ello".¹⁰

Melanie Klein radicaliza el papel de la pulsión de muerte en el origen de la angustia, y por el contrario, relativiza al mínimo el del otro, sosteniendo también esta tesis en su propuesta sobre las fobias. Discutiendo la idea freudiana de que el impulso sexual sólo se torna una fuente generadora de angustia si implica el peligro de la castración, sostiene:

"Pero me aventuro a pensar que lo que yacé en la raíz de una fobia es, sin embargo, un peligro interno, es el miedo de la persona a su propio instinto destructivo y a sus poderes introyectados".¹¹

⁹ M. Klein, *El Psicoanálisis de Niños*, Asoc. Psicoanal. Arg., Buenos Aires, 1948, p. 70.

¹⁰ Obra cit., p. 172.

¹¹ Obra cit., p. 172.

Por medio de las fobias y los temores, el psiquismo obtiene dos ventajas: se libra de un perseguidor intrapsíquico implacable y en el desplazamiento de un animal a otro logra mitigar grados de peligrosidad.

Esta idea de un desgaste del núcleo terrorífico en los sucesivos desplazamientos simbólicos del miedo también se encuentra presente en la revisión que propone de las fobias de Juanito y del Hombre de los Lobos. La transformación del terror a la castración en terror a ser mordido por un caballo o comido por un lobo, implica, en realidad, un terror subyacente mayor, sugerido por el símbolo mismo, a "ser devorado por el superyó". Se trataría de una angustia primaria que ha persistido en forma inalterable.

En la doctrina kleiniana no se precisa con exactitud la ubicación genético-evolutiva de las fobias. En algunos pasajes de su obra se señala la etapa anal sádica como punto de origen: una expulsión violenta hacia el exterior. En otros, aún antes: "En el lactante, las primeras ansiedades encuentran expresión en ciertas fobias".¹²

En cambio, Hanna Segal¹³ sostiene que si bien las fobias tienen por objeto impedir una enfermedad esquizofrénica aguda, "*son formaciones histéricas típicas, de naturaleza neurótica*".

En síntesis, según la escuela inglesa los síntomas fóbicos son producciones neuróticas. Entre esta concepción y la de Freud la única similitud reside en que dichas producciones se establecen en un psiquismo gobernado ya por una triangulación edípica. El superyó terrorífico que es necesario expulsar contiene fantasías acerca del pene del padre, aunque sabemos muy bien que para Melanie Klein el complejo de Edipo temprano adopta una configuración triangular en una dimensión exclusivamente fantaseada y sobre la base de im-

¹² "Las fobias de los animales son en los niños una expresión de la ansiedad temprana de esta clase. Están basadas en esa expresión del superyó terrorífico que es característico del primer estadio anal." (*El Psicoanálisis de Niños*, cit., pp. 170 y 175.)

¹³ Sobre los mecanismos esquizoides que subyacen en la formación de la fobia, véase *Imago*, N° 6, Letra Viva, Buenos Aires, 1978.

pulsos que no son fálicos sino orales. Además, el mecanismo de la represión —básico en la definición del síntoma histérico— no interviene. Por lo tanto, se trata de fobias cuya angustia es sádico oral (la de ser devorado); sus mecanismos son la disociación y la proyección y los impulsos en juego, de orden oral sádico y anal sádico. Cabría entonces preguntarse cuáles son las referencias que indicarían su filiación histórica.

El artículo de Hanna Segal representa la concepción kleiniana moderna sobre las fobias. H. Segal introduce el concepto de identificación proyectiva (que no había sido definido aún en 1932, fecha de publicación de *El psicoanálisis de niños*, de Melanie Klein). Quizás en este artículo sea donde mejor se ilustre la posición kleiniana sobre el parentesco de las fobias con los mecanismos paranoides y los procesos psicóticos. La paciente de Hanna Segal es una mujer adulta, de unos 40 años, que sufre múltiples temores: a las multitudes, a los alimentos (su anorexia es tan severa que tuvo que ser hospitalizada antes de su tratamiento), a los restaurantes, a empacar, etcétera.

Hanna Segal considera que estas fobias son neuróticas e histéricas, pero cree que para disolverlas es esencial "analizar los miedos psicóticos subyacentes"; por lo tanto, el análisis que se hace de la fobia no difiere en nada del que se haría en el caso de un temor paranoide.

"Pude entonces conectar el análisis de su relación con el pecho, con la fobia a los restaurantes. Le hice recordar el miedo que tenía cuando era niña de mojar sus bombachas en el restaurante y lo relacioné con el sueño en el cual el niño hace pis en la sopa. Interpreté su temor al restaurante como resultado de su identificación proyectiva, el restaurante representaba a su madre nutricia, pensaba haber tirado orina, materias fecales y partes de ella misma dentro de toda la gente del restaurante, así como dentro de los alimentos; en consecuencia, se despersonalizaba, se asustaba de la gente que contenía las partes malas de ella misma y de la comida llena de

excrementos. Tenía entonces que evitar el restaurante para no tener que reintroyectar ese revoltijo".¹⁴

O sea, que sobre la base de una equiparación simbólica simple restaurante-pecho madre nutricia, se organiza el ataque con toda la artillería de fantasías de que dispone un niño: orina, materias fecales. Las fantasías parecen estrictamente anales, el vínculo es dual, se ataca a la madre nutricia por someter el niño a su ausencia. Como consecuencia de esta acción, el restaurante, la gente, los alimentos contienen hostilidad y destrucción de las que hay que huir y quedan identificados por proyección con su propia capacidad destructiva.

"La formación de una fobia evita tales situaciones catastróficas, la paciente proyecta entonces sus fantasías y las *liga a situaciones externas definidas*".¹⁵

¿Por qué a estas formaciones se las llama fobias y no temores paranoides? Su estructura parece ser similar: una proyección lineal de contenido hostil sobre algún objeto o situación del mundo externo, que a consecuencia de lo proyectado se convierte en perseguidor. Nos preguntamos nuevamente cuál es la razón de que se las considere formaciones histéricas, cuando su relación con la serie paranoica resulta tan transparente.

Estela y David Rosenfeld¹⁶ se plantean esta superposición y preguntan a Hanna Segal si la disociación de esta paciente no podría confundirse con la que se describe en la esquizofrenia. La respuesta, dada en términos cuantitativos, es la siguiente: en la esquizofrenia hay mayor rigidez e inmovilidad, mayor cantidad de ataques al vínculo y menor posibilidad de unir dos objetos, o sea, que la diferencia queda ubicada en un paso anterior a la proyección, en el tipo de *splitting* previo del yo y del objeto.

¹⁴ Obra cit., p. 10.

¹⁵ Obra cit., p. 13.

¹⁶ D. y E. Rosenfeld, "Hanna Segal y su artículo sobre fobias, Veinte Años Después", *Imago*, N° 6, Letra Viva, Buenos Aires, 1978.

Si bien el material de ilustración, el caso elegido, es una paciente grave, quizás una borderline, Hanna Segal sostiene que el análisis de neuróticos muestra, en general, la presencia de mecanismos similares en la formación de la fobia y que la manera de disolver síntomas neuróticos, como fobias y temores, es analizar los miedos psicóticos subyacentes.

El principio terapéutico es claro: la fobia como manifestación neurótica es considerada un epifenómeno de procesos y mecanismos de otro orden que los determinan. Cabría preguntarse entonces qué es lo específico de las fobias como fenómeno neurótico desde esta perspectiva. ¿La localización de la ansiedad en objetos inanimados, animales o situaciones en lugar de personas como en los temores paranoides? O sea, una diferencia completamente formal y no estructural. Y la diferencia estructural —como ya lo indicamos antes— en realidad quedaría definida en términos de mayor o menor cantidad de disociación, mayor o menor rigidez, mayor o menor movilidad, pero tanto el menos como el más no tendrían otro cuantificador mensurable más que la palabra o quizá la experiencia clínica.

Una aclaración nos parece ineludible; estos interrogantes sobre la categorización de las fobias como fenómeno psicopatológico no cuestionan el valor incalculable de los hallazgos kleinianos. Los síntomas emparentados con perturbaciones psicóticas son una experiencia clínica repetida cotidianamente que halla en las aportaciones kleinianas una ajustada respuesta. Lo que cuestionamos es su carácter de explicación englobante, es decir, para "todas las fobias".

Creemos que la aportación kleiniana debe entenderse en el marco de lo que se ha descrito como "fobias delirantes"¹⁷ o fobias en una estructura psicótica. Se tiene la impresión de que Melanie Klein extrajo gran parte de sus conclusiones de casos como Rita o Erna,¹⁸ que presentaban rasgos francamente psicóticos. Sin embargo, un examen detenido de estos cuadros nos permite hacer ciertas puntualizaciones.

¹⁷ Laroche, "Les idées délirantes de l'enfant", "Les Phobies", cap. VI, *Psychiatrie de l'enfant*, vol. IV, 1961.

¹⁸ *Psicoanálisis de Niños*, obra cit.

Uno de los casos presentados por Laroche es una niña de 6 años que presentó sucesivamente temor a ser envenenada por su madre, a que su corazón se detuviera, a morirse, a las serpientes y luego nuevamente a morirse por asfixia. El carácter paranoide del temor a ser envenenada es obvio, no requiere explicación salvo el hecho de ser considerado una fobia. Pero tanto el temor a morirse, como el temor a asfixiarse tienen la fisonomía de temores hipocondríacos de alto contenido paranoide, o sea, que a muchos temores descriptos como fobias en realidad les corresponde otra filiación —temores paranoides, temores hipocondríacos—: fenómenos de corte psicótico. A su vez, existen síntomas propiamente fóbicos que se presentan junto a, o en cuadrados psicóticos.

Lacan

El planteo lacaniano de las fobias reinstala el orden freudiano, al menos en dos aspectos básicos: en la concepción de la angustia y en la íntima relación de las fobias con la angustia de castración, o sea, en su filiación histérica.

Sin embargo, creemos que se explicita el retorno a Freud sin señalar en forma proporcional las modificaciones que se operan en el replanteo.

La tesis lacaniana¹⁹ reubica la fobia infantil al animal como una solución, una producción imaginaria ante la ausencia de referencias identificatorias en lo simbólico de una legalidad fálica más allá del mundo dual de la relación primordial con la madre. En la relectura del caso Juanito, considera que la angustia del niño surge ante el hecho de quedar capturado en la relación especular con la madre, "por déficit de una referencia paterna portadora del falo", y ante este peligro él recurre en lo imaginario al caballo-papá que se haga cargo de la función de corte.

En un desarrollo normal, el niño, al descubrir la castración materna, tiene abierta la vía para un más allá de la madre

¹⁹ J. Lacan, Transcripción del Seminario: "Las relaciones de objetos y las estructuras freudianas", *Imago* N° 6, Letra Viva, Buenos Aires, 1978.

que es el padre, quien instituirá otro orden en la ubicación del falo. La omnipotencia pasa ahora del lado del padre. Si sobreviene alguna falla en este proceso, si el padre no desempeña su rol (por múltiples razones), se produciría una carencia de puntos de referencia identificatorios para el niño, una especie de vacío de poder. Si, castrada la madre, el niño no es quien pueda colmarla, ni tampoco lo es el padre, ¿adónde dirige su proyecto identificatorio? ¿Quién posee el falo? En ese punto surgirían la angustia y la necesidad de crear en lo imaginario un objeto castrador: el objeto fóbico.

La dinámica así planteada es una inversión casi completa de la propuesta freudiana; en realidad la castración temida es la de quedar capturado en la relación especular con la madre y resignarse a ser el prisionero de las significaciones del otro, por la insuficiencia de un padre que ejerza la prohibición y lo proyecte hacia un futuro negándole momentáneamente su pene.

O sea, que la fobia se establecería ante la carencia de un verdadero complejo de castración. El padre, con sus interdicciones, funda un orden, establece una ley que reordena las identificaciones del niño, instaurando el falo en una dimensión no del ser sino del tener más tarde cuando sea grande.

Pero Lacan no sólo propone una reformulación de la dialéctica que subyace al conflicto fóbico sino también del mecanismo de constitución del síntoma. El caballo no es un símbolo del padre, no lo representa en el inconsciente sino que las sucesivas fantasías del caballo no son sino significantes que recubren cualquier significado.

Lacan acepta que la "imagen del caballo" (es decir, el caballo operando el psiquismo como símbolo) puede ser un receptáculo apto para todo tipo de simbolizaciones, "de elementos naturales que están en el primer plano de la preocupación infantil".²⁰ Sin embargo, sostiene que lo esencial no está allí sino en el papel constituyente del significante caballo.

²⁰ J. Lacan, Obra cit.

Examinemos esta diferencia: la fobia se desarrolla tiempo después que aparece la angustia. El orden de los acontecimientos sería el siguiente: juego de engaños durante el cual Juanito cree "ser todo para la madre" (madre fálica = hijo fálico), la aparición de su pene real (erecciones, comparaciones de tamaño), seguida de una intervención despectiva de la madre ("es una porquería"), lo enfrenta con una discordancia básica entre la imagen que tenía de sí (el que colmaba a la madre) y la realidad que le resulta miserable (la madre no parece desear su pequeño pene). Esto tendría un efecto *a posteriori* sobre el nacimiento de Hanna ("será Hanna, la que colma a su madre"). Aquí surge la angustia y luego la fobia: "los caballos objeto de la fobia nacen de la angustia, pero lo que producen es miedo".²¹

La imagen de la madre se presenta como si estuviera privada, privación intolerable que el niño no sabe cómo colmar; en este momento el padre debe aportar algo. De ahí que Juanito le diga a su padre: debes ser un padre, "debes tenerme rencor". Se trata de pasar del circuito pequeño (el materno) al grande; la identificación con el padre debería permitirle el pasaje.

Pero allí existe un lugar hueco, la angustia buscará apoyo en la fobia, pues al localizarse en el caballo éste marca un reparo, un elemento suplente, "la angustia no es el miedo a un objeto, sino el enfrentamiento del sujeto con una ausencia del objeto, una falta de ser que lo atrapa en la cual se pierde y ante la cual todo es preferible, aun forjar el más extraño de los objetos: el de una fobia" (p. 74).

El caballo como significante sería el soporte de una serie de transferencias y permutaciones que conducirían a una reorganización del significado. Todos los mitos creados por Juanito, al contener el significante caballo en un movimiento giratorio sobre sí, reordenarían el significado.

De cualquier modo, surge el interrogante en torno a la especificidad del objeto: ¿por qué el caballo? Lacan sostiene, analizando las fantasías de Juanito, que éste intenta dejar a

²¹ J. Lacan, Obra cit., p. 69.

la madre, irse, bien con su abuela o bien con su padre, pero esto sólo en lo imaginario; en la realidad, está en un callejón sin salida. Incapaz de partir con el padre, vuelve a la madre. Por lo tanto, está *enganchado*. Éste será un primer elemento de la elección del caballo. Lacan sostiene que Juanito, al explicarle a su padre cómo piensa haber atrapado la tontería, le dice que *el caballo* es algo para ser enganchado.

Por medio de una asociación estrictamente al nivel del significante *Wägen* (vehículos) y *wegen* (a causa de), se explicaría la elección del objeto fobígeno. Todas las esperanzas de solución estarán puestas en el caballo porque el peso de *wegen* se transfiere —por metonimia— a lo que viene inmediatamente después: caballo. Lacan aclara: antes de ser caballo (símbolo), es algo que une, que coordina. Esta función de mediación es previa.

Juanito encontrará la metonimia original que aporta el primer término —ese caballo a cuyo alrededor se reconstruirá todo el sistema— en una *inmersión en el lenguaje*.

Queda claro que Lacan privilegia y explica la constitución del objeto fóbico por medio de una articulación estrictamente significativa; es por la homofonía entre *Wägen* y *wegen*, por lo que se enlaza con el circuito de los vehículos y luego, por metonimia de vehículo a caballo, la angustia queda localizada en éste.

El método utilizado en la comprensión de las sucesivas fantasías y producciones de Juanito es similar al que aplica Lévi-Strauss²² en los mitos. Lévi-Strauss ha demostrado que en todos los mitos y sus distintas variaciones retornan; transformados, los mismos elementos o el mismo grupo de elementos. En los mitos no se busca una correspondencia entre un elemento presente y un significado sino que también prevalece la combinatoria, es decir, la relación de un elemento con cierto número de otros elementos.

Para hallar la articulación se recurre a una notación similar a una partitura: se ordenan las unidades constituyentes del mito tanto horizontal como verticalmente. En este diagra-

²² *Antropología Estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1968.

ma es más fácil ver cómo se agrupan elementos significantes que se permutan de un sistema a otro. Por ejemplo, la fobia se desarrolla bajo el signo de los medios de transporte. Pasa del circuito del caballo al del tren.

El mito es *una forma*, no un contenido. El sentido del mito sólo puede establecerse a través de su variaciones, es decir, como una invariante a través de las variaciones, de tal manera que nunca sería posible analizar un mito a través de formulaciones aisladas, puesto que el mito en sí no contiene una significación fija sino que la significación se produce a través de las variaciones sobre esa estructura que como invariante constituye el mito. Toda la combinatoria de elementos, la estructuración de los elementos del mito —los mitemas— son los que dan lugar a la demarcación del mito como tal.

Lévi-Strauss pone el acento en deslindar el mito de un elemento que fuera expresivo de un contenido significativo. Lo que destaca es la articulación de una combinatoria de elementos que en sí son significantes, pero que no son portadores de significación. La significación es un efecto de la combinatoria, surge de ella.

Otro aspecto importante del planteo es la función del mito como operador, es decir, como un elemento de intermediación entre opuestos inconcebibles. Una ilustración permite comprenderlo. Si se toman dos elementos antitéticos, vida-muerte, se puede considerar que entre estos dos elementos hay una imposibilidad de tránsito, pues se presentan como antítesis absoluta. Ahora bien, ¿cómo operaría el pensamiento mítico? Introduciendo sustituciones, para vida, agricultura; para muerte, guerra.

Entre agricultura y guerra es posible admitir un término intermedio, que no operaría como argumento sino como función conectiva: la caza. Entonces, el mito de la caza que se desprende como un puente entre términos antitéticos posibilitaría la conciliación entre los opuestos. Luego seguiría una serie de nuevas sustituciones posibles donde un elemento que opera como función pasaría a desempeñar el lugar de un argumento de una nueva oposición; por ejemplo, se sustituye agri-

cultura por herbívoros, caza por depredadores y en el medio, animales que comen carroña. O sea, que el mito, por medio de su dimensión simbólica, introduce una posibilidad de superar contradicciones lógicas entre categorías irreductibles.

Volviendo a Juanito, éste se encontraba ante la imposibilidad de conciliar su pasaje de la relación dual imaginaria con la madre a la triádica con el padre. Lo que propone Lacan es entender las diversas fantasías de Juanito como configuraciones míticas que en su estructura repiten el conflicto.

Pero lo que Lacan sostiene es que las distintas elaboraciones fantaseadas no son una simple repetición, no se trata simplemente de un lo mismo que estuviera en juego, sino que la fantasía por diversos circuitos, a través de las variaciones mismas, está produciendo un efecto de simbolización.

Las fantasías se estructuran como una cadena de significantes —esto constituye un ejemplo de la concepción lacaniana del significante—, la cual es independiente *de la unidad de los signos*; su sustrato topológico es la combinatoria de elementos significantes y no su relación con el significado, es decir, que en Lacan el concepto de significante se diferencia claramente del concepto de significante según Saussure,²³ pues en éste el significante es un complemento del significado y ambos forman una unidad inseparable. Para Lacan el significante se halla completamente independizado de la unidad de los signos y su sentido sólo podrá ser develado a partir de la función posicional en la combinatoria. Se retira completamente al significante de una posición expresiva, de una función comunicacional, de mensaje. Sostiene que el examen de la productividad imaginaria de Juanito ilustra, como en ningún otro lugar, *“cómo un significante lo es de un sinnúmero de significaciones”*.²⁴ Por ejemplo, el caballo y el carro representan varias cosas sucesivamente; a veces el caballo equivale al padre, otras veces significa la carencia del padre cuando espera que el padre se enoje porque él toma su lugar en el lecho materno; también representa a la madre y cuando es

²³ F. Saussure, *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1967.

²⁴ J. Lacan, *Obra cit.*

enganchado al carro, a la madre embarazada y en otros pasajes a los niños en el vientre de la madre.

En cambio, propone examinar cómo *opera* el caballo en calidad de significante. Es decir: 1) cómo se dispone, qué arreglos se realizan, qué serie de disposiciones, conexiones y sustituciones se establecen, 2) cómo queda ubicado el sujeto a través de estos arreglos.

El significante queda separado, desvinculado de una función expresiva y se convierte en un *aparato productivo*; el significante es como un montaje, que establece posiciones, y esas disposiciones, esos arreglos disponen al sujeto. Variando es justamente como insiste la repetición y de esta forma daría lugar a la localización del sujeto con respecto a la cuestión central: ¿cuál es la razón de la falta de ser?

Primera localización: Sujeto-Falo imaginario de la madre. Cuando es el objeto del deseo de la madre, es el momento del recubrimiento de una carencia. Hasta el momento, Juanito estaba localizado como objeto que recubría una falta materna.

Juanito hace su primera construcción mítica sobre los medios de transporte: un caballo y un carro al que tiene ganas de subir y que teme que parta antes de haber pasado por el muelle de descarga. El método consiste no en tratar de desentrañar en esta fantasía en forma aislada cuál es su significado, sino en articularla con otras que se suceden.

- Juanito está con su padre en el tren, camino de Gmunden, donde pasará las vacaciones. Preparan el equipaje en el compartimiento, pero no tienen tiempo de volver a vestirse y el tren parte nuevamente.
- La escena en el andén: Juanito parte de Lainz con su abuela, personaje terrible. El padre pierde el tren. Después, inexplicablemente, Juanito vuelve a partir en compañía del padre.

El mito se construye cuando una contradicción no puede resolverse en el registro en que se da. Por medio de una simbolización que aporta nuevos elementos, la significación se reorganiza y se vislumbra una solución. En esa situación

Juanito se halla confrontado con la aprehensión de relaciones simbólicas que para él no están constituidas: la función paterna. Y esta función sólo parece constituirse en lo imaginario: en sus fantasías. Juanito parte con el padre. Pero hasta en sus fantasías esta posición no se sostiene debidamente.

El padre deja un hueco; precisamente aquí se busca apoyo en la fobia. Es la angustia alrededor de un lugar vacante, alrededor de una pregunta que no obtiene una respuesta satisfactoria: ¿qué desea la madre cuando desea otra cosa que él? Si fuese el padre, el complejo de castración quedaría bien establecido, pero justamente, al no quedar claro que la madre desee al padre, que éste sea el portador del falo como significante del deseo, la castración no se instituye en forma acabada.

Nos gustaría detenernos en tres puntos: 1) la autonomía del significante, 2) la fantasía como producto lógico, 3) la combinatoria produce nueva significación.

1) La tesis principal de la reformulación lacaniana descansa en este punto. El caballo no es elegido como objeto fobígeno por sus propiedades de ser un buen símbolo del padre, sino que al estar enganchado al carro pasa por metonimia de carro a caballo y éste es un efecto de significación más allá de cualquier intencionalidad de Juanito. De cualquier modo, existiría cierto *point de capiton*, de enganche fijo, es decir, una unidad de símbolo y significado: el estar enganchado a su madre, como el caballo al carro. Pero aquello sobre lo cual insiste Lacan es que si la simbolización se da, no es producto de un exclusivo deseo de Juanito, de una fantasía de él, que se expresa en el caballo, sino que esa fantasía es un efecto de la estructura, es la manera en que Juanito como sujeto singular se representa la estructura. La subordinación de lo imaginario a lo simbólico.

Por lo tanto, Lacan introduce, o reintroduce,²⁵ la conexión estrictamente significativa en la formación del síntoma fóbico.

²⁵ En el sentido en que Freud, ya desde *La interpretación de los sueños*, consideraba que el enlace entre significantes formaba parte de la operatoria del inconsciente.

Que el objeto fobígeno sea el caballo es casi contingente, porque en la cadena significativa estaba ubicado como *algo que une, algo que coordina* y no como representante metafórico.

2) y 3) Las fantasías no son meras ilusiones de Juanito, sino que están operando una reestructuración de significaciones, pero por cierta dinámica propia que lleva a Juanito más allá de lo que él mismo puede intelectualizar. Es decir, que se está produciendo un proceso de pensamiento que opera en un nivel que no llega a ser el consciente conceptual de Juanito; que él no llega a captar, pero que se está produciendo y que en las nuevas permutaciones y transformaciones del significativo a través de los mitos, él, como sujeto, queda ubicado. Ya vimos que a través de los viajes y de las partidas o no desde los andenes, Juanito quedaba ubicado del lado de la madre o del padre.

O sea, que si Juanito se halla enfrentado con la captación de relaciones simbólicas que hasta ese momento no se hallaban constituidas ni en la estructura, ni en su psiquismo, los mitos de Juanito, como producciones de su inconsciente, encierran una lógica y una legalidad que emana de las relaciones que trata justamente de aprehender.

El recorrido por las tres grandes teorías arroja el siguiente saldo: ante un conflicto que genera angustia, esta angustia es objeto de un trabajo psíquico por el cual queda transformada en miedo a un objeto externo. Cuando esta formulación, establecida en términos tan generales, se reduce a un mayor nivel de pormenorización, no puede mantenerse como fórmula unificada. Pues no existe unanimidad ni en la especificidad del conflicto, ni en las operaciones a que recurre el psiquismo para la transformación de la angustia en miedo. Tampoco existe en los motivos que subyacen a esta transformación.

Es decir, existe acuerdo en el punto de partida —un conflicto que genera angustia— y en el resultado final —la angustia se transforma en miedo—. Y en términos generales

el procedimiento que opera las transformaciones es del orden del trabajo psíquico inconsciente.

Pero en todas las intermediaciones existe una gama bastante grande de variantes.

Ansiedad producto de un conflicto →	Mecanismos transformadores →	Síntoma fóbico
<p><i>Conflicto actual</i> (Freud, 1895-1896) oral-canibalística: (Melanie Klein)</p> <p><i>Conflicto de la etapa genital previa:</i> (Arminda Aberastury)</p> <p>anal primera: (Melanie Klein- Hanna Segal)</p> <p>anal (Melita Sperling)</p> <p>fálica (Freud-Lacan)</p> <p>¿Conflicto ante una identificación estructurante de cualquier etapa o sólo histérica? (Perrier)</p>	<p><i>Defensivos:</i></p> <p><i>Freud:</i> (Pepresión) (Regresión- Desplazamiento)</p> <p><i>Anna Freud:</i> (Proyección) (Desplazamiento)</p> <p><i>Melanie Klein:</i> (Disociación) (Proyección)</p> <p><i>Estructurantes:</i></p> <p><i>Lacan:</i> (Localización) (Simbolización)</p>	<p>Objeto o situación sobre el que se traspone la ansiedad.</p>

De cualquier modo, a pesar de las diferencias en la naturaleza del síntoma, todas las fobias de este grupo pueden ser consideradas unitariamente. Su comprensión debe pasar por el análisis de las operaciones semióticas responsables de la trasposición del afecto de una representación a otra. Pero no se trata de una sola operación sino de varias operaciones, pues tanto puede tratarse de un simple enlace sobre un temor ya constituido, un proceso de simbolización que guarde la unidad significante/significado, o un juego del significante en su concatenación lingüística.

Esta conclusión no deriva de una suerte de eclecticismo heterodoxo en virtud del cual almacenamos teorías, encon-

trándolas todas válidas y útiles. Lo que resulta sorprendente es que las tres formas de enlace que surgen del análisis de las propuestas teóricas sobre la producción del síntoma fóbico se corresponden con tres operaciones posibles de cualquier producción semiótica, a saber: la interpretación por indicio, por símbolo o por significante.²⁶ No es que un procedimiento excluya al otro, sino que los tres son formas habituales de producción simbólica.

En la operación por símbolo, caballo representa a papá, es decir, la cosa denotada por el primer término tiene una similitud de hecho con la cosa denotada por el segundo término (el papá de Juanito). La similitud de hecho residiría en que el caballo propone un modelo o símil del padre por sus propiedades reales de tamaño, función, movimiento, etc. La similitud se halla establecida entre los referentes que las palabras designan. No existe ninguna semejanza entre la palabra caballo y su referente, pero sí entre los referentes, o sea, las cosas o entes en el mundo. Lo cual confiere a cada una de las palabras una mera existencia de "etiqueta". Este es el modelo de enlace descripto por F. de Saussure como símbolo y que en psicoanálisis se denomina simbolismo.

En la operación por significante, caballo pasa a ser algo para estar enganchado y esta significación se produce por medio de una similitud o contigüidad puramente convencional, es decir, en y por el lenguaje. La conexión entre caballo y estar enganchado se halla estrictamente al nivel lingüístico: homofonía en alemán entre *Wägen* (vehículo) y *wegen* (a causa de).

Una tercera posibilidad es la operación por indicio, índice o señal. En este caso la relación entre los términos se halla sostenida por una contigüidad real entre sus referentes. Para ejemplificar el indicio o la señal, siempre es necesario reconstruir una historia que describa la conexión efectiva postulada. En tal caso las palabras son meras etiquetas.

²⁶ J. Indart, Porque (por qué) una "taza" es el "pecho" (?), *Rev. Cero*, Nº 1, Buenos Aires, 1975.

En nuestro caso, un ejemplo de la significación por indicio es la relación que puede establecer el niño entre ausencia y oscuridad, en que siendo la oscuridad una parte de la experiencia global, es aislada como significante de la ausencia. Lo mismo sucede en la relación que establecemos para la fobia a la luna, a los 10 m. de Katy (véase cap. 7).

Un aspecto importante que debemos recalcar es que *nada es de por sí símbolo, indicio o significante*, todo depende de la clase o tipo de relaciones que lo ha determinado como fenómeno semiótico.

En el símbolo y el indicio la similitud y contigüidad suponen al referente; es decir, el objeto que la palabra designa. No así en el significante, en que si bien también se suponen la similitud y la contigüidad, éstas son de otro tipo. Pero como los símbolos, las palabras también pueden considerarse "cosas entre las cosas del mundo", y pueden ser tomadas como modelo de otra cosa, de modo que a su existencia como significante se le sobreimpone una modalidad simbólica (ej.: onomatopeya quiquiriquí).

Ahora bien, al psiquismo capaz de producir un símbolo, un indicio o un significante debe otorgársele una capacidad cognitiva fuerte. Debe poder abstraer un modelo de la cosa y aprehender su analogía con el modelo que ha abstraído de otra cosa. Debemos adjudicar al psiquismo no sólo la capacidad de establecer relaciones de parte a todo sino la capacidad de aprehender relaciones de causa a efecto, al menos en el grado en que se puede intuir en la experiencia. "De nada le valdría a Robinson Crusoe la huella si no captara que un peso desplaza las partículas de arena".²⁷

Pero una puntualización en este punto es clave para la comprensión de la aparición de fobias y temores tan tempranos, aun cuando se sitúe esta complejidad semiótica desde el caso más simple de la percepción de una cualidad común. La capacidad semiótica es una función constituyente de la inteligencia que sufre una evolución a lo largo del desarrollo. Así como nos resulta sorprendente que las diferentes hipóte-

²⁷ J. Indart, Obra cit., p. 11.

sis que se sostienen para la explicación de la producción de un síntoma fóbico correspondan. a su vez, a diversas posibilidades de producción simbólica, también hemos hallado correlaciones evolutivas de estas distintas formas y, por lo tanto, es posible concebir que un mismo producto final —la trasposición de la angustia— se efectúa con arreglo a las posibilidades semióticas del aparato psíquico disponibles de acuerdo con cada edad.

En varias oportunidades, Freud (1896,²⁸ 1900,²⁹ 1915³⁰) describió tres tipos de inscripciones en el aparato psíquico.

En la carta n° 52 a Fliess, del 6 de diciembre de 1896, escribe:

“Como sabes estoy trabajando en la idea de que nuestro aparato psíquico se ha organizado por medio de un sistema de estratificación; el material presente en forma de huellas mnémicas queda sujeto de cuando en cuando a reordenamiento de acuerdo con las reinscripciones. Esto es esencialmente nuevo acerca de mi teoría y es la tesis de que la memoria no está presente de una vez, sino muchas veces repetidamente, que descansa en varias clases de inscripciones. No puedo decir cuántas inscripciones hay, al menos tres, probablemente más”.

W2 (registro de percepción): Es el primer registro de percepciones. Es incapaz de conciencia y su ordenamiento se establece de acuerdo con *asociaciones de simultaneidad*.

Ub (Inconsciente): Es el segundo registro, se ordenan, quizá, de acuerdo con relaciones causales. Podría corresponder a la memoria conceptual. Igualmente inaccesible a la conciencia.

Vb (Preconsciente): Es la tercera inscripción; contiene las representaciones de palabras y corresponde a nuestro yo oficial (p. 234).

²⁸ St. Ed., vol. I.

²⁹ St. Ed., vol. V.

³⁰ St. Ed., vol. XIV.

"...Me gustaría enfatizar el hecho de que las inscripciones sucesivas representan el logro psíquico de sucesivas épocas de la vida."³¹

En *La interpretación de los sueños*, en el capítulo sobre la regresión,³² escribe:

"Sabido es que de las percepciones que actúan sobre el sistema P perdura algo más que su contenido. Nuestras percepciones demuestran hallarse enlazadas entre sí en la memoria, *primero y ante todo, a su primitiva coincidencia en el tiempo*. Este hecho es el que conocemos con el nombre de asociación." Más adelante agrega:

"Un examen detenido nos muestra, pues, la necesidad de aceptar la existencia de más de uno de estos sistemas mnémicos, en cada uno de los cuales es objeto de una distinta inscripción la excitación propagada por los elementos perceptivos. *El primero de estos sistemas mnémicos contendrá, naturalmente, la inscripción de la asociación por simultaneidad en el tiempo*, mientras que los mismos elementos perceptivos se ordenarán en los sistemas posteriores de acuerdo con otros órdenes de coincidencia, por ejemplo, *las relaciones de semejanza*".³³

Queda bien claro que Freud establece un criterio evolutivo; las inscripciones son sucesivas y su logro es una adquisición del desarrollo. Nos parece sumamente importante recalcar la total coincidencia de este planteo con lo que Piaget sostiene acerca del progreso de la función semiótica en el niño. En sus comienzos ésta se halla estructurada básicamente en torno a percepciones, y los juicios causales, es decir, el razonamiento elemental del niño, se ordenan alrededor de las relaciones de exterioridad que puede aprehender. Por supuesto que en sus comienzos la palabra puede funcionar como sim-

³¹ St. Ed., vol. I (bastardillas agregadas), p. 235.

³² St. Ed., vol. V (bastardillas agregadas).

³³ St. Ed., vol. V (bastardillas agregadas), p. 539.

ple materialidad fónica, susceptible de enlazarse por simultaneidad a cualquier suceso que la acompañe. Pero en la atribución de relaciones estos significantes fónicos se ordenan sobre la base de una causalidad que no sobrepasa la lógica de la magia y del deseo del otro (entendiéndose en este caso por magia la adjudicación de alguna intencionalidad causal a la coincidencia temporal). Por lo tanto, las fobias tempranas del primer y segundo año de vida deben examinarse con cuidado; al interpretar el simbolismo allí presente, éste puede regirse por leyes más acotadas que el simbolismo de las fobias más tardías.

Con el advenimiento de una lógica preoperatoria y operatoria, en que las vinculaciones establecidas entre el yo y el mundo incluyen ya relaciones preconceptuales y conceptuales, el simbolismo se volverá más complejo y podrá intentar dar cuenta con su propia legalidad imaginaria de las leyes de la estructura en que se hálle inmerso el sujeto.

Nuestra posición coincide totalmente con lo sustentado por D. Maldivsky,³⁴ quien también se basa en la idea freudiana de que el enlace de representaciones sigue una progresión. En la explicación de la regresión en las fobias dice lo siguiente:

“El primer tipo de inscripción se basa en la simultaneidad, cuando el sujeto logra articular las diferentes zonas erógenas a partir de un enlace libidinoso que las unifica, pero no concibe que distintas inscripciones por simultaneidad tengan un núcleo común. Se trata de una concepción contextual del objeto, el cual sólo tiene sentido en el encuadre (Bleger, 1967). El segundo tipo de inscripción (Ics.) se basa en la analogía, cuando logra detectar lo común (el núcleo) en varias inscripciones por simultaneidad, y además, lo común (los predicados) entre la representación del otro, del semejante y la representación del sujeto. La inscripción preconsciente, por fin, se atiene a criterios racionales, propios del proceso secun-

³⁴ “Transformación de las representaciones y los lugares psíquicos en las fobias”, *Imago* N° 7, Letra Viva, Buenos Aires, 1978.

dario y culmina en el pensamiento abstracto de la adolescencia. Cada nuevo nivel de organización formal de las representaciones, que es más complejo y reordena a los anteriores, implica un tipo diferente de dolor psíquico y una distinta relación con el cero. Freud postula que la constitución del aparato psíquico avanza desde los criterios de enlaces basados en la simultaneidad, a los de analogía hasta alcanzar los correspondientes al preconsciente, ligado, en principio, a operaciones concretas y luego a operaciones abstractas y cada uno de estos criterios implica un modo de concebir la causalidad.”³⁵

En resumen, nuestra conclusión es que lo que Lacan ha privilegiado como procedimiento de enlace, la concatenación estrictamente significante, es uno entre varios de los mecanismos posibles de simbolización a disposición de la psique, así como Freud lo propuso. A su vez, “el juego de palabras” es un lugar vacante en la obra kleiniana, en la cual hallamos un exceso de enlaces simbólicos de cierta simpleza icónica (taza-pecho, choque de autitos-relación sexual) que han contribuido a una suerte de descrédito sobre sus hallazgos. Llamativamente la lectura del historial del pequeño Hans nos ubica ante un Freud que pareció estar atento a la complejidad de lo que estaba en juego, y en ningún momento redujo la diversidad a lo único. Así como propuso el enlace *Wägen-wegen*, también consideró la jirafa como pene.

Las fobias, cuyo mecanismo de producción es la trasposición de la angustia mediante cualquiera de los procedimientos de simbolización descriptos, tienen un rasgo clínico distintivo: se presentan generalmente en niños que no sufren de otros temores. Un buen día, como Juanito, el niño comienza a temer a un objeto o situación que hasta ese momento había resultado inofensivo o indiferente, y el objeto o situación posee, generalmente, una dimensión de algo insólito, original: temor a la caña de bambú, a los globos, al caballo, a las tazas verdes. No consisten en miedos universales y es

³⁵ D. Maldavsky, Obra cit., p. 93.

como si uno sintiera —sugerido por la misma naturaleza del síntoma— el sello de la fantasía que se hace oír.

Aunque parezca paradójico, pues este tipo de fobias constituye el paradigma de cualquiera que estudie, trate o se interese en las fobias infantiles, éstas no son las fobias más frecuentes. Muy por el contrario, un síntoma fóbico aislado, sin una historia previa, sorda e insidiosa, de temores a lo largo del desarrollo, o de fobias compartidas con el medio familiar, o de timidez pertinaz, constituye un cuadro atípico en la clínica infantil.

Que un síntoma pueda producirse sobre la base del proceso de identificación, es algo que Freud desarrolló con bastante precisión en sus escritos.^{1, 2} Sin embargo, y resulta llamativo, no es una de sus hipótesis más difundidas sobre la teoría de las neurosis o la producción de síntomas.

El estudio de los miedos y fobias en la infancia nos ha conducido reiteradamente a tener que recurrir a esta idea en la producción sintomal. La frecuencia con que un mismo temor o gama de aprensiones así como sus específicas formas de evitación se reproducen en una misma familia, hace difícil no apelar a las nociones de inducción y/o a las de identificación para su explicación.

Hemos observado que tanto puede reproducirse el temor, un miedo determinado —a la luna, a los trenes, etc.—, es decir, la creación de un objeto fóbigeno por medio del mecanismo de la identificación, como el conjunto de procedimientos evitativos: restricciones, inhibiciones y prohibiciones que también se conocen como fobias o rasgos de carácter fóbico.^{3, 4}

¹ S. Freud, *La interpretación de los sueños*, St. Ed., vol. IV.

² S. Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, St. Ed., vol. XVIII.

³ S. Freud, *Análisis de la fobia de un niño*, St. Ed., vol. X. "La histeria de angustia evoluciona cada vez más hacia la fobia. Al final, el enfermo puede haber quedado libre de angustia, pero sólo a costa de inhibiciones y restricciones a las que hubo de someterse. En la histeria de angustia se desarrolla desde un principio una labor psíquica encaminada a ligar de nue-

Por otra parte, otros autores han reconocido también el papel de la identificación como generador de trastornos fóbicos.⁵

Una de las mayores ventajas para el agrupamiento de los fenómenos fóbicos sobre la base del mecanismo de producción lo encontramos justamente en este punto. Fenómenos aparentemente tan dispares como un temor agudo y repentino a un objeto inofensivo, así como una prolongada historia de timidez e inhibiciones múltiples —el llamado carácter fóbico— pueden responder a procesos de formación similares.

La relación entre síntoma e identificación se halla claramente expuesta por Freud en *Psicología de las Masas y Análisis del Yo* (1921), aunque ya en 1900 había explicado las características de la identificación histérica. Esta fue una de las primeras descripciones de Freud sobre el papel de la identificación en el síntoma histérico dando cuenta del fenómeno llamado de contagio mental o imitación. La identificación no es una simple imitación sino una apropiación basada en la presunción de una etiología común. Este elemento común es una fantasía inconsciente.

vo psíquicamente la angustia liberada, pero esta labor no puede alcanzar la retransformación de la angustia en libido, ni enlazarse a los mismos complejos de los que la libido procede. No le queda más camino que impedir todas las ocasiones de desarrollo de la angustia por medio de una defensa psíquica tal como una precaución, una inhibición, o una prohibición, y estas defensas son las que se muestran como fobias y forman, para nuestra percepción, la esencia de la enfermedad."

⁴ Para algunos autores que se ocupan de precisar una semántica psicoanalítica, como J. Bleger: "La fobia por definición incluye ya la evitación del objeto o la situación temida", *Psicología de la conducta*, Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1969.

⁵ G. Pearson, *Trastornos emocionales en los niños*. Ediciones Beta, Buenos Aires, 1963: "Si el niño quiere mucho a la otra persona, puede incorporar el miedo que ésta experimenta como parte de su identificación con la persona amada pues los niños expresan su amor por medio de la identificación. Si el niño siente mucho temor por la otra persona, puede aceptar el miedo que ésta sufre con el fin de no indisponerse con ella. En este caso, mostrará dicho miedo solamente cuando la persona temida esté presente. Desde luego ambas actitudes deben ser corregidas por medio del conocimiento creciente de la realidad y por medio del proceso constante que tiene lugar en todo niño de someter lo que oye a lo que ha observado por sí mismo. Sin embargo, las identificaciones son generalmente demasiado estables para ser afectadas por el conocimiento de la realidad" (p. 103).

La teoría freudiana sobre la acción de la identificación en la producción sintomal es la siguiente:

- 1) En el seno de la dinámica edípica, la identificación se efectúa con:
 - a) Un atributo o rasgo (en este caso el síntoma) del objeto rival con el propósito de conseguir una equivalencia que permita sustituirlo y conseguir el objeto incestuoso, obteniendo, a su vez, el castigo por el deseo prohibido. Ej.: Dora se identifica con la tos de la Sra. K. El síntoma expresaría, a la vez, la inclinación erótica hacia el padre y el castigo por la sustitución deseada. "¿No querías ser tu madre? Ya lo has conseguido, por lo menos ya experimentas sus mismos sufrimientos."
 - b) Un atributo del objeto deseado. En este caso la identificación ha ocupado el lugar de la elección de objeto, transformándose ésta, por regresión, en una identificación. Ej.: Dora imita la tos de su padre. Esta identificación se hallaría al servicio de la represión y bajo el régimen de los mecanismos del inconsciente. En ambos casos la identificación no es sino parcial y altamente limitada, contentándose con tomar un solo rasgo de la persona-objeto.
- 2) Independientemente de todo lazo libidinal con el otro la identificación se realiza, por equivalencia parcial, con un rasgo común de la problemática de la otra persona. Ej.: en un grupo de adolescentes una de ellas recibe una carta de amor y sufre un ataque. Las demás compañeras, conocedoras del secreto, y en el deseo de colocarse en la misma situación, son víctimas de igual ataque.

Freud concibe los tipos 1 a) y b) como el mecanismo completo de la formación de los síntomas histéricos y al tipo 2) en ausencia de toda catexis sexual de aquel con el que se produce la identificación como el prototipo de la "identificación histérica".

Pareciera que el calificativo de histérica, tanto para la identificación resultante del conflicto edípico como para la que se realiza con un rasgo parcial de la persona-objeto, con exclusión de todo lazo libidinal, se basa en el hecho de que en ambos casos se utiliza para expresar una comunión sexual subyacente.

Creemos que en estos tipos de identificación es importante destacar su carácter parcial y altamente limitado a un rasgo. Por medio de esta dialéctica se pueden producir síntomas fóbicos. Por lo tanto, en la elucidación del síntoma poco aporta el análisis de las cadenas asociativas relacionadas con el objeto fobígeno para descubrir qué cualidades de éste podrían haberlo organizado como tal. El objeto no vale por sus nexos metafóricos o metonímicos con otro objeto al que estaría reemplazando sino porque es parte, en tanto rasgo, de otro con el que se realiza la identificación. El síntoma es "opaco" a la búsqueda de la significación propia, lo que no quiere decir que el análisis se agote en el señalamiento del rasgo homólogo. Muy por el contrario, lo que está sustentando esa similitud es un proceso que se refiere a la identificación con la posición del otro en la estructura edípica, y el punto pertinente de análisis es entonces todo ese juego intersubjetivo.

Ejemplifiquemos lo anterior: Bettina, 10 años, soñaba repetidamente con peligro en las carreteras, amenazas de choques, gigantescos camiones que se le venían encima (su estancia transcurría en Caracas, ciudad peculiar por sus autopistas, caminos de cornisa y tráfico endemoniado). El contenido de sexualidad edípica era bien claro, y Bettina lo aceptaba a veces hasta divertida. Un hecho vino a darme otra pista: la madre de Bettina no sabía conducir y temía aprender. En una ciudad en que el transporte público es casi nulo, la señora viajaba siempre en taxi o la transportaba el marido. A Bettina se le señaló esta situación, su deseo de que papá también se ocupara de ella como se ocupaba de mamá y esa condición podía conseguirse mediante los temores, que promovían en su padre una actitud protectora.

Poco tiempo después de señalársele esta identificación en forma sistemática, un día Bettina viene contenta y dice:

- En la playa estuve manejando el volante y los pedales, lo único que me faltan son los cambios.
- Te animaste.
- Sí, yo me senté en el lugar de papá y mi papá en el de mamá y él me ayudaba con los cambios.

Vemos que su posición edípica no ha variado (ni es necesario). Bettina sigue compitiendo con su madre, pero ahora desidentificada de su rasgo fóbico, ganando en autonomía como sujeto.

María Celina, 9 años, teme y huye de las invitaciones sociales, prefiere la quietud hogareña y antes de los cumpleaños presenta una ligera disnea. A su madre le ocurre lo mismo. No es en la investigación de los celos fraternos, o de la represión del exhibicionismo, o de las "fiestas" en su enlace simbólico con alguna otra situación como llegamos a la comprensión del síntoma, sino simplemente por el análisis de la dinámica edípica, que desenmascara la equivalencia del síntoma.

La identificación edípica como fuente sintomal obviamente no queda limitada a las fobias, sino que abarca toda la gama de la sintomatología psiconeurótica. Ahora bien, en la literatura psicoanalítica encontramos otras referencias en cuanto al papel de la identificación en la formación de estructuras patológicas: la identificación melancólica, el proceso de formación del carácter y la identificación primaria.

Identificación y carácter

La caracterología psicoanalítica constituye una de las ramas más jóvenes del psicoanálisis, el cual se inició en el estudio de los fenómenos que son ajenos al yo y que no encajan debidamente en el modo habitual de conducta, es decir, el carácter. Pero posteriormente también sostuvo que el modo habitual del yo⁶ puede resultar comprensible desde un punto

⁶ Ya tendremos ocasión de discutir por qué el yo no es solamente una representación ilusoria del sujeto y cómo Laplanche al hablar del yo función sigue escrupulosamente a Freud.

de vista genético como dependiente de circunstancias de orden inconsciente, y que actos involuntarios comunes obedecen al mismo determinismo que los trastornos de la voluntad.

Uno de los factores que impulsaron el estudio en esta dirección fue la necesidad de encontrar razones a las *resistencias*. Se descubrió el hecho de que aunque una persona no sienta en el momento ningún temor, alguna vez estuvo asustada ante una exigencia pulsional y que este temor sigue presente y operando inconscientemente dentro de ella, razón por la cual debe elaborar resistencias a expresar cualquier cosa que pueda tener relación con tales experiencias, actitud que se extiende como característica habitual en su vida diaria. Así se desarrolló el "psicoanálisis del carácter", el análisis pormenorizado y la génesis histórica de ciertas actitudes empleadas como defensa.

Así se describen los rasgos de carácter como *elaboraciones secundarias de síntomas neuróticos*, y es interesante constatar que Fenichel agrega "en su mayor parte de síntomas de histeria de angustia en la infancia".⁷

Algunas actitudes neuróticas del carácter se constituyen como adaptaciones a las neurosis. El yo intenta desenvolverse lo mejor posible dentro de una neurosis ya constituida. El carácter así formado actúa en su conjunto como una defensa para preservarse de nuevos síntomas. Estos rasgos se denominan de tipo reactivo y Fenichel describe las evitaciones (actitudes fóbicas) y las de oposición (formaciones reactivas).

Ahora bien, cuando se realiza la evitación sistemática de una situación, actividad o sentimiento, se produce una inhibición. La inhibición aparece como una manifestación pura de contracatexis, pues llega a suprimir de tal modo el deseo que éste no alcanza a desarrollarse. Es el caso del que se aparta de "hacer deportes" porque no encuentra en su ejercitación ninguna satisfacción; por lo tanto, gran parte de la esfera del desarrollo físico queda detenida, pero aparentemente sin distonía para el yo.

⁷ O. Fenichel, *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Nova, Buenos Aires, 1957 (p. 594).

Es interesante destacar la diferencia entre evitación e inhibición. Cuando se está en la etapa de la situación evitada, ésta despierta una gama muy amplia de reacciones: molestia, temor, odio, que ponen en marcha el mecanismo de mantenerse aparte, pero es a costa de un trabajo psíquico. En el caso de la inhibición, la situación o sentimiento perturbador se desconoce, no existe para el yo, no tiene relevancia. Las inhibiciones del carácter comienzan como evitaciones, como renunciaciones allí donde existe la creencia de que el placer que se obtendrá está vinculado con un peligro o daño para el yo.

Las inhibiciones más frecuentes son:

- las de *orden social*, por ejemplo, el sujeto se aísla y evita el contacto interpersonal por temor a ruborizarse, por la intensidad de sus impulsos exhibicionistas en juego;
- las *motrices*: falta de habilidad, rigidez muscular;
- las *psíquicas*: la célebre oligotimia, en que toda la inteligencia comienza a presentar señales de debilidad cuando contra ella trabajan motivos de carácter afectivo (la comprensión produce angustia o culpa); si la curiosidad se halla inhibida por una escotofilia sádica, se bloquea el pensamiento y el placer del conocimiento;
- las del *habla*, por sexualización de la función.

En todos estos casos, se ve claramente que la inhibición es el aspecto defensivo exitoso frente a un conflicto subyacente que ha sufrido una represión total.

Ahora bien, Fenichel señala que, sin embargo, hubo un segundo factor que vino a promover el desarrollo de una psicología del yo, que fue un cambio fundamental operado en el cuadro clínico de las neurosis. "La fórmula según la cual en la neurosis, lo que ha sido rechazado irrumpe bajo una forma ajena al yo, ha dejado de ser válida, por cuanto la forma no es ajena al yo, hasta el punto de que el fracaso de la

defensa es menos manifiesto, a menudo, que la elaboración de la misma.”⁸

Quizá no sea un cambio en la línea de las neurosis lo que ha ocurrido, sino que el enfoque de observación y comprensión de los fenómenos ha cambiado. *La escisión del yo en el proceso defensivo*⁹ inaugura, desde Freud mismo, esta nueva orientación, en el sentido de que el conflicto y la defensa son constituyentes de la misma estructura del yo, en lugar de funcionar como un aditamento extraño.

Sin embargo, lo que llama la atención del planteo es que si bien Fenichel considera que este cambio debe ser buscado en el método y la manera en que el yo admite, rechaza o modifica los reclamos pulsionales y *que el método depende de lo que en su medio ambiente se le enseñó respecto a la manera de enfocar sus exigencias* —y además, sostiene que los cambios en las neurosis reflejan los cambios que ha sufrido la moralidad—, no menciona los procesos de identificación como transmisores de estos cambios.

Sin embargo, pensamos que sus ideas sobre el carácter, aunque antiguas, dan cabida a la identificación, en el sentido de que en realidad “el carácter se superpone a la concepción del yo”. Y que el carácter no es solamente una serie de defensas, sino algo más, formas de pensamiento, de reacción, que si bien no pueden llamarse defensas, no deben, de ninguna manera, considerarse independientes del deseo y sus vicisitudes.

O sea que el “yo función” y la combinación de las modalidades defensivas ponen el sello, la marca distintiva que se denomina carácter.

Freud¹⁰ abunda en referencias al papel nodular de la identificación en la formación del carácter. Describe dos tipos de identificación en este proceso:

⁸ Obra citada, p. 593.

⁹ St. Ed., vol. XXIII.

¹⁰ *El yo y el ello*, Cap. III, St. Ed., vol. XIX.

- a) El modelo de la identificación melancólica se extiende más allá de las afecciones depresivas. La sombra del objeto recayendo sobre el yo se superpone a la renuncia sexual durante la declinación del Edipo que conduce a una sustitución de las cargas de objeto por identificaciones y a la estructuración del superyó.

Pero si bien la identificación con los padres a la salida del Edipo tiene que ver fundamentalmente con el rol sexual de cada uno, este rasgo sexual no parece reducirse a los comportamientos estrictos de seducción, conquista y desarrollo de la conducta amorosa, sino que la gran mayoría de atributos bien libidinales, bien yoicos o superyoicos del padre o de la madre son incorporados modificando o modelando la estructura del yo.

O sea que una vez instalado el padre como ideal masculino, si es deportista, se considera que este rasgo pasa a incorporarse o desarrollarse como forma de alcanzar ese ideal. El deporte quedará categorizado como emblema masculino.

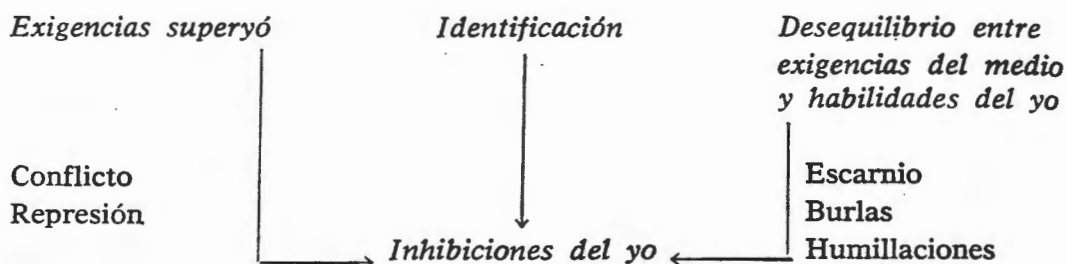
Resultado de este proceso es una identificación permanente, estructurante del sujeto en formación, que contribuye o posibilita la declinación edípica y se constituye en el núcleo de las identificaciones postedípicas. Se trata de una identificación secundaria, es decir, secundaria al abandono del objeto.

- b) Freud propone también la posibilidad de una simultaneidad entre la carga de objeto y la identificación. En este caso, evidentemente, no se trata de una identificación primaria pues no existe indiferenciación de ambos procesos, sino sólo simultaneidad,¹¹ por lo tanto, podría interpretarse como identificaciones que acontecen en pleno período edípico antes de su declinación.

El rasgo central en la organización del carácter es la constancia, lo estable de estas identificaciones que definen la per-

¹¹ J. L. Donnet y J. P. Pinel, "El problema de la identificación en Freud", *L'Inconscient*. Nº 7, París, 1968.

manencia del yo y su unidad. En el caso del carácter fóbico, éste se adquiere dentro del paquete de atributos con los que el niño se identifica como posesiones del objeto idealizado o amado que él quiere hacer suyos. La edad temprana en que estas identificaciones tienen lugar y lo inconsciente del proceso hacen imposible una discriminación de los rasgos fóbicos como "neuróticos" o conductas no deseables.



El carácter fóbico ha sido rotulado también personalidad huidiza^{12, 13} o personalidad inhibida. Nos encontramos frente a niños con una marcada timidez en el trato social, con iniciativa escasa o nula. Reservados, no preguntan, no piden, no expresan. Pasivos, siempre dudando, con falta de autonomía. Nerviosos, inquietos, suelen mordisquearse las uñas, se deshacen en lágrimas a la menor crítica, comienzan a temblar cuando los reprenden. Rara vez juegan con otros niños; si asisten a una reunión, permanecen alejados y como ausentes del lugar. No desarrollan ninguna actividad física, evitan los deportes y el contacto físico con otros niños y adultos. Cuando alguien les habla, rara vez pueden soportar la mirada, bajan la cabeza, se sobresaltan. Pueden sentirse irritados y deprimidos, pero estos sentimientos sólo los manifiestan en la intimidad. Oscilan entre expectativas grandiosas y grandes realizaciones con respecto a sí mismos y temores permanentes al fracaso, al ridículo, sintiéndose avergonzados de moverse, de hacerse oír, de emitir opiniones. Suelen sentirse inferior-

¹² J. Bleger, *Psicología de la Conducta*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969.

¹³ D. Liberman, *La comunicación en terapéutica psicoanalítica*, EUDEBA., Buenos Aires, 1962.

res, inadecuados. Prefieren permanecer en sus hogares dedicados a actividades pasivas y evitar los lugares donde hay mucha gente, tumulto, aglomeraciones.

Generalmente se atienen a la rutina y su desempeño escolar es mediano, pues si bien aspiran a destacarse, se asustan ante cualquier distinción. En los recreos permanecen aislados; en su casa se dedican a leer o a ver televisión.

No manifiestan oposición abierta, sino que pueden mostrarse obstinados, opositores. no colaboradores, tozudos. En general justifican las inhibiciones por medio de rechazos voluntarios. Hacen esfuerzos de devaluación defensiva de objetos o situaciones consideradas como peligrosas a través del "no me gusta", "no es lo que me interesa", "esas cosas yo no las hago". El niño oculta los temores y las inhibiciones para mantener el balance narcisista.

Déficit de funciones

Adoptando la perspectiva de la identificación, el déficit de una función, rasgo o habilidad del yo puede no sólo ser la consecuencia de una sexualización de la función o de la parte del cuerpo que, al quedar convertida en zona erógena, sigue los mismos destinos que dicta el superyó para la pulsión sexual, regresión o supresión en su mismo origen. Puede ser un proceso de no surgimiento, de no nacimiento del rasgo o la función, por medio de la identificación con el otro, quien tiene ciega esa zona, parte del cuerpo, actividad o función del yo, no desarrollada, desatendida.

"La desatención produce algo similar a la falta original de un receptor sensorial: no existe el objeto dado, que se carece de aquello que puede hacerlo captable como tal. Problema importante para el analista acostumbrado a lidiar con lo exaltado o reprimido, es decir, con lo existente en el psiquismo, pero que no sabe bien qué hacer con lo que no se constituyó en el sujeto y que muchas veces, no reparando en que se trata de un fenómeno de no surgimiento —pues lo con-

trasta con su propio psiquismo—, lo considera como del orden de lo reprimido”.¹⁴

Es decir que existe la posibilidad de que en el carácter fóbico, los déficit se “hereden” por identificación. Pareciera más habitual este tipo de transmisión generacional para los rasgos fóbicos o déficit que son sintónicos para el yo, en el caso de síntomas fóbicos.

Preferimos hablar de déficit primario cuando algo no se ha desarrollado por identificación con aquel que carece de ese rasgo o función, para diferenciarlo de inhibiciones que son ausencias de algo que sí surgió, pero que por el conflicto y la angustia se detiene en su desarrollo o se reprime.

Identificación primaria

El término primario parece aludir a un carácter arcaico, inicial, una remisión a los orígenes. En la dicotomía primaria-secundaria, el punto de clivaje para el agrupamiento es el complejo de Edipo, siendo las primarias aquellas identificaciones con las personas de los padres¹⁵ que tienen lugar antes del retiro de la catexis de objeto como consecuencia del complejo de castración. Mientras que las secundarias son secundarias a la pérdida de objeto, que se produce como renuncia ante la angustia de castración.

La identificación primaria es un concepto en íntima relación con el narcisismo y con la constitución del yo; se refiere a los procesos tempranos que tienen lugar en el seno de relaciones narcisistas, pudiendo atribuirse a la identificación primaria todos los atributos de las relaciones narcisistas, incluso la problemática de la frontera entre el yo y el otro.

No es nuestra intención entrar en la polémica de la databilidad y en el grado de delimitación yo-otro inicial para que una operación como la identificación se realice. Evidentemente, un esbozo de este límite debe estar trazado para que

¹⁴ H. Bleichmar, *El narcisismo* (aparecerá próximamente).

¹⁵ S. Freud, *El yo y el ello*, St. Ed., vol. XIX.

se insinúe un clivaje dentro-fuera, susceptible de proporcionar a los procesos incorporativos y a las primeras fantasías orales, "el mínimo de términos necesarios para su articulación en el lenguaje de la pulsión oral: 'quiero meter esto dentro de mí', 'quiero expulsar esto fuera de mí' ".¹⁶

Freud define la identificación primaria como la "manifestación más temprana del enlace afectivo a una persona", desempeñando un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo. Pone el acento en la sobrestimación del padre por el niño pequeño y su *deseo de ser él*, y reemplazarlo en todo, comprobando que aspira a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo.¹⁷

El niño vive en una "magia del gesto, de las palabras, de las acciones". Trata de imitar todo lo que hace la mamá, todo lo quiere hacer solo, "déjame, yo sé", y esta flamante autonomía encierra el esbozo de una real independencia del objeto, al superar la posición pasiva en la acción concreta que el niño despliega. Pero conserva la fusión, al sentir que conduciéndose igual que, moviéndose igual que, tapando el frasco igual que, él es el otro. El camino de la autonomía pasa por la identificación con el objeto autónomo, el objeto poseedor de un saber. Saber que en época temprana es un *saber hacer*.¹⁸

Dialéctica de ser el otro

Las postulaciones de Lacan¹⁹ sobre el origen del yo a partir de la asunción de la imagen del semejante y de la sujeción del niño al deseo del otro agregan sólidos fundamentos a este

¹⁶ Víctor Korman, *Teoría de la identificación y psicosis*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.

¹⁷ S. Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, St. Ed., vol. XVIII.

¹⁸ Se trata de un período en que el niño, en su afán incorporativo, se fusiona parcial o totalmente con el objeto, haciendo surgir el sentimiento de que son uno solo. Por otra parte, desde el punto de vista de su desarrollo cognoscitivo, el predominio de un pensamiento representativo que basa sus leyes en una causalidad mágico-fenomenista, permite el desarrollo de la creencia de que el imitar tal o cual aspecto o rasgo del padre o de la madre implica convertirse en ellos.

¹⁹ J. Lacan, *Lectura estructuralista de Freud*, Siglo XXI, México, 1971.

planteo. La identificación especular se caracteriza por el hecho de que al ser la imagen en su exterioridad la que anticipa ortopédicamente la unidad del yo, dejará la marca indeleble de la alienación y del origen imaginario del yo a partir del otro. No sólo el yo sino también el deseo humano se hallan marcados desde su impronta: por el otro imaginario, es decir el objeto libidinal, y por los representantes del mundo simbólico que preexisten al sujeto y lo determinan.

En la dinámica narcisista de las relaciones duales que la identificación especular inaugura, se articula una serie de enunciados:

- 1) Ser el objeto del deseo de los padres.²⁰
- 2) Ser igual a la imagen que admira la mirada de ellos, lo cual está relacionado con lo anterior.
- 3) Ser igual a la imagen que admira la mirada de aquellos que ellos admiran.

Todo lo cual implica, para su consecución, una identificación con el otro, o sea, el deseo de conformar el propio yo tomando como modelo al otro. Si el niño hace suya, en una anticipación estructurante, la imagen del otro y es a él a quien se dirige buscando las claves que determinan sus deseos, vemos que tanto la fundación y el desarrollo de las instancias endopsíquicas como la naturaleza de la relación de objeto primitiva están basados en el proceso de identificación. La identificación y la relación de objeto coexisten sin diferenciación, constituyendo la trama misma de este campo intersubjetivo inicial.

Volviendo a la identificación primaria, Freud²¹ sostiene

²⁰ Si bien el objeto fundamental del deseo del niño es la madre, hasta el descubrimiento de la diferencia de sexos, como apuntó Freud, no existiría una valoración distinta para el padre o la madre desde la subjetividad del niño. En este punto cabría toda una discusión sobre cuál es la posición del tercero para el niño, antes de la significación sexual. Lacan sostiene que su valor se halla definido desde la madre. Piera Aulagnier, agrega el matiz de "el otro sin pecho". Grunberger, en una postura muy interesante, acuña la noción de "tríada narcisista".

²¹ *El yo y el ello*, Cap. III, obra cit.

que: "Esta identificación no parece constituir el resultado o desenlace de una carga de objeto, pues es directa e inmediata y anterior a toda carga de objeto". En este párrafo se precisan con mayor claridad las características de dicha identificación: 1) se realiza antes del período en que pueda darse la elección o carga del objeto; 2) no constituye el resultado o desenlace de una pérdida de aquél; 3) es preedípica, carece de la articulación simbólica y del espacio triangular que permiten que carga e identificación no se dirijan a un mismo objeto.

Tanto si adoptamos la noción de identificación primaria como la de identificación especular, en su carácter de mecanismos formadores básicos del yo, se trata de identificaciones masivas y totales con el objeto. Estas identificaciones pueden incluir desde síntomas fóbicos groseros hasta sutiles formas evitativas de pensamiento. Además, en el campo narcisista que tales identificaciones delimitan, los rasgos fóbicos que el otro posee son sintónicos al sistema y están dotados de una catexis que los eleva al rango de *valor* y no de *defecto*. Así como existe "*Su Majestad el Bebé para los padres, para el niño todos los rasgos de mamá y papá son 'emblemas reales'*". Los objetos son sentidos como omnipotentes y grandiosos y el niño trata de fundirse con ellos, de ser parte del objeto amado y viceversa, así como también imitando la acción del otro —conforme a lo sustentado por la creencia mágico-fenomenista— obtendrá una equivalencia del ser. El efecto imaginario del proceso identificatorio gira en torno a la idea de que incorporando el objeto se logra la unidad con éste, se adquieren sus características.

Un ejemplo de identificación con la imagen que admira la mirada de aquellos que él admira es el siguiente: Katy, de 4 años, niña sumamente despierta y con gran desarrollo de lenguaje: sus padres la adoran y es motivo de calurosos comentarios por sus "hazañas" conceptuales y sus chistes verbales. Sufre de una fobia a la luna y consultan por este síntoma. Se realizan entrevistas familiares a las que acude su hermanito Diego, de dos años. Diego comienza a temer a la luna. El niño considera que este temor es una distinción que

Katy posee y entre todas las cualidades que la hacen admirable, el niño desea ocupar la posición de su hermana mayor en la valoración de sus padres, y en consecuencia, también hace suyo el temor a la luna por el cual Katy hasta consigue visitar a "una doctora simpática que tiene tantos juguetes".

En el proceso de identificación veníamos distinguiendo varios aspectos:

1) *El objeto de la identificación.*

- Si éste es incorporado globalmente como representación del sujeto. O sea, una identificación con el objeto en su totalidad (primaria, sin discriminación).²²
- O con un rasgo del otro, es decir una identificación con un aspecto parcial (puede ser con una palabra, una parte del cuerpo, una actitud, un mecanismo de defensa, etc.).

2) *Resultado de la identificación.*

- Identificación permanente, es decir, estructurante (pueden ser las que organizan y fundan una instancia o las que contribuyen a enriquecerla).
- Identificaciones transitorias (identificación histérica).

Ahora bien, un tercer punto a considerar es el *mecanismo o el proceso mediante el cual el yo asume una nueva imagen o rasgo*.

Las postulaciones lacanianas sobre la identificación especular conducen a suponer que a través de la asunción de una imagen se estructura una matriz o soporte de posteriores identificaciones. Esta imagen primera provee de una unidad

²² Identificación total alude a la fantasía de fusión, a la total ausencia de discriminación que gobierna todo el proceso, más que a la posibilidad de una exacta correspondencia término a término que diera cuenta de una transformación real. Transcurre en lo imaginario; el niño toma como imagen de sí mismo la que tiene del otro.

de superficie y estaría profundamente ligada con la percepción de caracteres formales exteriores. En este caso la identificación parece ser el efecto de una huella perceptual. Posteriormente, de acuerdo con los focos de catexización materna y paterna, el niño verá conducido su potencial identificatorio hacia aquellos procesos o regiones que los padres recorten como importantes para su desarrollo.

Identificación que aportan los padres

Este proceso está basado en el sentido transitivo del verbo identificar, reconocer como idéntico, sea cuando se reconoce en su naturaleza un objeto perteneciente a una determinada clase, sea cuando se reconoce una clase de hechos como asimilable a otros.

Cada hijo como nuevo miembro de una clase, en este caso la familia, es ubicado por la misma en alguna subcategoría o subclase: "las nenas", "los grandes", "la estudiosa de la familia", "el audaz", etc. Cuando los padres se refieren al niño, muchas veces dicen que es un verdadero "González" y "realmente se lo reconoce en la marca Pérez", recortando de la polisemia de un significante como el apellido —que condensa o incluye tantos rasgos del sujeto o de la familia— uno que es elevado al carácter de emblema identificatorio. Uno de estos rasgos puede ser "el temeroso", "el miedoso", "el ser fóbico". En ocasiones esta marca se ha discontinuado y en realidad se refieren a un abuelo o antepasado del cual el niño sería el delegado actual. Es decir, la familia sobreimpondría en el niño imágenes de otros, a través de los cuales éste recibe una determinada identidad, un "ser característico".

Este proceso —el de reconocer en el niño un rasgo que sugiere a la familia el recuerdo de otra identidad— actúa como un inductor de ese rango en el niño pues éste pasa a reconocer "su ser", su identidad, a través de la marca, del rasgo rotulado por los padres.

La constitución del yo sigue paso a paso la sucesión de las denominaciones mediante las cuales los otros nombran su relación afectiva con el niño y éste con el mundo: denomina-

ciones que en forma sucesiva el futuro sujeto habrá de esperar, aceptar o rechazar.

De esta sucesión, podemos aislar una otra manera, otro procedimiento habitual por medio del cual el niño se estructura por el otro. En este caso la trama no es tan sutil, sino que existe un esfuerzo deliberado, frecuentemente consciente por parte del medio para el desarrollo y estimulación de habilidades en el niño, en que los padres se colocan como modelos. Ellos proponen cómo desean que el hijo sea, se comporte, hable, sienta. El niño sabe que si logra adecuar su papel al argumento requerido obtiene como recompensa: amor, reconocimiento, favor. Esta narcisización de conductas, modo de acción, formas verbales, intereses, gustos, modelan su imagen hasta el punto de que conforman su identidad.

Es sabido que aquel sujeto que denominamos un carácter fóbico ha asumido sus restricciones, sus temores, sus inhibiciones —por medio de justificaciones y racionalizaciones— como virtudes o formas de ser valiosas. Esta especie de “ideología caracterial” será el modelo que se imponga al niño: se considerará que la timidez es precaución; las inhibiciones corporales o físicas, espiritualismo; el temor, adecuación a los tiempos en que vivimos.²³

²³ Pearson también distingue en las fobias por identificación dos procesos: uno automático, en virtud del cual el niño incorpora por amor, y otro en que es posible reconocer una acción más específica e inductora por parte de los padres.

“El ego del niño puede ser debilitado de otra manera. El niño aprende a tratar sus impulsos instintivos y los temores que siente por ellos, mediante la identificación con sus padres. Si sus padres son inestables, el niño se identificará con su inestabilidad, identificación que tiene como resultado un control excesivo de los impulsos instintivos, en unas oportunidades, y una excesiva indulgencia y directa expresión sin tener en cuenta la realidad de la situación, en otras, de modo similar a como procede el padre inestable controlando o siendo indulgente en demasía, de acuerdo con su propia fantasía e ignorando la realidad. Los padres deben ser estables si desean que el desarrollo de su hijo se realice adecuadamente.”

“He expresado anteriormente que muchos niños se quejan de haber sido atemorizados deliberadamente contra ciertos objetos, por adultos o niños mayores. Esto puede producirse de dos maneras: *el adulto o el niño mayor tienen fobias* y por sus reacciones indican que el objeto es de temer, o tratan

Identidad fóbica

"No te acerques a la gente desconocida, quédate al lado mío": este enunciado no sólo es una orden, sino que ubica a la gente como potencialmente peligrosa, al niño como irremediablemente indefenso y al que habla como el único protector. Agente protector engañoso, porque a su vez tiene miedo.

Piera Aulagnier²⁴ describe magistralmente la acción identificatoria del discurso familiar sobre el niño, orientándonos hacia el estudio de los mensajes verbales emitidos por la familia durante el período de la infancia como una vía privilegiada para el conocimiento de los rasgos que definen la identidad del yo.

Lo que caracteriza al medio fóbico es una sobrepreocupación por la seguridad física y psicológica del niño, ubicándolo en el lugar del que corre peligro, del que debe temer algo. El yo del niño se constituye sobre la base de esta imagen que el padre o la madre contribuyen a crear y que luego definirán como su carácter: "Julio es muy tímido".

En efecto, al niño se le leen sus acciones y atributos en términos de categorías cargadas valorativamente ("eres malo", "eres tímido", "no vas a poder"). Cuando ulteriormente

deliberadamente de inculcar al niño el miedo hacia un objeto o situación con propósitos maliciosos, o porque creen apropiado tener ese temor. Como el niño aprende a controlar la situación causante de su miedo a través de su identificación con el adulto o el niño mayor, se identificará también con los miedos de esa persona. La madre que previene constantemente a su hija sobre la peligrosidad de los hombres o que deliberadamente la predispone contra ellos, puede esperar solamente que su hija tema a los hombres, en detrimento de la posibilidad de una adaptación heterosexual. En lo posible, ningún niño debe ser sometido a tales situaciones. Las reacciones excesivas de ansiedad pueden ser prevenidas por la eliminación de las circunstancias que causan un aumento de los temores del niño a las reacciones de sus padres hacia él, es decir, a la severidad del superego. El superego se forma por la identificación con las imposiciones parentales. Si los padres son muy severos con respecto a ciertas necesidades instintivas del niño, éste adoptará su actitud y sentirá una ansiedad mayor, cuando perciba la excitación de sus instintos, de la que sentiría si la actitud de los padres hubiera sido otra." (*Trastornos emocionales de los niños*, Ediciones Beta, Buenos Aires, 1963.)

²⁴ *La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

el niño piense consciente o inconscientemente que es tímido, se representará en tal carácter mediante aquellas acciones.

De este modo irá adquiriendo no sólo una identidad fóbica, sino un modo de funcionar que Hugo Bleichmar denomina *trasposición categorial*,²⁵ por la cual determinados atributos y acciones singulares son trasladados a categorías que atribuyen una identidad al sujeto.

En la trasposición categorial —inscripción de un significante en un código de significados— reconocemos todo el peso del lenguaje y de la palabra del otro, en una época de la vida del niño en que la palabra no es arbitraria o relativa sino una especie de ley natural o la razón misma.

Una paciente decía, cuando se emocionaba o ponía nerviosa y tenía palpitaciones: “me muero”; cuando percibía contraídos los músculos de la garganta o sufría de angina: “me ahogo”; cuando le dolía la cabeza: “me estalla la cabeza”; cuando no se concentraba suficientemente para una lección: “estoy tonta, me estoy poniendo tonta”. Todos estos enunciados constituían ya creencias que cobraban autonomía a posteriori de las sensaciones que eran su punto de partida y acababan por literalizarse, creándose en la paciente la convicción de que se estaba muriendo, que se asfixiaba, que sufría de debilidad mental, etc. Las palpitaciones, la contracción de los músculos de la garganta y el dolor de cabeza eran puros significantes que ella leía directamente bajo una significación coagulada.

Hay padres que sienten a sus hijos ante los acontecimientos de la vida como si se hallaran ante un peligro mortal, siempre vulnerables. Esto fue descrito por los autores kleinianos como la identificación proyectiva de la parte temerosa de los padres sobre el niño, descripción exitosa al dar cuenta de un fenómeno de frecuente observación; pero este concepto, si bien muy utilizado en la clínica, no contribuyó a sentar las bases de una psicopatología intersubjetiva, y ya veremos cómo el niño fóbico es considerado desde aquella perspectiva una víctima de sus propias pulsiones sádicas.

²⁵ *El narcisismo* (aparecerá próximamente).

Reglas de la enunciación identificatoria ²⁶

Al niño no sólo se le otorgan juicios sobre quién es él —los enunciados identificatorios— sino que en esos juicios se transmiten reglas para la construcción de representaciones sobre sí, reglas que nunca fueron formuladas ni pensadas como tales para quien las pone en práctica.

Sería una situación equivalente a la que propone Chomsky en su gramática generativa: el sujeto llega a poseer un número finito de reglas para construir un número infinito de frases, siendo estas últimas, en nuestra comparación, equivalentes a los enunciados identificatorios que forman las representaciones del self.

Las reglas existen como formas que el sujeto posee para organizar la manera en que se representará. Así, por ejemplo, un padre que, al llegar su hijo de la escuela y mostrarle las calificaciones, repara y hace hincapié en las pocas materias en que aquél no alcanzó un grado máximo, le está transmitiendo una regla por la cual la observación se centra sobre lo que falta para alcanzar la perfección.

Las reglas se aprenden en acontecimientos cotidianos aparentemente triviales y es por este mismo carácter que pasan desapercibidas en el papel esencial que desempeñan en la estructuración del sujeto. Son reglas que le son desconocidas, pero no en el sentido de que estén reprimidas por razones de censura, sino porque consisten en las operaciones mismas bajo las cuales funciona el psiquismo y que nunca estuvieron representadas como tales.

Veámoslas. En primer lugar tenemos la selección del código, la perspectiva, el parámetro de análisis, el sector temático, desde el cual se construirán representaciones. El sujeto fóbico tiene un estilo codificador de la realidad, un campo semántico básico con el que el sujeto lee permanentemente cualquier acontecimiento exterior o vivencia interna. Para el

²⁶ Buena parte de lo que sigue corresponde a una línea de investigación desarrollada por Hugo Bleichmar.

caso del sujeto fóbico, existe una tríada de significaciones privilegiadas que son Amenaza-Amenazado-Aseguramiento, o Fuerte-Débil-Protector.

Los objetos y situaciones de la vida se definen y clasifican según pertenezcan a uno u otro elemento de la tríada. El sujeto fóbico entra en contacto con un preconcepto, con un esquema previo, lo enfrenta preguntándose: "si es peligroso o no, si es reasegurador". El mundo y las producciones del sujeto (fantasías, sueños, sentimientos) se dividen en neutros, peligrosos o tranquilizantes. Los atributos del objeto sirven exclusivamente para decidir en cuál de las tres categorías serán ubicados, pero no crean esas categorías. Estas preexisten al contacto con el nuevo objeto y condicionan a éste.

El estilo codificador de la realidad se acercaría a lo que ha sido descrito como "estilo neurótico"²⁷ o estilo cognitivo,²⁸ aludiendo a un modo de funcionamiento del psiquismo, a una particular manera de vivenciar o experimentar. Estas nociones no se superponen al concepto de mecanismo de defensa, y el ejemplo de las fobias puede ser ilustrativo para su comprensión. Lo que caracteriza a un sujeto fóbico es la evitación ante cualquier sentimiento o acontecimiento que le resulte peligroso. El individuo fóbico se escapa, elude el enfrentamiento y de este modo equilibra el sistema psíquico evitando la emergencia de ansiedad. Lo patognomónico y lo que define una fobia es el mecanismo rígidamente empleado de la evitación.

Pero podemos completar el cuadro agregando un elemento adicional en su descripción y es el siguiente: el fóbico no sólo evita sino que evita muy frecuentemente, evita en demasía. El interrogante a plantearse es por qué el sujeto teme tantas situaciones, por qué está siempre temiendo: teme la autoridad, los sentimientos agresivos, el futuro, el menor signo de enfermedad en su cuerpo. ¿Por qué una madre permite que su hijo vaya en bicicleta, aun a riesgo de que se caiga

²⁷ O. Shapiro, *Neurotic Styles*, Basic Books, N. Y., 1965.

²⁸ K. Goldstein y S. Blackman, *Cognitive Style. Five Approaches and Relevant Research*, John Wiley & Sons, N. Y., 1978.

y se lastime y otra impide y hasta preconiza que es de buena madre el prevenir que "a su hijo lo atropelle un auto"? ¿Qué es lo que hace que una madre tema y evite y la otra no?

Hugo Bleichmar sostiene que lo que caracteriza al sujeto fóbico es la especial *codificación del universo* en términos de peligro y seguridad. No es sólo una reacción exagerada ante los hechos peligrosos, *es un filtro especial por el cual se dimensiona o evalúa una situación cualquiera como susceptible de ser peligrosa*. Es una específica reacción *cognitivo-afectiva*, porque el afecto displaciente, la ansiedad y el miedo surgen de una evaluación, de un juicio cognitivo por el cual *se categoriza* algo como peligroso.

Una incursión por la etología ²⁹ puede ayudarnos a aclarar la idea. Investigaciones en comportamiento animal han llevado a describir mecanismos desencadenadores innatos (MDI). Se trata de lo siguiente: el animal percibe, mediante una serie de "esquemas", los acontecimientos importantes de la vida y cuando un objeto perceptible o un proceso del mundo externo "encaja" en uno de tales esquemas, la acción impulsiva correspondiente se pone en marcha en forma automática.

Ahora bien, los MDI no son muy exactos y reciben la precisión que los dirige hacia el objeto adecuado mediante un tipo específico de aprendizaje. En el caso de la reacción de fuga —que es innata en todas las especies— es necesaria una señal especial dada por la madre para su desencadenamiento. El grito de alarma materno "interpreta" el universo de la realidad, fijado el peligro en un determinado animal enemigo. Basta una vez y el código se establece (*imprinting*). Los MDI representan una especie de "teclado" sobre el cual el medio ambiente toca el órgano de los impulsos. Ahora bien, ¿qué ocurre si este grito se pluraliza y repite frecuentemente? El animal muestra una conducta "neurótica" y huye ante cualquier estímulo.

El niño necesita más de una única experiencia para el aprendizaje del peligro, pero también es el rostro o el grito

²⁹ K. Lorenz y P. Leyhausen, *Biología del comportamiento*, Siglo XXI, México, 1979 (p. 63).

del adulto el que pone en marcha este proceso. Ahora bien, ante un niño parado frente a una ventana se le puede: 1) señalar el peligro; 2) señalar el peligro y protegerlo retirándolo; 3) aterrorizarse y gritar; 4) enojarse porque el pequeño comete travesuras; 5) amenazarlo con algún castigo o restricción; 6) castigarlo para que aprenda. A veces uno se pregunta qué aprende a temer el niño, si la situación real de mayor o menor peligro objetivo o la reacción materna. (El análisis de niños fóbicos muestra lo persecutorio de las imagos maternas.) Creemos que investigaciones en este punto, período y proceso mediante el cual la *noción de peligro se instaura en el niño*, pueden contribuir a la mejor comprensión de la instalación de un juicio clasificador de lo temible o inofensivo.

Una vez hecha la selección del código, se podrá funcionar en un sector amplio o restringido. Por ejemplo, si el cuerpo es vulnerable, si los otros niños lo pueden desmayar de un golpe, si él no puede con ellos, si se enferma fácilmente, si puede soportar el dolor, etcétera.

Otra regla de la enunciación es la trasposición categorial mencionada anteriormente. Tomemos el caso del niño al que se le presenta la condición masculina en la cual se encuentra su propio padre como la sede de la traición, el abuso, casi el asesinato. Al llegar a la pubertad el sujeto caerá de esta manera automáticamente bajo el dominio de una creencia que siempre estuvo en su psiquismo, pero que requería el cumplimiento de determinada condición para su actualización, en este caso, que accediera a un tipo de virilidad que lo confirma en esa identidad.

Se ve en este ejemplo cómo la *regla de la enunciación identificatoria precede* a la representación específica que el sujeto puede formarse. Los padres aportan a veces la regla que luego el propio sujeto utilizará para la construcción de sus propios enunciados identificatorios, o sea que la influencia del otro no se limita a lo que le dice. A manera de analogía, los padres serían como los fabricantes de juegos de encaje. El sujeto que adquiere el juego podrá copiar los modelos que el folleto le propone, pero también con las piezas le es dable crear nuevas combinaciones que al fabricante no se

le ocurrieron. La fantasía del niño aporta el resto, pero con el límite dado por las formas de las piezas del juego. O sea que el niño creará fantasías, pero con "los mil ladrillos" que le son aportados.

Hasta aquí tenemos reglas de organización de representaciones en su aspecto temático, en su contenido. Pero también en las reglas de enunciación identificatorias se encuentran los mecanismos de defensa.

El niño que escucha el discurso de los padres no sólo infiere un universo semántico en el que se privilegian determinados contenidos sino que también incorpora las operaciones que presiden la organización de los mismos.

Creemos que esta función cognitiva, la atribución del carácter peligroso a los objetos y situaciones del mundo, se crea, instala y desarrolla a través de la identificación que hace el niño con los procesos cognitivos parentales. O sea, la precondición para el desarrollo de una fobia, el terreno previo, lo que constituye la sustancia de la personalidad fóbica es este especial modo cognitivo-afectivo con el cual se "interpreta" tanto la realidad interna como externa. El dato primario, la percepción misma está calificada de antemano como peligrosa o inofensiva y no se trata de un desplazamiento a posteriori de una significación o fantasía temida sobre un dato inicialmente neutro. No es que el perro fue en el punto de partida un objeto neutro, sino que en la apreciación inicial hubo "un tono" que calificó a ese animal como digno de mantenerlo lejos.

Pero la creencia fóbica constituye en realidad una doble convicción: por un lado, sobre las cualidades del objeto fóbico, pero por el otro, sobre las del propio sujeto. Siempre se ha hecho más hincapié en cómo un objeto deviene atemorizante —los enunciados emitidos por las figuras significativas para el sujeto, las experiencias traumáticas, los procesos de generalización, de simbolización y de desplazamiento defensivo— sin que se hubiera reconocido suficientemente que si el objeto despierta temor, es porque el sujeto se representa a sí mismo como impotente, débil e indefenso frente a aquél. La fobia puede comenzar entonces no por una perturbación

de la representación del objeto, sino del propio sujeto, ya que ambas representaciones se construyen en obligatoria interdependencia. Aquel que se siente poderoso visualizará los objetos como inofensivos.

Por el contrario, las llamadas fobias normales de la infancia nos muestran las consecuencias de un yo imaginario vivido como débil. El niño, ya con un desarrollo cognitivo suficiente, capta —y además, los padres se lo hacen saber— sus limitaciones frente al entorno, por lo que éste se le aparece como peligroso. Es la representación de sí mismo como insuficiente, como poseedor de escasos recursos para manipular el mundo exterior, lo que convierte a cualquier cosa en amenazante.

El sujeto es siempre alguien en términos de una posición en el seno de una estructura. Si varía la representación del objeto, se modifica la de él y viceversa. El objeto no es débil o poderoso en sí mismo sino en relación con el sujeto. Ejemplo: es la relación entre potro salvaje y domador, o entre toro y personaje hercúleo que lo doblega tomándolo por las astas. En el terreno de la psicopatología esta relación entre sujeto y objeto se evidencia en el acceso maniaco: la omnipotencia del sujeto, al sentir que todo lo puede, le hace vivir el peligro real proveniente de los objetos como inexistente.

La relación entre el sujeto y el objeto es frecuentemente de complementariedad: amenazante-amenazado, fuerte-débil. Pero también puede serlo de identidad: el sujeto ve al objeto a su imagen y semejanza: se ve a sí mismo como igual al objeto.

Este estilo codificador, este especial color afectivo, esta evaluación de los hechos de todo orden siempre inclinados hacia lo temible del otro y lo vulnerable del sujeto, pensamos que se estructura sobre la base de procesos de identificación, especialmente narcisista (primaria, especular), aunque intervienen todos los tipos de identificaciones que forman el carácter.

Resumiendo, el niño puede identificarse:

- a) con el objeto (en su totalidad, por su deseo de fusión y de "ser el otro"). Por la idealización y ausencia de

discriminación que gobierna esta identificación el niño incorpora los miedos:

- 1) sea como estilo codificador de la realidad;
 - 2) sea como síntomas;
- b) con una posición dentro de la estructura:
- 1) con el objeto rival (por competencia y rivalidad edípica);
 - 2) con el objeto de amor (sustitución de la relación de objeto por una identificación);
 - 3) con el objeto que el objeto admira.

En todos estos casos, sea que el niño presente un síntoma, sea que desarrolle un estilo de personalidad o un carácter fóbico, lo esencial es que su origen y organización están basados en la identificación. Dicha identificación, en el caso de delinearse sobre la base de los conceptos de identificación primaria (Freud) o de identificación especular (Lacan), es un proceso constitutivo, estructurante de la instancia del yo y como tal queda incorporado a su organización estable. Se trata de una incorporación "sintomal silenciosa", es decir que los temores no son producto de transacciones, ni remiten a un contenido latente oculto. La única discordia que contienen es la de ser productos del exceso del discurso de los otros que el niño ha incorporado como propio y creyendo en la bondad del mismo.

Además, una vez que el niño se ha identificado y funciona ya con ese rasgo o con las reglas operatorias que definen el estilo codificador, los padres cristalizan tales identificaciones por medio de enunciados promotores de identidad: "es muy tímido".

En el caso de tratarse de una identificación en el seno de la estructura edípica, es indudable que el motor de la identificación surge de la dinámica triangular, pero no es un conflicto de fuerzas incluido en el contenido mismo del síntoma o rasgo que éstos expresan, no es un producto de transacción entre el impulso y la defensa organizado en una serie de des-

plazamientos simbólicos, sino que tanto el síntoma como el rasgo son incorporados ya como productos formados a través del proceso identificatorio. Estas aclaraciones nos parecen esenciales para el curso de la cura, pues como en el caso de Bettina, fueron las intervenciones sistemáticas sobre su lucha con la rival edípica las que disolvieron gran parte de sus reacciones fóbicas, sin tener que recurrir a la explicación de procesos defensivos o de simbolización, en el sentido clásico que este término tiene en psicoanálisis.

TEMORES DEL DESARROLLO POR INSUFICIENCIA O POR PROGRESO COGNOSCITIVO

“Las enigmáticas fobias de la temprana infancia merecen mencionarse nuevamente en este lugar. Algunas de ellas —las fobias a la soledad, a la oscuridad, y a las personas extrañas— se nos hicieron comprensibles como reacciones de peligro a la pérdida de objeto. Otras —las fobias a los animales pequeños, a las tormentas, etc.— se nos muestran más bien como restos atrofiados de una preparación congénita a los peligros reales tan claramente desarrollados en otros animales. La parte de esta herencia arcaica que permanece en el hombre, es el temor a la pérdida de objeto. Cuando tales fobias infantiles se fijan y se hacen más intensas subsistiendo hasta años ulteriores, el análisis muestra que su contenido se ha unido a exigencias instintivas constituyéndose también en representación de peligros interiores”. (S. Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, St. Ed., vol. XX, p. 168.)

En este capítulo nos proponemos mostrar cómo una intuición freudiana —la que aparece precisamente en la cita transcrita— permite abrir el camino para el establecimiento de una diferenciación entre miedos y fobias, así como también orientarnos en la dirección de una psicogénesis múltiple para las fobias infantiles.

Entre finales del primer año de vida y los tres años, se han descripto varias categorías de fobias o fenómenos fóbicos, tratándose unas veces de una misma entidad que los diversos autores rotulan con distintas denominaciones, y otras veces de la condición contraria: una misma categoría que engloba diferentes cuadros.

Comenzaremos por lo que Freud¹ llamó *fobias tempranas*, al igual que Melanie Klein,² mientras que Anna Freud³

¹ *Inhibición, síntoma y angustia*, St. Ed., vol. XX, Hogarth Press, Londres, 1959.

² *El psicoanálisis de niños*, Asoc. Psicoanal. Arg., Buenos Aires, 1948.

³ *Normality and Pathology in Childhood*, I. U. P., N. Y., 1965.

habla de *miedos arcaicos* y algunos autores postkleinianos, como Martha Harris y col.,⁴ de *miedos del desarrollo*. Por su parte, Mallet⁵ las denomina *pre-fobias*.

Descriptivamente se trata de los siguientes fenómenos: miedo a la oscuridad, a los lugares oscuros, a los espacios ocultos, miedo a la soledad, miedo a los extraños, miedo a las nuevas situaciones o lugares desconocidos, al espacio detrás de sí, miedo a los fenómenos de la naturaleza: truenos, vientos, relámpagos, ruidos intensos, miedo a los animales pequeños.

Ahora bien, cada uno de estos autores, los que constituyen dentro del campo psicoanalítico las fuentes sobre el tema, sostienen posiciones un tanto diferentes en su explicación. Pasaremos revista brevemente a las hipótesis en juego, comenzando por las de Melanie Klein, no por corresponderle el descubrimiento de los hechos sino porque su teoría constituye un polo teórico en el espectro de las distintas conceptualizaciones.

Escuela inglesa

Melanie Klein: fobias tempranas

Melanie Klein encuentra explicación para las primeras fobias de los niños ante las cuales Freud se había declarado impotente.

En *Psicoanálisis de Niños*⁶ (p. 170) dice así: "[...] En su libro 'Inhibición, Síntoma y Angustia', Freud declara que 'las primeras fobias de los niños no han encontrado ninguna explicación hasta ahora' y que 'su relación con las neurosis posteriores y más claras de la infancia no es evidente de ningún modo'. Creo que aquellas primeras fobias contienen ansiedad que surge en los primeros esta-

⁴ *Su hijo año a año*, Paidós, Buenos Aires, 1973.

⁵ "Contribución al estudio de las fobias", en J. Saurí (comp.), *Las fobias*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.

⁶ Ed. de la Asoc. Psicoanal. Arg., Buenos Aires, 1948.

dios de la formación del superyó. Las tempranas situaciones de ansiedad del niño aparecen alrededor de la mitad de su primer año de vida y son inducidas por un incremento del sadismo. Ellas consisten en miedos a objetos violentos tanto externos como introyectados (que lo devoran, cortan, castran); y tales miedos no pueden ser modificados en un grado adecuado en este estadio tan temprano.

Las dificultades que a menudo tienen los niños pequeños durante las comidas, están también íntimamente relacionadas, según mi experiencia, con sus situaciones de ansiedad tempranas y tienen invariablemente orígenes paranoides. En la fase canibalística, los niños equiparan cada clase de comida con sus objetos, como representados por sus órganos, de modo que toman el significado del pene del padre o del pecho de la madre y son amados, odiados o temidos como ellos. Las comidas líquidas son equiparadas con la leche, las heces, la orina y el semen y las sólidas con las heces y otras sustancias del cuerpo. Así, la comida puede hacer surgir todos aquellos miedos de ser envenenados y destruidos por dentro, que los niños sienten con relación a sus objetos internalizados y sus excrementos, si sus primeras situaciones de ansiedad operan con violencia.

Las fobias a los animales son, en los niños, una expresión de la ansiedad temprana de esta clase. Están basadas en esa expulsión del superyó terrorífico que es característico del primer estadio anal, y representan así un proceso compuesto por varios movimientos mediante el cual el niño modifica su miedo a su superyó y ello terroríficos. El primer movimiento es arrojar aquellas dos instituciones al mundo externo y asimilar el superyó al objeto real. El segundo movimiento nos es familiar; es el desplazamiento a un animal del miedo que siente al padre real. Pero antes de éste, hay a menudo un paso intermedio que consiste en elegir como objeto de ansiedad en el mundo externo a un animal menos feroz en lugar de las bestias salvajes y feroces que en los primeros estadios del

desarrollo del yo tomaban el lugar del superyó y del ello. El hecho de que el animal-ansiedad no sólo atrae hacia sí el miedo del niño a su padre sino también su admiración por él, es una señal de que el proceso de formación del ideal tiene ya lugar. Las fobias de animales son ya una modificación de gran consecuencia del miedo del superyó, y vemos aquí qué íntima relación existe entre el superyó, la relación de objeto y las fobias de animales”.

De la lectura de este párrafo surgen las siguientes consideraciones:

- 1) Sostiene que existen fenómenos fóbicos a partir de la segunda mitad del primer año de vida,⁷ y que estos miedos constituyen los primeros síntomas que presenta el niño en su desarrollo.
- 2) La descripción clínica es un tanto vaga, sin especificar peculiaridades entre estas fobias tempranas y fobias de aparición posterior, e incluso terrores paranoides. “Miedos a objetos violentos, tanto externos como introyectados (que lo devoran, cortan, castran...)” (p. 170); “fobias a animales pequeños” (p. 170) y en la p. 191, sostiene que el temor a la oscuridad, la soledad y los extraños del niño pequeño también “son formas modificadas de las tempranas situaciones de ansiedad, es decir, el terror de los niños pequeños a los peligrosos objetos internalizados o externos”. Los pavores nocturnos y los trastornos en las relaciones con los padres y las relaciones de objeto en general estarían basados en esos miedos fóbicos tempranos.
- 3) Se trata de un conflicto de origen estrictamente interno. El ello y el superyó se presentan como instancias que se estructuran a partir del mundo de fantasías terroríficas que el yo incipiente del bebé no puede tolerar y debe expulsar al exterior. Esta severidad peculiar

⁷ “La ansiedad proveniente del incremento del sadismo a partir de la mitad del primer año de vida del niño, encuentra expresión en ciertas fobias” (p. 175).

se halla en un incremento del sadismo, propio de las fases oral-canibalística y anal-sádica del desarrollo.⁸

- 4) La formación del objeto fóbigeno se efectúa primero por proyección de las fantasías terroríficas sobre el padre real y luego por desplazamiento del temor al padre sobre un objeto sustituto.
- 5) Estas fobias tempranas son las que, cambiando de forma y contenido, reaparecen a lo largo de la infancia y constituyen el cemento de las fobias en el adulto.

Entonces vemos que para Melanie Klein la pulsión en juego es fundamentalmente el sadismo, el conflicto es estricta-

8 Para fundamentar lo estrictamente interno del conflicto, tomemos otro párrafo del *Psicoanálisis de niños*: "En 'Inhibición, Síntoma y Angustia', Freud dice así: 'Creí en una época que una fobia tenía el carácter de una proyección en el sentido de que un peligro instintivo interno estaba reemplazado por un peligro percibido como si viniera de afuera. Esto trae con ello la ventaja de que el sujeto puede protegerse por sí mismo del peligro externo escapando de él o evitando la percepción del mismo; mientras que ninguna huida puede ser ayuda contra un peligro interno, pero este punto de vista, aunque no es incorrecto, es demasiado superficial. Un impulso instintivo no es después de todo un peligro en sí mismo sino solamente en cuanto implica un peligro externo, es decir, el peligro de castración. Por último, una fobia es simplemente una cuestión de sustituir un peligro externo por otro. Pero me aventuro a pensar que lo que yace en la raíz de una fobia es, sin embargo, un peligro interno, es el miedo de la persona a su propio instinto destructivo y a sus padres introyectados.' En el mismo párrafo, al describir las ventajas de las formaciones sustitutivas, Freud dice que: 'El miedo que pertenece a una fobia está, después de todo, condicionado. Sólo se siente cuando el objeto temido es percibido y en verdad porque es sólo entonces cuando surge la situación de peligro. No hay necesidad de temer el ser castrado por un padre que no está allí. Pero un padre es algo de lo que uno no puede librarse, aparece cuando él quiere. Pero si el niño lo reemplaza por un animal, sólo tiene que evitar la vista, es decir la presencia de ese animal, para librarse del peligro y de la ansiedad'. Tal ventaja sería aún mayor si por medio de una fobia al animal el yo pudiera no sólo realizar un desplazamiento de un objeto externo a otro sino también una proyección de un objeto más temido desde el cual —porque es internalizado— no haya posible escapatoria a otro externo. Considerada bajo esta luz, una fobia al animal sería mucho más que una simple deformación de la idea de ser castrado por el padre, en la de ser mordido por un caballo o comido por un lobo. Por debajo de esto estaría no solamente el miedo a ser castrado sino todavía un miedo anterior a ser devorado por el superyó, de modo que la fobia sería en realidad una modificación de la ansiedad perteneciente a los estadios más tempranos" (p. 171).

mente interno y el mecanismo fundamental pareciera recaer en el desplazamiento, pues si bien la proyección es esencial en el proceso de externalización, pensamos que de no darse el segundo paso —el desplazamiento— debiéramos hablar con mayor rigor de temores paranoides que de fobias.

Postkleinianos

Marta Harris y col.⁹ aportan algunas distinciones clínicas al unitario panorama que nos presenta Melanie Klein. Consideran que los niños de un año de edad “pueden tener muchos miedos, a veces pasajeros, otros muy intensos. Cuando uno de esos miedos es muy opresivo e irracional y se asemeja a un sentimiento de pánico hacia una cosa o lugar determinado, lo llamamos fobia” (p. 92).

Entre los miedos hacen figurar las reacciones ante ruidos intensos, situaciones poco habituales, animales, dando como ejemplo el temor al ruido de la aspiradora, el que se produce al retirar el tapón de la bañera, así como las reacciones ante personas familiares que cambian de apariencia, o ante la higiene del rostro o la cabeza. A estos temores los denominan *temores del desarrollo*.

Sostienen que los temores de un niño pequeño a menudo parecen ser sumamente irracionales, que los adultos no pueden entender por qué siente miedo y que se debe tener en cuenta que “en su interior el niño siente que su miedo obedece a razones muy valederas” (p. 93). Presentan ilustraciones clínicas que nos parece de suma utilidad examinar en detalle.

“Por ejemplo, a los catorce meses, Daniel aprendió a quitar el tapón de la bañera y volverlo a poner. Este era uno de sus juegos favoritos, que durante varios meses lo hizo feliz. Pero un día, a los veinte meses, se asustó mucho

⁹ E. Osborne, E. O'Shaughnessy, D. Rosenbluth, C. Dares, O. Dans, *Su hijo año a año*, Paidós, Buenos Aires, 1973.

cuando el agua de la bañera empezó a correr y su madre tuvo que sacarlo rápidamente del baño, al que durante las dos semanas siguientes no pudo volver a entrar. En las dos semanas siguientes hubo que bañarlo parado en una palangana. Luego se atrevió a aventurarse en el baño para que lo bañaran, siempre en posición de pie, y más tarde accedió a sentarse. Sin embargo, la bañera debía estar tapada mientras él se encontraba en el cuarto de baño y no sólo durante el momento en que lo bañaban. Su madre cuidaba de no quitar el tapón en presencia de Daniel y éste, para asegurarse, se lo recordaba ocasionalmente.

Al año y medio, el niño volvió un día al cuarto de baño, después que lo hubieron bañado, y retiró el tapón de la bañera; hizo esto dos veces seguidas.

Más tarde, se atrevió a quitar el tapón mientras lo estaban bañando y dio claras muestras de sentirse satisfecho consigo mismo por haber hecho esto. El miedo de Daniel se prolongó durante un largo período hasta que desapareció espontáneamente. Después de los dos años, el niño pudo explicar con palabras a su madre lo que ésta ya había adivinado: que tenía miedo del ruido que hacía el agua al correr y que temía también escurrirse por el orificio de la bañera. Este es uno de los temores típicos de la niñez y revela *lo patéticamente inseguras que son las percepciones de los niños cuando se hallan bajo la influencia del miedo*. El cuerpo de Daniel era, sin duda, demasiado grande como para poder pasar a través del agujero de la bañera, *pero en los momentos de angustia, los niños no pueden discernir lo que es posible de lo que no lo es*.¹⁰ Lo que Daniel no podía explicar a su madre era por qué el ruido y la succión del agua, que no eran algo nuevo para él, se habían convertido súbitamente en motivo de temor. La madre intuyó que el niño se hallaba muy perturbado por la intensidad de los sentimientos que experimentaba en ese momento.

¹⁰ Obra cit. (bastardillas agregadas).

Hacía poco tiempo que había comenzado a sufrir accesos de cólera durante el día y quizás proyectara su propio enojo sobre el agua que se escurría ruidosamente de la bañera" (p. 94).

Otra de las situaciones que frecuentemente provocan miedo en los niños es el hecho de que una persona que les resulta familiar cambie de alguna manera su apariencia. A los veinte meses, Jaime estaba sentado en el sofá de la sala con una amiga de la familia. Esta salió al jardín, se puso los anteojos oscuros, dio una vuelta y llamó a Jaime para que fuera hacia ella. El niño se bajó del sofá y corrió a ocultarse en un rincón de la habitación, cubriéndose con una puerta y sosteniendo el picaporte. La amiga comprendió que Jaime se había asustado por los anteojos de modo que se los quitó y comenzó a hablarle para animarlo. El niño fue perdiendo la expresión de ansiedad que había aparecido en su rostro, poco a poco esbozó una sonrisa y luego se echó a reír, se acercó a la amiga y se sentó junto a ella. El miedo que provoca el cambio de apariencia de alguien es parte de la temible fantasía que experimentamos en nuestros sueños cuando algo que nos resulta familiar adquiere un rostro irreconocible. El niño pequeño no puede aún distinguir claramente entre la realidad y la fantasía y carece de protección frente a una situación como ésta, que asume para él un carácter de pesadilla" (p. 95).

Ahora bien, por más que las autoras consideren que estas descripciones corresponden a miedos del desarrollo y no a fobias, no queda suficientemente claro en qué criterios se basa esta distinción. Por un lado, pareciera que si es pasajero y no muy intenso se tratará de un miedo, mientras que las fobias serían trastornos más estables y graves en su magnitud de ansiedad. Sin embargo, los motivos generadores tanto de los miedos como de las fobias parecen ser los mismos:

"Estos temores, aparentemente inexplicables, no son sino su propio sí mismo destructivo, negado como tal y

proyectado en el intenso ruido de la aspiradora o de las fauces de un perro que él cree que va a morderlo". Consideran que estos temores tienen sus raíces en la manera en que el niño trata de hacer frente a sus sentimientos contradictorios y ése es el motivo por el cual "los miedos pueden aparecer y desaparecer repentinamente. El estímulo externo está siempre presente, lo que cambia es la necesidad del niño de usarlo como medio para manejar sus sentimientos, que tan difícil le resulta conciliar y mantener dentro de sí".¹¹

O sea que los mecanismos subyacentes son los mismos tanto en los temores como en las fobias; las autoras siguen los lineamientos propuestos por Melanie Klein para las fobias tempranas. Sin embargo, y a nuestro juicio, la diferencia estriba en que por los mecanismos en juego en la estructuración de los miedos, su descripción se asemeja más a los temores paranoides que a las fobias. Se trataría de una proyección de pulsiones, sentimientos, instancias que no son seguidas de desplazamiento. Esto queda claro en el caso de Daniel en que se considera "que el agua que lo quiere hacer desaparecer" es su propio enojo proyectado sobre la misma. En el ejemplo del temor a la higiene de la cabeza, el temor expresa la expectativa de un ataque vengativo que la madre ejecutará sobre el niño porque éste, previamente, a causa de su ambivalencia, ha experimentado odio contra ella. La misma explicación cabe para el niño de veinte meses que se asusta cuando su madre desarma por completo un cochecito delante de él, es decir, se trataría bien de una confirmación en la realidad de la peligrosidad de su fantasía, bien del terror de una retaliación materna por sus agresiones fantaseadas.

Resumiendo, aunque las autoras hacen pasar la barrera divisoria por la intensidad y el tiempo de duración, para establecer la diferenciación entre miedos y fobias, pensamos que en realidad el criterio debe basarse en la presencia del mecanismo del desplazamiento en el caso de las fobias y en su

¹¹ Obra cit., p. 93.

ausencia en caso de temores. Tampoco concordamos en la estructura paranoide adjudicada a estos temores (proyección de pulsiones agresivas), que hace difícil su conjugación con la hipótesis acerca de su benignidad y carácter pasajero, aunque estamos de acuerdo en que, efectivamente, estos temores son propios del desarrollo, normales y pasajeros.

Una y otra vez las hipótesis kleinianas nos enfrentan con la misma problemática: los fenómenos psicológicos de los primeros estadios de la psique se hallan producidos por conflictos de igual naturaleza que los que se observan en otras etapas más avanzadas del desarrollo psicológico. Los mecanismos que intervienen son semejantes a los presentes en la dinámica de los fenómenos de la vida adulta. La estructura sintomal es equivalente en cualquier edad que se considere. Es decir, que se carece casi en absoluto de un criterio evolutivo. El pecado que Piaget¹² considera capital en Freud —el adulto-morfismo— parece tener en la escuela kleiniana su valor máximo.

Sin embargo, Freud¹³ aparentemente está atento a no forzar los hechos clínicos y presentar la incompletud de la teoría. Discutiendo la hipótesis de Rank sobre la impresión del trauma de nacimiento como contenido psíquico de la angustia, dice:

"Hemos, pues, de concluir que *las fobias infantiles más tempranas* no permiten referencia alguna directa a la impresión del acto de nacimiento, *eludiendo así hasta ahora, en general, toda explicación*. Es innegable que el niño de pecho muestra cierta disposición a la angustia. Esta disposición no presenta su máxima intensidad inmediatamente después del nacimiento, para ir luego dismi-

¹² J. Piaget, "Pero pese a las apariencias, Freud es mucho menos genético de lo que se suele decir y sacrifica con demasiada frecuencia la construcción a la permanencia, al punto que atribuye al niño de pecho atributos esenciales de la conciencia definida: memoria, conciencia del yo, etc. Lo que quisiéramos, pues, es una traducción genética del freudismo, eliminando lo que todavía hace de él una ciencia de lo idéntico." *La formación del símbolo en el niño*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961 (p. 254).

¹³ S. Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, St. Ed., vol. XX.

nuyendo poco a poco, sino que aparece ulteriormente con el progreso del desarrollo anímico, y se mantiene durante un cierto período de la infancia. Cuando estas fobias tempranas perduran más allá de tal período hacen sospechar la existencia de una perturbación neurótica, aunque tampoco se nos haya hecho visible en modo alguno su relación con las ulteriores neurosis infantiles, más claras y precisas".¹⁴

O sea que Freud reconoció la existencia de una categoría de miedos o fobias tempranas de naturaleza distinta a los procesos por él descriptos en la fobia de Juanito, paradigma en la literatura psicoanalítica de las fobias de la etapa fálica, por angustia de castración.

Pensamos que para no volver a pecar de adultomorfismo el punto a revisar es el de las relaciones entre el temor y la percepción. Se considera que el temor distorsiona la percepción. Se adjudica al niño de un año una percepción adecuada de los peligros, que sólo se ve alterada por factores emocionales.

Las definiciones que establecen una distinción entre miedos y fobias, ponen su acento en el juicio de realidad. Ajuria-guerra,¹⁵ después de pasar revista a diversos autores, considera que las fobias en los niños se hallan ligadas con el temor injustificado y no razonable ante objetos, seres o situaciones frente a los cuales el niño reconoce lo ilógico de su reacción. Sin embargo, lo dominan repetidamente, mientras que los miedos serían "percepciones de peligros reales ante situaciones dadas o la previsión de un peligro posible que provenga del exterior".

Por lo tanto, queda bien establecido que la distinción entre miedo y fobia debe trazarse sobre un elemento de racionalidad; el peligro debe ser justificado para que no se lo considere patológico. Pero el establecimiento del carácter peligroso de un objeto, hecho o situación forma parte del proceso

¹⁴ Obra cit., p. 50.

¹⁵ *Manuel de Psychiatrie de l'Enfant*, Masson Editeurs, París, 1970.

global de aprehensión y sobre todo de construcción de la realidad a través de sucesivos y complejos juicios de atribución. A su vez, el juicio de realidad no es homogéneo a lo largo del desarrollo sino que depende indisolublemente del desarrollo global del niño, tanto cognoscitivo como afectivo.

En un reciente artículo, Anna Freud¹⁶ se pregunta si el niño fóbico cree en la realidad del símbolo fóbico o si lo reconoce como un producto de su imaginación, y además, si esta certeza o este descreimiento está relacionado con la gravedad o no del proceso, o con la oportunidad para un fracaso o éxito terapéutico. Deja sin respuesta lo anterior y recuerda el hecho de que la fantasía tiene eficacia no sólo para el niño sino en cualquier neurosis y que "los leones no se suben a la cama, pero los que yo sueño, sí" (p. 88).

Quisiera retomar el punto de la racionalidad del peligro como el carácter diferencial entre miedo y fobia, pues creo que sigue siendo útil desde los puntos de vista semiológico y teórico en lo que se refiere a la psicopatología de la infancia. La cuestión no radica en la naturaleza del objeto, en su rango de peligrosidad, sino en la justeza *del juicio de atribución de peligrosidad que efectúa el niño*.

Sabemos que las categorías de inofensivo y peligroso son producto del aprendizaje, que el niño, a partir de la advertencia adulta, no mete los dedos en el enchufe. Perceptivamente la plaquita en la pared no contiene ningún elemento que anticipe al niño por los ojos o el tacto que puede ser mortal. La *percepción es engañosa*. En contrapartida, el niño de un año de pronto, un día, se da cuenta que ese ruido molesto al sensorio sale de un aparato extraño que se mueve por la casa y que en algún momento podría abalanzarse sobre él. ¿No es peligrosa la aspiradora? Al creer que sí nuevamente el niño se engaña, y para salir de este engaño necesita sumar a los datos perceptivos un juicio, juicio del cual no es capaz y que por un perío lo le aporta el adulto.

En el nivel cognitivo Piaget ha demostrado terminante-

¹⁶ Anna Freud, "Anxieties and Phobic Phenomena", *Psychoanalytic Study of the Child*, vol. XXXII, Yale University Press, New Haven, 1977.

mente que las percepciones no pueden proveer, mediante su mero ejercicio, la sistematización de la experiencia en su conjunto. La lectura de una situación objetiva —cualquiera que sea su naturaleza, en este caso el peligro— depende entonces de la estructura inteligente habilitada en cada nivel y a cuyos esquemas se asimila la percepción.

Por ejemplo, si la simultaneidad de la llegada de dos móviles a un punto es una comprobación perceptiva, la exigencia de un punto de partida estable para la comparación de los recorridos proviene de una legalidad operatoria, o sea, de un sistema lógico y reversible de desplazamientos. Las comprobaciones perceptivas parciales sólo pueden organizarse a través de una coordinación cuya legalidad sea independiente de los datos a los cuales se aplica.

Sara Paín¹⁷ establece un paralelo entre este planteo sobre las relaciones de la percepción y la inteligencia, y lo que sucede con los afectos. A través de su materialidad como sensaciones, los afectos son capaces de marcar un suceso o un objeto. Pero tal marca no le otorgaría por sí misma una significación, es decir, no habría relación biunívoca entre la representación y el afecto, sino que la representación conferiría al afecto un valor simbólico dentro de un sistema general de significación.

Propone distinguir desde el comienzo dos niveles afectivos: a) el de la categoría de los afectos, reconocibles como estados o señales específicas de un estado emocional, y b) el de la categoría de los valores afectivos, donde se produce la transformación de la emoción en un valor dentro de un sistema simbólico. Las operaciones que logran tal transformación no pertenecen al dominio de las sensaciones emotivas, sino a una estructura independiente, tributaria de la función semiótica general. Los afectos, al ser señales diferenciables, parecen carecer de una sintaxis propia que los articule y son susceptibles de adquirir un valor significativo cuando se asimilan o

¹⁷ *Estructuras inconscientes del pensamiento. La función de la ignorancia*, I., Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, p. 50.

integran a un discurso simbólico, en el cual se estructuran en una constelación más amplia.

El reconocimiento, localización y evitación de las situaciones u objetos que amenazan la integridad vital del niño, es una de las funciones esenciales ejercidas por los padres en la crianza. El niño va adquiriendo paso a paso las categorías de constancia de objeto, tiempo, espacio y causalidad que *ulteriormente* le permitirán una autonomía para el juicio sobre el peligro. Pero esto no quiere decir que el niño no emita juicios sobre las condiciones de peligrosidad hasta los seis años, *por* el contrario, sí lo hace, y el valor afectivo adjudicado a cada situación va variando, despejándose algunos terrores y creándose otros.

Por lo tanto, una pregunta pertinente es la siguiente: ¿cuáles son las características de funcionamiento cognoscitivo del niño en determinada edad y específicamente en aquello que se relaciona con el pensamiento causal para decidir si su juicio de realidad con respecto a un objeto o situación como peligrosa debe considerarse adecuada o no a su fase evolutiva o, por el contrario patológico? ¿Se trata entonces de un miedo, el peligro es justificado, razonable, procedente del exterior, o es ilógico? ¿Desde qué lógica se decide el apartamiento de la razón? ¿Desde la lógica infantil o desde la del adulto? ¹⁸

Nos parece absolutamente prioritaria la revisión de esta problemática, para poder *ulteriormente* establecer una semiología precisa de los miedos, fobias y fenómenos fóbicos en la temprana infancia, así como su ulterior explicación.

Examinemos el siguiente ejemplo: una niña de once meses y quince días presenta signos de ansiedad al ser llevada al living, llora y gesticula tratando de hacer que la persona que la carga se traslade de habitación. Durante un período la niña presenta signos de miedo y conductas de huida al acercarse a la zona del living: no quiere ir ni permanecer en él. A los trece meses, la niña señala el tocadiscos con signos de

¹⁸ Piera Aulagnier, en *Los destinos del placer*, considera indisociable el principio de causalidad del principio de realidad. (Petrel, Barcelona, 1980.)

miedo. En el living existe uno y en el cuarto de la niña, otro. La niña no muestra signos de ansiedad ante el de su cuarto. A los catorce meses casualmente se descubre que lo que la atemoriza es una canción que comienza con la onomatopeya del ruido de una locomotora. A los dieciocho meses la niña ya no presenta signos de ansiedad y posee un considerable desarrollo del lenguaje. En ocasión de ponerle el disco, la niña dice: "Ayer creí que el tren se me venía encima".

Es decir que lo que provocaba su huida era la creencia en la existencia de una locomotora que al ser anunciada por su ruido irrumpiría en el living. Podemos explicar este temor ateniéndonos rigurosamente a los conocimientos sobre el desarrollo cognoscitivo que nos brinda la psicología genético-evolutiva.

La niña había viajado varias veces en tren antes de los once meses, había visto locomotoras y se había mostrado asombrada y temerosa en brazos de su madre. Objeto gigantesco, en movimiento, abalanzándose sobre los andenes. Sólo el adulto sabe que no se salen de los rieles. Al escuchar la onomatopeya, la niña conecta ese ruido como estímulo perceptivo presente con el recuerdo que sólo en ese momento se constituye como tal de la locomotora vista y oída. El ruido actúa como índice o señal presente en el campo perceptivo, de una totalidad (la locomotora) que se actualiza en ese momento y que no tiene todavía la vigencia de recuerdo constante aislado del hilo perceptual presente. Por eso la niña sólo presentaba angustia al escuchar el sonido y luego ante la visión del tocadiscos, de donde, ya establecido el enlace, surgía el ruido y, por lo tanto, el tren. Por su nivel cognoscitivo la niña desconocía los adelantos de la tecnología moderna y al igual que el primitivo llegado a la ciudad no entendía el carácter sustitutivo del sonido grabado. A su vez, sólo se angustiaba ante la visión del tocadiscos y no en ausencia de éste de su campo perceptivo, pues probablemente no viéndolo la imagen mental no persistía en su mente. La reacción de pánico sólo se presentaba ante el tocadiscos del living y no con el de su cuarto, pues nunca había escuchado esa canción sino en el living. Por lo tanto, para la niña era más plausible la

hipótesis: "sonido —que evoca la imagen del tren— en el living, y no una grabación que podía ser escuchada en cualquier sitio".

O sea, que estamos frente a un problema eminentemente cognoscitivo y en eso concordamos con Marta Harris y col. por "no poder discernir lo que es posible de lo que no lo es", pero no por causa de la angustia, sino todo lo contrario: *la angustia es el resultado de un error de juicio, basado en una insuficiencia del pensamiento, en un déficit cognoscitivo relativo.*¹⁹

En el caso de Daniel, un interrogante planteado es por qué ese déficit se advierte recién a los veinte meses y no antes, por ejemplo, a los catorce meses, cuando comenzó a jugar, feliz, con el tapón de la bañera. Daniel pudo haber pasado esos seis meses de diferencia sin establecer ninguna relación causal entre quitar el tapón, el orificio y la desaparición del agua. Sólo cuando el niño concibió que ese enorme volumen desaparecía se asustó. El período anterior pudo transcurrir en el placer absoluto de dominar una acción, de ser causa de ese ruido sin establecer otras relaciones. ¿Cómo puede explicarse un niño de catorce meses o de veinte meses que un volumen de agua mayor que él pueda escurrirse y su cuerpo que también es un volumen en el espacio, no? El concepto de los distintos estados de la materia no es algo que el niño de esa edad posea.

Enrique, de dos años y tres meses, sale a la calle y encuentra una topadora gigantesca cerca de su casa. Se le despierta temor y se tranquiliza sólo cuando deja de verla. Durante varios días, la maquinaria permanece en las cercanías del domicilio de Enrique. El niño presenta un temor creciente en la calle y no quiere salir por un largo período. Permanece feliz en su casa y cuando advierte señales de preparativos

¹⁹ Decimos relativo porque en rigor no se trata de ningún déficit sólo en caso de compararlo con el juicio adulto o de un niño mayor. Para ese grado de desarrollo el juicio es adecuado. Freud consideró la relación entre angustia y saber, equiparando la condición del niño a la del hombre primitivo. *Introducción al Psicoanálisis*. Conferencia XXV, Angustia, St. Ed., vol. XVI (p. 392).

para salir comienza a lloriquear. Sólo desaparece el temor después de largas explicaciones.

Si el niño ve una topadora gigantesca, se asusta hasta que se convence racionalmente de: 1) que no es un ser viviente dotado de movimientos propios; 2) que es accionada por una persona a quien le interesa derribar construcciones y no niños; 3) que nunca ha asistido a la experiencia del ataque a un niño por parte de una topadora; 4) que la topadora pertenece a la categoría de las máquinas y éstas no se relacionan con las personas.

Pensamos que este tipo de proceso es el que se opera en el niño que sufre de estos temores que "desaparecen con el tiempo y no son muy intensos". Todo un trabajo lógico por el cual el niño establece entonces la categorización del objeto como inofensivo.

Es decir, que al producirse una reordenación cognitiva en función de la adquisición de operaciones lógicas más complejas, la significación de la situación como peligrosa varía y la señal de alarma no se genera. Queda bien claro que si el disco, la topadora, o el agua escurriéndose por la bañera dejan de provocar temor, esta variación en su valor significativo no proviene de un código afectivo, sino de un saber alcanzado. Pero el yo ignora el proceso por el cual se ha dado el cambio (sólo excepciones como la niña que se dio cuenta que ella antes temía que del disco surgiera la locomotora y se le viniera encima). Es interesante constatar que la psique desconoce su propia operatoria, y como Piaget lo ha mostrado, el conjunto de los procedimientos de la inteligencia es inconsciente, pues se trata de un conjunto de operaciones sólo deducibles a través de productos del comportamiento por medio de una labor teórica.²⁰ El paralelo con el edificio freudiano es enorme; sólo a través de las formaciones del inconsciente, es decir, de sus productos, podemos deducir la legalidad con que opera el inconsciente.

²⁰ "Inconscient Affectis et Inconscient Cognitif", *Raison Présente*, N° 19, París, 1971.

Freud

Como ya hemos visto, Freud sostiene en "Inhibición, Síntoma y Angustia" —obra que puede considerarse una síntesis final de su teoría sobre la formación de síntomas (1926)— que las fobias tempranas no han hallado aún una explicación. Las referencias explícitas a esta condición, sin embargo, arrojan luz sobre la concepción freudiana de estos trastornos. Dice así:

"Las fobias de los niños pequeños a la soledad, a la oscuridad y a las personas extrañas, fobias que han de considerarse casi normales, desaparecen, por lo general, con el transcurso del tiempo" (p. 147). Y más adelante agrega: "Las enigmáticas fobias de la temprana infancia merecen ser de nuevo mencionadas en este lugar. Algunas de ellas —las fobias a la soledad, a la oscuridad y a las personas extrañas— se nos hicieron comprensibles como reacciones de peligro a la pérdida de objeto. Otras —las fobias a los animales pequeños, a las tormentas, etc.— *se nos muestran más bien como restos atrofiados de una preparación congénita a los peligros reales, tan claramente desarrollados en otros animales.* La parte de esta herencia arcaica que permanece en el hombre es el temor a la pérdida de objeto. Cuando tales fobias infantiles se fijan y se hacen más intensas subsistiendo hasta años ulteriores, muestra el análisis que su contenido se ha unido a exigencias instintivas constituyéndose también en representación de peligros interiores" (p. 168).

O sea que si bien Freud no estableció una nomenclatura distinta para estos fenómenos tempranos, *los consideró como reacciones normales ante peligros de lo real*, quedando bien claro que su origen no obedece a conflictos internos del niño y, por lo tanto, que no debiera entenderse que pertenecen a

la serie neurótica, y mucho menos a los fenómenos paranoides.²¹

Anna Freud

Anna Freud,²² fiel seguidora de los planteos paternos, acuña el nombre de *miedos arcaicos* y considera que estos temores no son fobias, sino que expresan la debilidad del yo inmaduro, su desorientación y pánico cuando se enfrenta con impresiones desconocidas que no puede dominar o asimilar. "Metapsicológicamente no son fobias —desde que, a diferencia de las fobias de la fase fálica— no están basadas en la regresión", en el conflicto ni en el desplazamiento (p. 161).

Sostiene que desaparecen en proporción al desarrollo de las funciones del yo: memoria, juicio de realidad, proceso secundario, inteligencia, lógica y especialmente con la disminución del pensamiento mágico.

Coincidimos totalmente con el planteo de Anna Freud, reconociendo estos temores como resultado de la insuficiencia cognitiva del niño. Desde el punto de vista de la psicología genético-evolutiva,²³ cuando algo se presenta como no asimilable a los esquemas que la psique maneja, se constituye una perturbación que crea un desequilibrio cognoscitivo. Frente a esta perturbación se ponen en marcha mecanismos de compensación que tenderán a eliminar o resolver la perturbación.

Piaget sostiene que las perturbaciones son relativas al nivel del desarrollo del niño. Lo que a cierta edad constituye un escollo, se supera a medida que aumenta la complejidad de los esquemas, que hace posible la asimilación. A su vez, ante una mayor coordinación de esquemas cognoscitivos, hechos que anteriormente no planteaban ninguna incógnita, ahora son fuente de distonía cognitiva.

²¹ Salvo en el sentido general dado por Lacan al pensamiento infantil, su naturaleza especular está basado en una alienación estructural: yo-otro. No en el sentido persecutorio que tiene en la obra kleiniana.

²² Anna Freud, *Normality & Pathology in Childhood*, I. U. P., N. Y., 1965.

²³ J. Piaget, *Biología y Conocimiento*, Siglo XXI, México, 1979.

Resumiendo, durante el desarrollo la psique infantil se enfrenta con objetos, situaciones, experiencias cuyas cualidades perceptivas resultan amenazantes, a menos que se interponga un juicio evaluador de lo engañoso de esa exterioridad. El desarrollo cognoscitivo del niño se muestra insuficiente para una correcta evaluación del peligro, evaluación que descansa en un conocimiento más complejo de las características, funciones y relaciones que el objeto o situación mantiene con el sujeto. Por lo tanto, la reacción de miedo que el niño presenta se muestra adecuada, proporcionada, lógica ante el estímulo que la provoca.

Estos temores son pasajeros (en el caso de la niña con temor a la locomotora, ella misma pudo explicar que la desaparición del temor sobrevino una vez que comprendió la naturaleza simbólica del sonido de la locomotora) pues desaparecen con un mayor desarrollo cognoscitivo.²⁴

Una interesante ilustración de la clínica lacaniana puede invocarse en este punto; se trata del caso de Robert,²⁵ cuya madre, paranoica hospitalizada, lo había sometido a graves carencias y maltratos, hasta que finalmente lo abandonó. El niño, que pasaba incesantemente de institución en institución, a los 4 años presentaba un cuadro no bien definible; "parapsicótico", con grave retraso, casi no hablaba y sufría de una agitación brusca, desordenada y sin objetivo, con crisis catónicas o agresivas, de corte convulsivo. Después de un período de tratamiento, en que se logró el contacto, la actividad

²⁴ G. Pearson coincide en la necesidad de discriminar entre miedos y fobias. Dentro de los miedos diferencia: 1) Miedo a peligros reales, reales sea en el sentido de que amenacen la existencia del niño (el temor a ser puesto bajo el cuidado de una persona realmente cruel), sea en el sentido de que el niño cree que su existencia está amenazada (miedo de ser puesto bajo el cuidado de un adulto al que no conoce y teme por su falta de familiaridad con él). A estas situaciones el niño responde con miedo, sentimiento que es justificable. 2) Miedos a peligros imaginarios, sean éstos puramente imaginarios, sean a objetos y situaciones de cuya peligrosidad el niño ha oído hablar. Responde en estos casos con un reflejo de ansiedad (p. 63). (*Trastornos emocionales de los niños*, Beta, Buenos Aires, 1963.)

²⁵ J. Lacan, "Le loup, Leloup" (seminario), en *Les écrits techniques de Freud*, Seuil, París, 1975.

principal de las sesiones consistía en actividades alrededor de sus excrementos y con la escupidera.

“El vaciado de la escupidera se rodeaba de muchos ritos de protección. Comenzó por vaciar la orina en el lavabo de los w.c. dejando correr el agua de la canilla de manera que pudiera reemplazar la orina por agua. Llenaba la escupidera, haciéndola desbordar ampliamente, como si un continente no tuviera existencia sino por su contenido y debía desbordar como para contenerlo a su vez. Había aquí una visión sincrética del ser en el tiempo, como continente y contenido, exactamente como en la vida intrauterina. Robert recobraba aquí la imagen confusa que tenía de sí mismo. Vaciaba ese pipí, y trataba de recuperarlo, persuadido de que era él quien se iba. Aullaba ‘el lobo’, y la escupidera no podía tener realidad para él sino estando llena. *Toda mi actitud fue mostrarle la realidad de la escupidera, que seguía estando después de vaciada de su pipí, Robert seguía estando después de haber hecho pipí, de la misma manera en que la canilla no era arrastrada por el agua que corre. A través de estas interpretaciones, y mi permanencia, Robert introdujo progresivamente un intervalo entre el vaciado y el llenado, hasta el día en que pudo volver triunfante con una escupidera vacía en sus brazos. Era visible que había adquirido la idea de la permanencia de su cuerpo.*”²⁶

El caso es presentado para ilustrar la falta de la función imaginaria del yo. Pero es evidente que no sólo el yo como imagen se hallaba atacado en su desarrollo, sino el yo como funciones de la inteligencia, “la ausencia de atención, la agitación inarticulada” que el niño presentaba. No hay nada nuevo en esto. Los cuadros mixtos de retraso y psicosis en la infancia son la regla. Pero lo que nos gustaría destacar es que la interpretación que *aliviaba la angustia* era la que mostraba “la realidad de la escupidera”. O sea que una información

²⁶ Obra cit. (bastardillas agregadas).

sobre el funcionamiento de lo real físico, y de lo real humano en cuanto cuerpo físico, contribuyó a que Robert adquiriera "la idea de que su cuerpo era permanente" y consecuentemente disminuyera su angustia.

Sin embargo, dentro de esta categoría de miedos arcaicos, Anna Freud incluye también los miedos tempranos universales: a la oscuridad, a la soledad, a los extraños. Gran parte de los niños los sufren en edad temprana, son transitorios en niños de desarrollo normal y desaparecen a lo largo de la primera infancia, aunque en muchas neurosis infantiles de aparición más tardía se hallan presentes, no habiéndose superado desde su instalación en edad precoz. ¿Implica este carácter de alta frecuencia alguna característica diferencial con los miedos hasta aquí mencionados? Pensamos que sí.

¿Qué ocurre con la oscuridad? Un niño de diez u once meses (obviamente esto es muy relativo y un promedio cronológico) que hasta ese momento se quedaba en la cuna, sin una queja, saciada su hambre, ahora llora y reclama la presencia de su madre y no tolera la oscuridad.

Este hecho llamó poderosamente la atención de Freud, quien le otorgó una importancia capital en su teoría sobre la angustia. En *Inhibición, síntoma y angustia*, llega a la conclusión de que "sólo muy pocos casos de la manifestación infantil de angustia nos son comprensibles. En total tres: cuando el niño está solo, cuando se halla en la oscuridad y cuando encuentra a una persona extraña en el lugar de la que le es familiar. Estas tres situaciones se reducen a una sola condición: la de advertir la falta de la persona amada. La angustia surge así como reacción al hecho de advertir la falta de objeto".²⁷

Estos temores siempre presentes en el desarrollo de cualquier niño serán la base clínica sobre la que Freud hará descansar su teoría sobre la angustia señal. Es decir, el verdadero peligro, contra el cual el niño quiere hallarse asegurado es el

²⁷ Obra cit., p. 50.

del crecimiento de la tensión de necesidad, contra la cual es impotente y que le despierta angustia automática. Sólo se desplazará "el contenido del peligro desde la situación económica a su condición la pérdida de objeto, cuando el niño *se percate con la experiencia* que es un objeto exterior, aprehensible por medio de la percepción, el que puede poner término a la situación peligrosa".²⁸ La pérdida de objeto se convierte en la condición que pone en marcha la angustia señal que anticipa la posibilidad del peligro.

Ahora bien, este proceso cognoscitivo que permite al niño darse cuenta de su dependencia del objeto, queda atestiguado por la aparición de los miedos, que se constituyen en índices indiscutibles del reconocimiento por parte del niño de la falta de objeto, pero simultáneamente de su constitución como tal. En este sentido podemos considerar estos temores como evolutivos y normales.

Su ausencia revela un déficit de estructuración del yo y del objeto. Y se observa claramente en esa rara condición que es el autismo.

Sin embargo, creemos que existen diferencias entre el niño menor de un año, que comienza a temer la oscuridad, y el de tres años, que ya ha poblado esta oscuridad con múltiples simbolizaciones, y que esta diferencia obedece a las variaciones de la legalidad presente tanto en el sistema del inconsciente afectivo, como en el inconsciente cognitivo.

Las experiencias de Piaget demuestran que en esta época —nueve a doce meses— se constituye el esquema de objeto permanente. Es decir que los objetos materiales que pueblan el universo del bebé, que son "espectáculos interesantes" mientras son percibidos, pasan a constituirse en objetos con existencia propia e independientes de la visión del niño. Probablemente en relación con la madre, objeto privilegiado en su carga libidinal, este proceso se anticipe,²⁹ pero coincide

²⁸ Obra cit., p. 51.

²⁹ J. Piaget, "Del mismo modo que las personas constituyen, sin duda, los primeros objetos permanentes reconocidos por el bebé, son también las primeras fuentes objetivadas de causalidad[...]" *La construcción de lo real en el niño*, Proteo, Buenos Aires, 1965, p. 288.

en la ubicación temporal con las proposiciones de Spitz, sobre la angustia del octavo mes, indicador clínico de la especificidad que ha adquirido la madre como objeto de la dependencia primordial.

Esta adquisición del desarrollo se ha cimentado sobre la repetida experiencia de la ausencia y el retorno, junto a los progresos cognoscitivos. Spitz demarcó, basándose en sus observaciones experimentales, el itinerario de este reconocimiento y creo que seguirlo puede ser de utilidad.

Tanto el primero como el segundo organizador³⁰ se refieren a este punto. Cuando el bebé de tres meses de edad sonríe ante el rostro humano, esta respuesta no es indicadora de una relación de objeto, ni del reconocimiento de un congénere humano. Spitz enfatiza que sólo el niño reacciona ante un signo:

“Lo que el bebé reconoce en esta Gestalt signo no son las cualidades esenciales del objeto libidinal, ni los atributos propios del objeto que atiende a las necesidades del bebé, que lo protege y lo satisface. Lo que reconoce durante la etapa preobjetal son atributos secundarios externos y no esenciales. Reconoce una Gestalt signo que es una configuración del rostro humano, no de un rostro individual específico, sino de un semblante cualquiera que se le presente de frente y en movimiento” (p. 77).

El reconocimiento de un semblante individual corresponde a un desarrollo posterior; se necesitarán cuatro a seis meses para que el bebé sea capaz de diferenciar un rostro entre muchos, de dotar a ese rostro con los atributos del objeto. En otras palabras, el bebé, entonces, es capaz de transformar lo que era sólo una Gestalt signo en su objeto de amor individual y único. Este es el indicador visual externo del proceso intrapsíquico de la formación del objeto, la parte observable del proceso de estabilización del otro significativo.

³⁰ R. Spitz, *El primer año de vida del niño*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

O sea que la angustia del octavo mes es una angustia normal que da cuenta de un fenómeno complejo: la percepción de la separación de la madre, el reconocimiento de la existencia de dos cuerpos distintos y el comienzo del reconocimiento por parte del niño de su estado de dependencia absoluta del poder de otro ser.

El valor indicativo del progreso psicológico de la angustia del octavo mes es enorme. Una "cosa" ha quedado establecida no sólo en el sector óptico, lográndose la permanencia cognitiva, sino y conjuntamente en el sector afectivo. Es del mayor interés para el psicoanalista observar que las fases sucesivas de este sector del desarrollo marchan en completo paralelo con las etapas de la inteligencia.

"Al nacer, el estímulo provocador del displacer se inicia como una necesidad interna (no localizada como tal), no específica, que produce una tensión sin especificar y que se descarga inespecíficamente al azar. Tres meses después, la expresión de la tensión se vuelve más específica y se manifiesta cuando cualquier congénere humano (sin especificar) deja al pequeño. Por último, al nivel del séptimo mes, el displacer adopta la forma de la angustia específica, cuando se acerca al pequeño un desconocido. Este desagrado específico es originado por el terror del niño a haber perdido a su madre (el objeto libidinal)." ⁸¹

No hay duda que la angustia en sí misma, por el progreso de la doctrina y las observaciones, siempre se halla ligada a la pérdida, pero lo importante sería considerar, dentro de una perspectiva evolutiva, si la "pérdida de la madre" es desde el comienzo una misma cosa, o si este concepto también debe ser revisado a la luz de una perspectiva en que lo genético-evolutivo implique realmente diferencias en la estructuración del fenómeno en juego, en la organización psíquica que lo

⁸¹ R. Spitz, *El primer año de vida del niño*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 125.

asimila, y no simplemente que se apele al criterio genético-evolutivo como rótulo de una dirección cuyo itinerario no se indica.

¿Angustia de separación o angustia por la pérdida de objeto?

El niño ha realizado un progreso que es diferenciar el rostro materno de todos los demás semblantes y rechazará los otros que difieran de él.³² Pero pareciera que este hecho no es suficiente para considerar que el niño atribuye al objeto un estatuto de objetividad. Para que la "pérdida sea tal" será necesario que se adquieran las nociones de posición y desplazamiento, será necesario que el niño comprenda el "cómo" de la aparición y desaparición, y que renuncie a creer posible su reaparición "misteriosa" en el lugar en que desapareció y donde la acción propia habitualmente lo volvía a encontrar.³³

Es decir que el niño seguirá creyendo durante un lapso considerable en la eficacia de sus gritos y reclamos para la reaparición del objeto, como si éste fuese "una realidad a disposición", relativa a cierta acción que él pone en juego.

Entonces, ¿cómo entender esta angustia de separación? La distancia semántica entre angustia de separación y angustia por la pérdida de objeto debe ser precisada. El fenómeno difiere no sólo por su temporalidad (separación-temporaria, pérdida-definitiva) sino por las diferencias que al fenómeno le impone la estructura en que se inscribe.

¿Cuáles son las explicaciones? ¿Cómo se ha intentado dar cuenta de lo que le pasa al niño? Una percepción presente es comparada con una percepción pasada, el rostro del desconocido no coincide con las huellas mnémicas del rostro de la madre. Se trata de una real evocación; por lo tanto, los ras-

³² Como señala Spitz, ésta es una observación excesivamente simplificada. Evidentemente los otros miembros de la familia están dotados de una posición de privilegio, aunque no tanto como la del objeto libidinal, pero preferentemente con respecto a otros individuos.

³³ J. Piaget, *La construcción de lo real*, Proteo, Buenos Aires, 1965, p. 67.

tros mnémicos del rostro materno organizado como tal constituyen un recuerdo y una imagen para contrastar. No hay duda que existe un recuerdo, el problema es la permanencia e independencia de este recuerdo de la percepción y acción del niño.

La oscuridad, la soledad, el extraño son significantes de un significado —ausencia materna—. Pero estos significantes son siempre perceptivos; el niño ve la oscuridad o el rostro extraño o la no presencia y estos hechos se constituyen en indicios o señales de la ausencia materna. Pero para el bebé de ocho a diez meses estos significantes no se hallan diferenciados de sus significados, la oscuridad es un resultado causal o un antecedente temporal de la falta de objeto, lo mismo que la soledad o el extraño.

Existiría significación, es decir, dualidad entre significados y significantes, pero éstos siempre son *perceptivos* indiferenciados en sus significados,³⁴ lo cual excluye considerar estas operaciones como propiamente simbólicas.

Es interesante comprobar que el fenómeno ocurre en el contexto de desaparición o ante la presencia del extraño. Es decir, la angustia se halla *adherida* al momento de la verificación de la diferencia y no ocurre, por ejemplo, en presencia de la madre ante el riesgo potencial de su partida (salvo que se presenten índices perceptivos de la futura partida, p. ej., la madre tomando la cartera). Por lo tanto, la desaparición o ausencia no se anticipa, sólo se constata. Se podría hablar, en rigor, de evocación o de un sistema de índices ligados con la percepción y con la acción que organizarían la imagen del objeto, sin que éste tenga todavía tal sustancialidad y existencia independiente.

Pero el interrogante sigue en pie, ¿la angustia se halla realmente ligada con una concepción del objeto liberado de la propia acción y de la percepción para obedecer a leyes de desplazamiento enteramente autónomas? ¿O en un comienzo la angustia, aunque observable ante la ausencia materna, tiene que ver con la pérdida de eficacia en la propia acción?

³⁴ J. Piaget, B. Inhelder, *Psicología del niño*, Morata, Madrid, 1972.

Aquí podemos señalar un paralelismo interesante entre proposiciones del psicoanálisis y Piaget. Los gritos de hambre seguidos de la satisfacción constituyen la base del sentimiento de omnipotencia, pues en esta etapa las conexiones causales se establecen siempre en virtud de la actividad propia. El niño, hasta el momento, ha relacionado siempre no sólo los momentos agradables y placenteros con la presencia materna, sino que ésta es una realidad a disposición cada vez que él ejerce algún acto. La ausencia materna en un momento del desarrollo desmiente este sentimiento difuso en que el esfuerzo motriz conlleva la presencia materna. El universo del niño se trastoca y surge angustia por el reconocimiento de esta impotencia, su bienestar depende de la presencia materna.

A partir de aquí se instalan los tres temores: a la soledad, a los extraños, a la oscuridad.

En un primer momento basta para que aparezca la angustia que el niño se observe solo, es decir, sin la presencia física de la madre o ante un rostro que no le es familiar. La oscuridad agrega otro elemento agravante, la madre se va y también el control visual sobre el ambiente. Parece fácil entender la asociación oscuridad-ausencia: al sobrevenir la oscuridad su consecuencia es la desaparición de la madre. Ambos hechos son contiguos y corresponden al campo de las percepciones. En los términos de la experiencia del bebé la secuencia puede ser expresada como sigue: Cuando B sigue siempre a A, esto se debe a que A está relacionado con B. Si la oscuridad siempre sigue a la desaparición de la madre, la oscuridad esconde el objeto, es el testigo de su existencia oculta, es su causa o su resultado. O sea, la contigüidad es interpretada en sentido causal, es decir, participa de la responsabilidad por la ausencia. Este juicio de atribución de una relación causal donde simplemente existen relaciones de contigüidad temporal o de semejanza es la base del pensamiento mágico-fenomenista. Ambos hechos son contiguos y corresponden al campo de las percepciones. El enlace significativo puede incluso entenderse sin apelar a la representación simbólica por imágenes de la madre ausente, lo que no implica sos-

tener que entre el sujeto y el objeto se desarrolle una relación directa, inmediata, sin interposición de mediación alguna.

Todo el problema reside en este punto, cómo se entiende esta interferencia estructural tópica, esta imposibilidad de acceder a la realidad de lo real. Para Melanie Klein, se accede a partir de la realidad irreal. Es a través de una transformación de las fantasías como va estableciéndose, paso a paso, una relación con la realidad. La ausencia es un pecho vaciado, devorado, destruido, que se abalanza sobre el bebé para cobrar la cuenta. Para Anna Freud, el deseo inconsciente se deduce de la percepción de una falta real (lo que falta es el pecho como condición absoluta). Freud sostuvo que "un signo de percepción" oficiaba como mediador.

Se percibe un hecho: la ausencia. Pero la percepción no es un simple registro, un reflejo, en que lo real se reproduce en el psiquismo.

La percepción es subsidiaria de la inteligencia en su globalidad, lo que implica que el más elemental y mínimo acto de percepción sea una coordinación de esquemas cognoscitivo-afectivos.

Para el niño en la etapa del desarrollo que estamos analizando, si el cuerpo materno desaparece en el contexto de la noche, la oscuridad o el extraño, ellos son *causa* de la desaparición. *La interferencia que se interpone a un acceso directo a la realidad de lo real es esta concepción sobre las leyes que gobiernan lo real. Las leyes del sistema psíquico en que se inscribe lo real.*

Las leyes del desarrollo cognoscitivo de esta etapa conducen a que el niño atribuya una relación causal entre oscuridad y ausencia y a suponer que la acción propia tiene poder total sobre el objeto. De la combinación de estas dos concepciones se produce un efecto: si la oscuridad hace desaparecer a la madre y él con su acción —gritos, llantos, soportes de la omnipotencia supuesta de su deseo— no puede provocar su reaparición, entonces la oscuridad toma el valor de lo que anuncia su impotencia. El deseo todopoderoso fracasa.

Lo interesante es que un progreso cognoscitivo —el objeto es independiente de la acción propia— al quedar incor-

porado dentro de una concepción causal primitiva, hace que la oscuridad sea considerada como causa de la desaparición y, por lo tanto, que sea fuente generadora de angustia.

Por lo tanto, es posible explicar estos temores como fenómenos inevitables del desarrollo que indican el progreso en la constitución de las categorías del sujeto y del objeto, así como la puesta en acción de las primeras conexiones causales, sin necesidad de recurrir a operaciones simbólicas complejas que no puedan explicarse siguiendo las investigaciones experimentales de la psicología evolutiva.

En rigor y para mantener la claridad semántica, se trataría de temores en el sentido de que se consideran justificados y ante un hecho real, que es la ausencia materna. Temores normales, universales, pues son índices del progreso psicológico del niño.

Causalidad de la ausencia

La ubicación de un espacio exterior y separado inaugura un principio de objetivación en el juicio de realidad del *bebé*. Pero esto constituye un resultado final de un proceso que es necesario pormenorizar.

Es interesante señalar que una autora como Piera Aulagnier³⁵ marca la entrada del funcionamiento del proceso primario en el reconocimiento de la separación, hecho evolutivo que puede ser verificado y rastreado a partir de comportamientos fácilmente observables.

También como efecto de dicho reconocimiento se organiza una primera noción de la omnipotencia materna. Si la separación tiene eficacia traumática, eso se debe a la ubicación que en la psique infantil tiene la madre como objeto dispensador de placer, pero no disponible para el niño a su deseo. Es decir, no es un objeto de la fantasía, comienza a ser per-

³⁵ "La entrada en funcionamiento de lo primario es la consecuencia del reconocimiento que se le impone a la psique de la presencia de otro cuerpo y por ende de otro espacio separado del propio." (*La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977, p. 72.)

cibido como un ser con deseos propios, independientes y frecuentemente opuestos a los del bebé; la ausencia materna es concebida como el producto del deseo materno de ausentarse, o mejor dicho de su capricho. Es éste el punto en que el poder materno se instaura, pues, en este período del desarrollo, la acción es gobernada por una única ley: la del deseo, ahora con la alternativa de ser propio o ajeno. Pero desde el momento de los primeros reconocimientos de la separación, hasta la ubicación de la madre como ser autónomo, sustancial y sede de deseos propios, es necesario recorrer el itinerario de todos los pasos intermedios.

Ya hemos visto el reconocimiento de la separación y su complejo obligado, la noción de la permanencia del objeto, no son hechos psíquicos simples ni se estructuran de un golpe. Aparentemente desde el primer indicio de constancia hasta la total sustancialización del otro, con permanencia a pesar de los desplazamientos en tiempo y espacio, media un período durante el cual estas nociones se van estructurando hasta una estabilización final.

J. M. Dolle describe este proceso de la siguiente forma: "Es sabido hasta qué punto son frágiles las identificaciones significantes en el bebé cuando los señuelos más inocentes llegan a transformar los indicios significativos y a destruir las significaciones correspondientes. Parece que en un principio no pudiese localizarse más que por los indicios fijos y poco numerosos a los que ha concedido una significación. *Toda modificación trae aparejado el no reconocimiento.* Dicho de otro modo, la misma persona como sistema de indicios organizados no puede ser reconocida como significante sino en la medida en que no cambie. Luego los indicios se hacen de alguna manera más flexibles y las variaciones, primero leves y después cada vez más importantes, ya no impiden el reconocimiento. Es así que los cambios de peinado, de vestimenta, de marco de referencia (por ejemplo, de lugar) son poco a poco tomados en cuenta. Dicho de otro modo, el objeto libidinal adquiere cada vez mayor permanencia a

través de sus transformaciones y a nivel de la lectura de indicios efectuada por el bebé".³⁶

En el ínterin, el campo perceptivo presente y contiguo a los fenómenos de placer-displacer, presencia-ausencia sigue operando en la psique infantil. El niño no se desprende fácilmente de las apariencias engañosas.

Observación 51 de *La construcción de lo real en el niño*, de J. Piaget.³⁷

"Lucienne al año y 3 meses está en el jardín con su madre. Yo llego: la niña me ve venir, me sonríe, me reconoce evidentemente (estoy aproximadamente a 1,50 metros de ella). Su madre le pregunta entonces: '¿Dónde está papá?' Cosa curiosa, Lucienne se vuelve a la ventana de mi escritorio. donde habitualmente me ve, y señala en esa dirección. Un instante después rehacemos la experiencia: acaba de verme a 1 metro de ella y cuando su madre pronuncia mi nombre, Lucienne se vuelve otra vez hacia el lado de mi escritorio. Se ve aquí claramente que si yo no existo en dos ejemplares para ella, al menos doy lugar a dos conductas distintas, no sintetizadas ni excluyentes entre sí, sino simplemente yuxtapuestas: es 'papá en su ventana' y 'papá en el jardín'.

"Al año 6 meses, Lucienne está con Jacqueline, que se acaba de levantar luego de pasar una semana en cama en un cuarto separado. Lucienne le habla, juega con ella, etc., lo que no impide que, un instante después, suba la escalera que conduce al cuarto vacío de Jacqueline y ría antes de entrar en el cuarto, como lo hizo durante todos esos días; evidentemente espera encontrarla en el lecho y su aire sorprendido manifiesta su desconcierto.

"A los 2 años 4 meses, todavía Lucienne oye un ruido en mi escritorio y me dice (a mí mismo) en el jardín: 'Es papá allá arriba'.

³⁶ *De Freud a Piaget*, Paidós, Buenos Aires, 1979, p. 62.

³⁷ *Proteo*, Buenos Aires, 1965, p. 61.

"Finalmente, a los 3;5 (0), después de haber acompañado a su padrino y haberlo visto partir en automóvil, Lucienne entra en la casa y va derecho al cuarto que éste ocupaba, diciendo: 'Quiero ver si padrino se fue'. Entra sola y se dice a sí misma: 'Sí, se fue'.

"Conocemos el juego que consiste en decir a los niños: 'Ve a ver en mi pieza si yo estoy', y con frecuencia el niño cede a la sugestión. Jacqueline y Lucienne no habían sido acostumbradas a esto por nosotros. Parece probable que hubiera allí todavía alguna acción residual análoga a las precedentes.

"[...] ¿Qué ocurre cuando el objeto no es un cuerpo sustancial, individualizado y que se desplaza en el espacio sin depender del contexto activo en el que está inserto?

"El objeto quizás no es para el niño más que un aspecto particularmente notable del cuadro total en el que está englobado. Así no habrá una cadenita, un reloj, una pelota, una muñeca individualizados, permanentes e independientes de la actividad del niño, es decir, de las posiciones privilegiadas en las que tiene lugar o ha tenido lugar esta actividad, sino que sólo existirían cuadros como: 'pelota-debajo-del-sillón', 'papá en su ventana', etcétera.

"Seguramente el mismo objeto, al reaparecer en posiciones o contextos prácticos diferentes es reconocido, identificado y dotado de permanencia como tal. En este sentido, es relativamente independiente. Pero, sin ser verdaderamente concebido como existente en varios ejemplares, puede presentarse al niño como si tomara un número restringido de formas distintas, de naturaleza intermedia entre la unidad y la pluralidad y en este sentido, permanece solidario de su contexto. La observación 51 permite comprender esta hipótesis; cuando Lucienne busca en la ventana, a pesar de saber que estoy a su lado, evidentemente hay dos conductas en juego, 'papá en su ventana' y 'papá-delante-de-ella' y si Lucienne no duda en considerar a los dos padres como un solo y mismo personaje,

no llega, sin embargo, a abstraer suficientemente este personaje de los cuadros de conjunto a los que está ligado como para no buscarlo en dos lugares a la vez. *A fortiori* el niño que no encuentra la 'pelota-debajo-del-sofá', no duda en buscar 'la-pelota-debajo-del-sillón', puesto que allí hay dos conjuntos distintos: donde nosotros consideramos que la pelota puede ocupar una infinidad de posiciones diferentes, lo que nos permite abstraerla de todas a la vez, el niño no le confiere más que algunas posiciones privilegiadas, sin poder considerarla, en consecuencia, enteramente independiente de éstas. De manera general, en todas las observaciones en las que el niño busca en A lo que vio desaparecer en B, la explicación estaría en el hecho de que el objeto no está suficientemente individualizado todavía como para ser disociado de la conducta global relativa a la posición A."³⁸

Estas observaciones nos conducen a suponer que durante un período el niño, en lugar de individualizar, todavía globaliza; lo cual quiere decir que existe una solidaridad entre los movimientos propios del objeto y el contexto físico o humano en que esta acción se desenvuelve (solidaridad que incluye la secuencia de los hechos). Por lo tanto, hasta poder dar la fórmula "lo hace o se va porque ella quiere", que implicaría una noción de poder materno, con una psique propia individualizada y separada, se pueden suceder etapas intermedias en que la leyenda gire en torno a supuestos perceptivos tales como "persona extraña-mamá-no está", "oscuro-mamá no está".

Es decir que si bien se puede haber logrado la individualización perceptiva de la madre, ésta aún sigue fusionada al resto de las percepciones contiguas y presentes en la concepción de las razones de sus movimientos que el niño se da. Es como si, descubierta la exterioridad, el objeto formara parte de esa globalidad, y *lo exterior en su conjunto es causa del placer o displacer*.

Una regla de buena crianza aconseja no imponer simul-

³⁸ Obra cit., p. 64.

táneamente dos cambios de conducta o de situaciones a un niño pequeño. Si está entrenándose en el control de esfínteres, no cambiarlo de cuna o de cuarto. Esperar que se establezca en un aprendizaje y luego introducir otros cambios. ¿Cuál es la razón? ¿El niño se condiciona al entorno? ¿Crea hábitos? ¿Por qué depende tanto su humor, aunque sea un cambio leve, de circunstancias tan accesorias al vínculo libidinal como un cambio de cama?

Si aceptamos la preeminencia de lo perceptivo —de la imagen— en la organización de la psique en esta etapa del desarrollo, podríamos comprender la facilidad del niño para “los falsos enlaces” entre sus vivencias y lo exterior, que comienza a estructurarse como tal.

Desde “la madre como objeto permanente” construido en presencia de la misma hasta “la madre como objeto permanente” construido durante su ausencia, el desamparo y la impotencia que nosotros, adultos, sabemos que el bebé padece, ¿cómo es representado y comprendido por él? “Me siento solo.” “Mi mamá me abandona.” “Se va, la pierdo, se muere. No vuelve nunca más.” “Soy malo y ella se va, muerta y destruida, la pierdo para siempre.” ¿O estas formulaciones que obviamente pertenecen a un discurso propio del proceso secundario son fórmulas verbales conceptualizadoras de una relación causal entre la ausencia y sus consecuencias que se halla fuera de las posibilidades cognitivas del bebé?

¿Cómo suponer el proceso de fantasmalización incipiente? ¿Cuáles son las posibilidades cognitivas del niño de esta edad? Se considera que la psique infantil: 1) posee memoria evocativa, 2) construye imágenes, 3) ¿cuál es el nivel lógico de organización de las sensaciones-imágenes-percepciones?, 4) ¿a qué llamamos lógica de las emociones?

¿Cuál es la relación que establece el niño entre ausencia y oscuridad? ¿El niño de esta edad se plantea razones de la ausencia materna, o simplemente asiste a su sufrimiento sin encontrar un culpable? ¿Es posible concebir una experiencia así? ¿Lo que cambia es la cualidad afectiva de esa imagen que se evoca y que ahora tiene permanencia y, por lo tanto, “la buena madre presente” se transforman en la “mala ausen-

te", o el nivel psicológico es mucho más organizado y complejo y estos procesos elementales han quedado muy atrás?

De este modo desconoce la fuente de su ansiedad y pretende que el motivo de su sentimiento de ansiedad son los objetos externos cuya presencia no es percibida por sus sentidos. Teme lo oculto.

Continuidad entre miedo y angustia Sus mutuos deslizamientos

Hasta aquí hemos venido describiendo dos condiciones que generan angustia en el niño; ambas deben considerarse reacciones adaptativas, normales. Se trataría de angustia ante un peligro que es sentido y evaluado como proveniente del exterior, sea porque el insuficiente desarrollo de la inteligencia le hace ver peligros donde no los hay, sea porque se percata progresivamente de su impotencia frente al mundo y a los otros que pueblan el mundo.

En ambos casos se trataría de "una angustia realista" ante un peligro que es conocido,³⁹ o como actualmente se tiende a denominarla, angustia ante lo real, angustia ante la realidad. Freud estima que lo que diferencia a la "angustia realista" de la angustia neurótica es que en esta última el peligro es desconocido y que cuando asistimos a una angustia con nombre y apellido debiéramos hablar de miedo.

Dentro de este marco hemos denominado a los fenómenos descriptos, temores por insuficiencia o por progreso cognoscitivo.

Sin embargo, aunque la angustia ante lo real es la regla, sabemos que no todos los niños se hallan sujetos a la angustia

³⁹ En *Inhibición, síntoma y angustia*, "Consideraciones suplementarias sobre la angustia", dice: "La angustia tiene una indiscutible relación con la expectativa acerca de algo. Tiene una cualidad de indefinición y falta de objeto. Es preciso hablar de miedo, más que de angustia, si el objeto está presente... Si hacemos lo mismo con la angustia realista, no tendremos dificultad en resolver el problema. Peligro real es un peligro conocido, la angustia realista es angustia acerca de un peligro conocido. (St. Ed., vol. XX, p. 165.)

en la misma medida y que aquellos que manifiestan un miedo particular ante toda clase de objetos y de situaciones son precisamente los futuros neuróticos. La disposición neurótica se traduce en una tendencia acentuada a la *angustia ante lo real*, o al *desarrollo de angustia*, es decir, cuando ya no es sólo una señal suficiente para la huida o el pedido de protección, sino que, superando su objetivo, la angustia señal se convierte en ataque de angustia.

En estos casos ya no sabemos si nos hallamos frente a un miedo o una angustia y aun cuando es puesto en marcha como miedo, éste pierde su privilegio de normalidad al convertirse rápidamente en pánico. En ese punto comienza la sospecha y al mismo tiempo el deslizamiento casi insensible de angustia-real a angustia-neurótica. Asistimos a un fenómeno de desborde, lo exagerado de la reacción frente a un peligro definido resuena en nosotros como un eco de otro lugar.

Existe una larga lista de miedos así llamados universales, es decir, compartidos por el conjunto social; son los que están dirigidos a la oscuridad, las serpientes, las arañas, la sangre, las multitudes, las alturas, las travesías por aire-mar, la muerte, las enfermedades, etcétera.

Específicamente en el campo de la infancia, existe en la literatura una serie de trabajos sobre tipificación de los temores más habituales de acuerdo con la edad. Algunos más rigurosos que otros, el de Bronson⁴⁰ merece nuestra atención por estar basado en una muestra de 139 niños entre 8-12 años y haberse entrevistado tanto al niño como a la madre. De la lista de los miedos el niño comienza con miedo al extraño, a objetos extraños, a situaciones extrañas, a objetos que se expanden con gran rapidez (habitualmente interpretados como objetos que se *mueven* rápido), a situaciones que anticipa como displacenteras (el doctor preparando una inyección). De los 2 a los 5 años, las situaciones más habituales que despiertan temor son: 1) ruidos y sucesos asociados con los ruidos; 2) alturas; 3) gente extraña o familiar en situaciones no ha-

⁴⁰ W. Bronson (1968), "The development of fear in man and others animals. Infans reactions to unfamiliar persons and novel objects", *Monogr. Soc. Res. Child Dev.*, 39, pp. 409-431.